A detailed black and white illustration of Pinocchio, the character from the story 'The Adventures of Pinocchio'. He is standing with his hands on his hips, wearing a tall, pointed hat, a ruffled collar, and a patterned tunic. The background shows a landscape with a bird flying in the sky and some rocks or debris on the ground.

se

CARLO
COLLODI
Las aventuras de
PINOCHO

Prólogo y traducción de
Antonio Colinas

Lectulandia

¿Quién no conoce a este muñeco de madera al que le crece la nariz cuando miente?
¿Quién no ha oído hablar de una marioneta a la que le salen orejas de burro porque no va al colegio? ¿Quién no se ha emocionado con este títere que acaba siendo niño gracias a la escuela, que es capaz de convertir una marioneta en un hombre de bien?

Sin embargo, son tantas las versiones que ha suscitado esta obra que pocos conocen la historia original escrita por Collodi. Esta edición íntegra y fiel del texto original, prologada y traducida por Antonio Colinas y considerada por la Fundación Collodi como la traducción más emblemática en castellano, recupera toda la belleza y la frescura de uno de los grandes clásicos de la literatura.

Lectulandia

Carlo Collodi

Las aventuras de Pinocho

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2018

Título original: *Le avventure di Pinocchio*

Carlo Collodi, 1883

Traducción: Antonio Colinas

Ilustraciones: Carlo Chiostri

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Un libro sin edad

¿Sin edad?, se preguntará el lector. ¿O quizá para todas las edades, por hallarnos ante una obra emblemática? Acaso porque posee la claridad y la amenidad de un excelente relato. Tal vez porque ya se ha reconocido como una obra «clásica». O es probable que pensemos así porque su aparente lectura es engañosa y debajo de cada capítulo y de cada línea de este libro haya *otros mensajes*.

Pero podríamos seguir haciéndonos preguntas innumerables sobre esta obra en la que el paso del tiempo no ha dejado mella, ni la ha depositado —por aparentemente ligera y graciosa— en el olvido. ¿Un libro para varios tipos de lectores?, ¿un largo cuento sólo para niños?, ¿una lección para adolescentes?, ¿una sutil narración que hace sonreír y pensar a los mayores? El caso es que hay en el relato de *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi, una amenidad y un dinamismo que lleva al lector a enfrentarse con uno de esos libros que, tras comenzarlos, quisiéramos terminar de un tirón.

No cabe duda de que en esta lectura sorprendente se suele dar un cierto desasosiego o nerviosismo, pues el protagonista del libro —ese niño travieso, «malo», listo, ingenuo, inocente, pillo, bueno— hace reír o entristecer al lector y, las más de las veces, nos somete a un engañoso juego de espejos en el que no nos permite mirarnos con serenidad, es decir, extraer de él un mensaje fácil, cómodo, único.

Ello se debe, en buena medida, a la fértil imaginación de su autor que, ya desde el arranque de la obra, hace de un vulgar trozo de madera un ser humano. Sabemos que Pinocho es, en realidad, un muñeco de madera, un títere en sí mismo y un títere del mundo, pero cómo fijar su personalidad: ¿en el mundo de la ficción o en el de la realidad? Por eso, la pregunta, a medida que leemos, se repite: ¿estamos ante un cuento para niños o ante una obra literaria, con todas las de la ley, para mayores? La respuesta —es sólo mi opinión— ya la he dado: *Las aventuras de Pinocho* es un libro para todas las edades. De pocos libros se puede decir lo mismo.

Carlo Collodi comienza engañando al lector al uso desde el comienzo de la obra, pues ya en la primera línea («Había una vez»), o en la tercera («No, muchachos, os habéis equivocado»), parece sumergirnos en el arquetipo de un cuento al uso. Primero, por esas palabras iniciales que —tópicamente, sí, pero a la vez vivamente— nos remiten al arranque de los cuentos infantiles; en segundo lugar, porque el autor parece dirigirse, con esa alusión a los «muchachos», a un determinado público. Y, sin embargo no estamos ante toda la verdad, porque, a medida que avanzamos en la lectura, vamos viendo cómo afloran en nosotros pensamientos que, acaso por tópicos, yo no debiera recordar, pero que en seguida surgen, inevitables: relato moral, historia con valores, fábula con enseñanzas, narración didáctica...

Porque hay, en efecto, en este libro una dualidad extremada con la que el autor asalta al lector, una dialéctica entre el bien y el mal, más allá de las maneras, del comportamiento de una persona que nace a la vida de la nada: traviesa, sin educación, rebelde, libre. Una dialéctica que Collodi, por boca de Pinocho, nos reconfirma al final del libro, con una frase que ya no pertenece a la ficción, sino al comportamiento de los humanos y, en consecuencia (y sin moralinas), hace que esta historia posea un sentido moral, cívico, educativo: «¡Qué cómico resultaba yo cuando era muñeco! ¡Y qué contento estoy ahora de haberme convertido en un muchacho de bien!».

Es decir, de golpe el autor nos ha hecho sentir a niños, muchachos y mayores como verdaderos muñecos, como títeres de la vida y de ciertos humanos; como seres que, después de los tropiezos y aventuras inconscientes, hemos reparado en el bien, y no deseamos seguir «tropezando». Reconozco que ésta es sólo una de las múltiples interpretaciones que del libro se pueden hacer (que es una fábula moral), pero nos engañaríamos si sólo lo fundamentáramos en esta creencia.

Por eso, también pensamos que tenemos entre nuestras manos un libro que simplemente nos arrebató, distrae y divierte: un libro, sí, de aventuras, en el que pesa mucho la desbordada fantasía del autor y ese ritmo trepidante en el que tanto, tantísimo, influyen las frases breves, cortantes, a veces sólo de una o dos palabras: sus sabrosos diálogos.

Acaso este libro sea una obra maestra también porque es un relato *medular*, sin aderezos ni florituras. En él, el autor rara vez se detiene en descripciones vanas, en la utilización de adjetivos huecos, en remilgos o artificios estilísticos. Collodi desnuda excepcionalmente el lenguaje, lo que le proporciona a éste una sorprendente agilidad y frescura, a la vuelta de una frase o de un párrafo siempre hay una sorpresa. Pinocho —su comportamiento— es el autor de ellas, pero Collodi ha dado con el don de esa desnudez expresiva que abrillanta la narración.

Ya ve el lector que no estamos entrando en otras interpretaciones respetables, más sesudas o fundamentadas, que han hecho los estudiosos de este libro. Éstas son sólo las opiniones del traductor del mismo. Me alegro, por ello, de haber afirmado en alguna ocasión que es una de las traducciones más que más aprecio, acaso porque no sólo estaba vertiendo el texto a otra lengua, sino releýéndolo con unos ojos diferentes a los de mi niñez. Porque, al hacerlo, sus páginas ahora no sólo me divertían, sino que me hacían sentir y pensar. Un simple y sencillo cuento convertido en una obra maestra: he aquí el gran don de este libro que hará las delicias del lector de todas las edades.

Antonio Colinas

Salamanca, septiembre de 2011

Intrépido lector:

Seguro que has oído hablar de este muñeco antes, también de su larga nariz hecha de madera y mentiras, y de su simpático y anciano padre, Geppetto.

A simple vista, Pinocho puede parecer perezoso y desobediente, pero no todo es culpa suya: ser un muñeco no es fácil y son muchos los peligros que tiene que afrontar esta marioneta de zapatos de corteza de árbol y gorrito de miga de pan. Su mundo está lleno de animales y hombres que quieren engañarlo y de él dependerá aprender a distinguir quiénes son los que realmente quieren ayudarlo.

Acompañar a Pinocho en sus aventuras significa viajar al País de los Juguetes, caminar por sendas llenas de «bandoleros peludos» y meterse en la boca de un monstruo.

¿Estás preparado? ¡Ten cuidado con tu nariz y tus orejas! ¡Podrían crecer!

LAS AVENTURAS DE PINOCHO



CAPÍTULO 1

De cómo acaeció que el maese carpintero Cereza encontró un trozo de madera que lloraba y reía como un niño

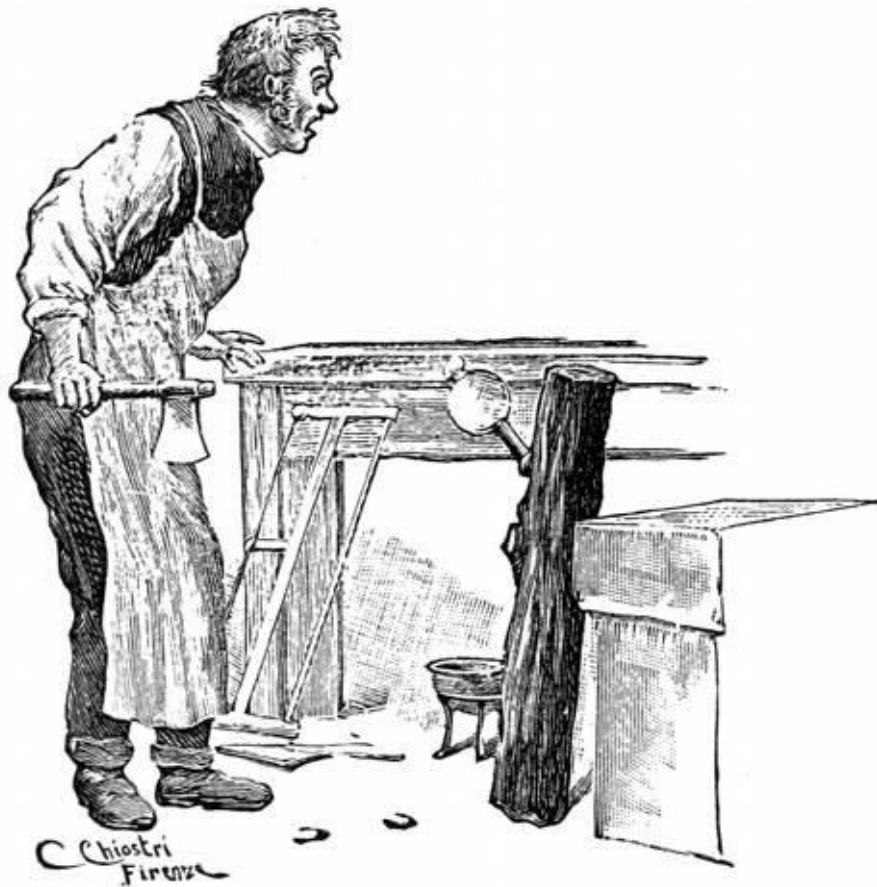
Había una vez...

—¡Un rey! —dirán enseguida mis pequeños lectores.

No, muchachos, os habéis equivocado. Había una vez un trozo de madera.

No se trataba de una madera lujosa, sino de un simple trozo de madera del montón, de esas que en invierno se echan en las estufas y en las chimeneas para encender el fuego y para caldear las habitaciones.

No sé cómo acaeció, pero el hecho es que un buen día ese trozo de madera fue a parar al taller de un viejo carpintero que tenía por nombre maese Antonio, aunque todos le llamaban maese Cereza a causa de la punta de su nariz, que siempre se hallaba lustrosa y amoratada como una cereza madura.



Apenas vio maese Cereza aquel trozo de madera, se puso muy alegre y, frotándose las manos de puro contento, refunfuñó a media voz:

—Esta madera ha llegado en el momento oportuno y quiero hacer uso de ella para construir la pata de una mesita.

Dicho y hecho. Tomó enseguida su afilada hacha para comenzar a descortezarla y a rebajarla; pero cuando estuvo a punto de darle el primer hachazo, se quedó con el brazo suspendido en el aire, porque sintió una vocecilla extremadamente sutil, que dijo a modo de ruego:

—¡No me pegues tan fuerte!

¡Figuraos cómo se quedó el bueno y viejo maese Cereza!

¡Sus extraviados ojos dieron vuelta a la habitación para ver de dónde podía haber salido aquella vocecilla, y no vio a nadie! ¡Miró bajo el banco, y nada; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nada; miró en el canasto de las virutas de serrín, y nada; abrió asimismo la puerta del taller para echar una ojeada a la calle, y nada! ¿Y entonces...?

—Comprendo —dijo luego riendo y rascándose la peluca—, se ve que yo mismo he imaginado esa curiosa vocecilla. Pongámonos de nuevo a trabajar.

Y cogiendo otra vez el hacha, dio un golpe imponente al trozo de madera.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó quejándose la misma vocecilla.

Esta vez maese Cereza se quedó estupefacto. Los ojos se le salían de las órbitas por el miedo, la boca se le abría de par en par, y la lengua le colgaba hasta el mentón,

como en el mascarón de una fuente.

Apenas recuperó el uso de la palabra, comenzó a decir temblando y balbuciendo de miedo:

—Pero ¿de dónde habrá salido esta vocecita que ha dicho «ay»? Y, sin embargo, aquí no se ve un alma. ¿Habrá sido casualmente este trozo de madera el que ha aprendido a llorar y a quejarse como un niño? Yo no lo puedo creer. Aquí está la madera; se trata de un trozo de madera para quemar, como las demás, y habrá que echarlo al fuego ya que debo poner a hervir una olla con habichuelas. ¿O quizá...? ¿Se habrá escondido alguien en su interior? Si hay alguien escondido, tanto peor para él. ¡Ahora lo arreglo yo!

Y diciendo esto, cogió con las dos manos aquel pobre trozo de madera y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes de la habitación.

Luego se puso a escuchar con el fin de oír si había alguna vocecilla que se quejara. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya comprendo —dijo entonces esforzándose en reír y enmarañando su peluca —, se ve que aquella vocecita que ha dicho «ay» me la he imaginado yo. Volvamos al trabajo.

Y como se le había metido dentro un gran miedo, intentó ponerse a canturrear para darse un poco de valor.

Mientras tanto, dejando a un lado el hacha, tomó la garlopa^[1] para cepillar y pulir el trozo de madera; pero, mientras lo cepillaba de arriba abajo, oyó la vocecita de siempre que le dijo, riendo:

—¡Para ya! ¡Me estás haciendo cosquillas en el cuerpo!

Esta vez el pobre maese Cereza se derrumbó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado e incluso la punta de la nariz, que siempre tenía amoratada, se le había vuelto azulada por el gran miedo.

CAPÍTULO 2

Maese Cereza regala el trozo de madera a su amigo Geppetto, el cual lo toma para fabricarse un muñeco, maravilloso, que sepa bailar, practicar esgrima y dar saltos mortales

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el carpintero, falto de fuerzas para ponerse en pie. Entró entonces en el taller un avisgado viejecillo que tenía por nombre Geppetto; pero los muchachos de la vecindad, cuando lo querían poner hecho una furia, le llamaban con el sobrenombre de Polentina^[2], a causa de su peluca amarilla, que se asemejaba muchísimo a la panocha del maíz.



Geppetto era muy irascible. ¡Ay del que osara llamarlo Polentina! Enseguida se convertía en una fiera y no había forma de contenerlo.

—Buenos días, maese Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué es lo que hacéis por el suelo?

—Enseño el ábaco^[3] a las hormigas.

—¡Buen provecho os haga!

—¿Qué os ha traído hasta aquí, compadre Geppetto?

—Las piernas. Sabed, maese Antonio, que he venido a pedir os un favor.

—Aquí estoy, dispuesto a servir os —dijo el carpintero incorporándose sobre sus rodillas.

—Esta mañana me he levantado con una idea.

—Oigámosla.

—He pensado hacer por mi cuenta un hermoso muñeco de madera; pero un muñeco maravilloso, que sepa bailar, practicar esgrima y dar saltos mortales. Con

este muñeco quiero recorrer el mundo a fin de procurarme un trozo de pan y un vaso de vino. ¿Qué os parece?

—¡Bravo, Polentina! —gritó la habitual voccecita, que no se comprendía de dónde salía.

Sintiéndose llamar Polentina, compadre Geppetto enrojeció de cólera como un pimiento y, volviéndose hacia el carpintero, le dijo enfurecido:

—¿Por qué me ofendéis?

—¿Quién os ofende?

—¡Me habéis llamado Polentina!

—No he sido yo.

—¡No, si ahora resulta que he sido yo! ¡Yo digo que habéis sido vos!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y acalorándose cada vez más, pasaron de las palabras a los hechos agarrándose uno al otro, y se arañaron, se mordieron y se despeinaron.

Acabado el combate, maese Antonio se encontró entre las manos con la peluca amarilla de Geppetto y éste se dio cuenta de que tenía en la boca la peluca canosa del carpintero.

—¡Devuélveme mi peluca! —gritó maese Antonio.

—¡Y tú devuélveme la mía y hagamos las paces!

Los dos viejecillos, después de haber recogido cada uno su propia peluca, se dieron la mano y juraron seguir siendo buenos amigos durante toda la vida.

—Así pues, compadre Geppetto —dijo el carpintero como muestra de que la paz se había firmado—, ¿cuál es el favor que queréis pedirme?

—Quisiera un poco de madera para fabricar mi muñeco. ¿Me la dais?

Maese Antonio, muy contento, fue enseguida a coger del banco aquel trozo de madera que había sido para él causa de tantos temores.

Pero cuando fue a dárselo a su amigo, el trozo de madera se estremeció y, escapándosele violentamente de las manos, fue a golpear con fuerza en las flacas canillas del pobre Geppetto.

—¡Ah!, ¿es con esta amable cortesía, maese Antonio, con la que vos me regaláis vuestro madero? ¡Casi me habéis dejado cojo!

—¡Os juro que yo no he sido!

—¡Entonces habré sido yo!

—Toda la culpa es de este madero...

—Ya lo sé que es de la madera. ¡Pero habéis sido vos quien la ha arrojado a mis piernas!

—¡Yo no os la he tirado!

—¡Embustero!

—Geppetto, no me ofendáis; si no, os llamo Polentina.

—¡Asno!

—¡Polentina!

—¡Bestia de carga!

—¡Polentina!

—¡Feo mono!

—¡Polentina!

Sintiéndose llamar Polentina por tercera vez, Geppetto perdió los estribos, se arrojó sobre el carpintero y se pusieron a darse golpes en abundancia.

Acabada la batalla, maese Antonio se encontró con dos arañazos más sobre la nariz y el otro con dos botones menos en su jubón. Saldadas de este modo sus cuentas, se estrecharon la mano y juraron continuar siendo buenos amigos durante toda la vida.

Mientras tanto, Geppetto cogió su dócil trozo de madera y, dando las gracias a maese Antonio, se volvió cojeando a casa.



CAPÍTULO 3

Geppetto, de vuelta a casa, comienza a fabricarse enseguida el muñeco y le pone el nombre de Pinocho. Primeras travesuras del muñeco

La casa de Geppetto era una planta baja y constaba de una sola habitación que recibía la luz a través de una claraboya. El mobiliario no podía ser más sencillo: una silla en mal estado, una cama no muy buena y una mesita desvencijada. En la pared del fondo se veía una chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y al lado del fuego también estaba pintado un puchero que hervía alegremente y desprendía una nube de humo que parecía humo verdadero.

Apenas hubo entrado en casa, Geppetto tomó enseguida las herramientas y se puso a esculpir y a fabricar su muñeco.

«¿Qué nombre le pondré? —se preguntó—. Le voy a llamar Pinocho. Este nombre le traerá suerte. He conocido a una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinochos los chicos, y todos ellos se lo pasaban muy bien. El más rico de ellos pedía limosna».

Cuando hubo encontrado nombre para su muñeco, entonces comenzó a trabajar con ahínco, y enseguida le hizo los cabellos, luego la frente y después los ojos.

Hechos los ojos, figuraos su asombro cuando se dio cuenta de que los ojos se movían y lo miraban fijamente.

Geppetto, viéndose mirar por aquellos dos ojos de madera, casi se lo tomó a mal, y dijo con acento enojado:

—Ojazos de madera, ¿por qué me miráis?



Nadie respondió.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero la nariz, una vez terminada, comenzó a crecer; y creció, y creció, y creció convirtiéndose en pocos minutos en una narizota que no acababa nunca.

El pobre Geppetto se esforzaba en recortársela, pero, cuanto más la recortaba y achicaba, más larga se volvía aquella impertinente nariz.

Después de la nariz le hizo la boca. No había terminado aún la boca cuando comenzó a reír y a hacerle burlas.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto, resentido; pero fue como hablarle a una pared.

»¡Deja de reír, te repito! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca cesó de reír, pero sacó la lengua.

Geppetto, a fin de no echar a perder su obra, fingió no darse cuenta de ello y continuó trabajando.

Después de la boca le hizo la barbilla, luego el cuello, los hombros, el vientre, los brazos y las manos. Apenas hubo terminado las manos, Geppetto sintió que le quitaban la peluca de la cabeza. Se dio la vuelta y ¿qué es lo que vio? Vio su peluca amarilla en manos del muñeco.

—¡Pinocho..., devuélveme enseguida la peluca!

Y Pinocho, en vez de devolverle la peluca, se la puso él mismo en la cabeza, quedando bajo ella medio ahogado.



Ante aquella gracia insolente y burlona, Geppetto se puso triste y melancólico como nunca había estado en su vida. Y volviéndose en dirección a Pinocho, le dijo:

—¡Granuja de chiquillo! Aún no te he acabado de hacer y ya le estás faltando al respeto a tu padre. ¡Mal está, muchachito mío, mal está!

Y se secó una lágrima.

Quedaban todavía por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto acabó de hacerle los pies, sintió cómo le daban una patada en la punta de la nariz.

«¡Me lo tengo merecido! —dijo entonces para sí—. ¡Debí haberlo pensado antes! ¡Pero ya es tarde!»

Luego cogió al muñeco por debajo de los brazos y lo posó en el suelo, sobre el pavimento de la habitación, a fin de hacerlo andar.

Pinocho tenía las piernas entumecidas y no sabía moverse, y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle a dar un paso después de otro.

Cuando las piernas se le desentumecieron, Pinocho comenzó a caminar por su cuenta y a correr por la habitación hasta que se dirigió hacia la puerta de la casa, saltó a la calle y escapó.

Y el pobre Geppetto se puso a correr detrás de él sin poderlo alcanzar porque aquel pilluelo de Pinocho andaba a saltos como una liebre, y golpeando con sus pies de madera el empedrado de la calle hacía un ruido como veinte pares de zuecos campesinos.



—¡Cogedlo, cogedlo! —gritaba Geppetto.

Pero la gente que iba por la calle, viendo a aquel muñeco de madera que corría como un caballo desbocado, se detenía encantada a mirarlo, y reía y reía como no podéis imaginároslo.

Al final, afortunadamente, apareció un *carabiniere*^[4], el cual, oyendo aquel estrépito y creyendo que se trataba de un potro que había tirado a su dueño, se plantó

valerosamente en medio de la calle con las piernas separadas, resuelto a detenerlo y a impedir que se produjeran mayores desgracias.

Pero Pinocho, cuando se dio cuenta desde lejos de que el *carabiniere* cerraba toda la calle, trató de escurrirse por sorpresa, por debajo de sus piernas; pero fracasó en su intento.

El *carabiniere*, sin moverse lo más mínimo, lo agarró limpiamente por la nariz (se trataba de una narizota desproporcionada que parecía hecha aposta para ser atrapada por los *carabinieri*) y se lo entregó en las propias manos de Geppetto, el cual, a modo de correctivo, quiso darle enseguida un buen tirón de orejas. Pero figuraos qué cortado se quedó cuando al buscarle las orejas, no logró encontrarlas. ¿Y sabéis por qué? Porque en su afán de construirlo a toda prisa, se había olvidado de hacerlas. Entonces, lo agarró por el cogote y, mientras regresaba con él a casa, le dijo mientras movía amenazadoramente la cabeza:



—Vamos a casa. ¡Cuando nos encontremos allí no dudes que ajustaremos cuentas!

Pinocho, al oír este responso, se tiró al suelo y ya no quiso andar. Mientras tanto, los curiosos y los holgazanes empezaban a detenerse allí y a hacer corro a su alrededor.

Unos decían una cosa y otros otra.

—¡Pobre muñeco! —decían unos—. ¡Tiene razón al no querer volver a casa! ¡Quién sabe cómo le pegará ese mal hombre de Geppetto!

Y los otros añadían maliciosamente:

—¡Ese Geppetto parece un hombre de bien, pero es un verdadero tirano con los chiquillos! ¡Si le dejan ese pobre muñeco entre las manos es muy capaz de destrozarlo!

En fin, tanto dijeron e hicieron, que el *carabiniere* puso en libertad a Pinocho y llevó a la prisión al pobre Geppetto, el cual, no teniendo palabras con que defenderse, lloraba como un niño y, camino de la cárcel, balbuceaba sollozando:

—¡Desgraciado chiquillo! ¡Y pensar que he sufrido tanto para hacer de él un muñeco de bien! ¡Pero tengo yo la culpa! ¡Debía haberlo pensado antes!

Lo que sucedió después es una historia que no se puede creer y os la contaré en los próximos capítulos.

CAPÍTULO 4

La historia de Pinocho con el Grillo Parlante, en la que se ve cómo a los malos muchachos les fastidia que les corrijan quienes saben más que ellos

Os diré, pues, muchachos, que mientras el pobre Geppetto era conducido sin culpa a prisión, aquel granuja de Pinocho, libre ya de las garras del *carabiniere*, echaba a correr a campo traviesa con tal de volver a casa lo más rápidamente posible. Y en su carrera atropellada, saltaba altísimos peñascos, zarzas y fosos llenos de agua, tal como hubiera podido hacerlo un cabrito o un gazapo perseguido por los cazadores.

Llegado que hubo ante la casa, encontró entornada la puerta de la calle. La empujó, entró y, apenas cerró con el pestillo, se sentó en el suelo soltando un gran suspiro de contento.

Pero aquel contento duró poco porque oyó en la habitación alguien que hacía:

—¡Cri-cri-cri!

—¿Quién es el que me llama? —dijo Pinocho todo atemorizado.

—¡Soy yo!

Pinocho se dio la vuelta y vio un grillo muy grande que subía lentamente por la pared.

—Dime, Grillo, ¿y tú quién eres?

—Yo soy el Grillo Parlante, y vivo en esta habitación desde hace más de cien años.

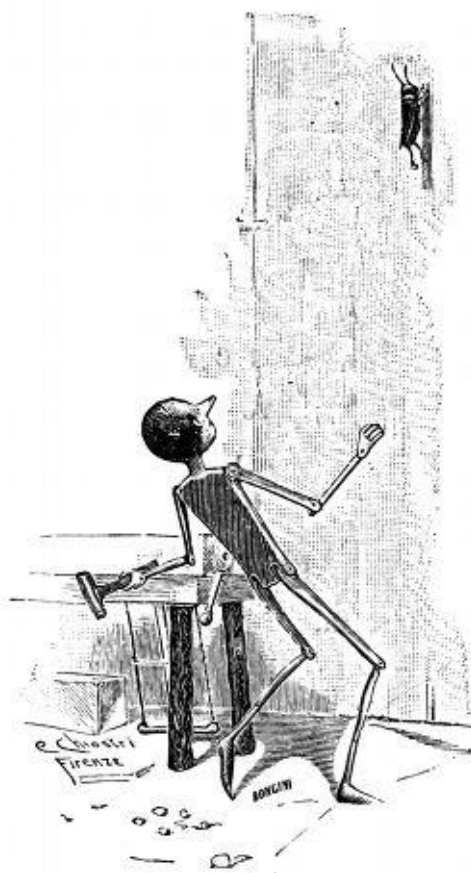
—Hoy, sin embargo, esta habitación me pertenece —dijo el muñeco—, y si quieres hacerme un favor, lárgate enseguida sin tan siquiera volverte a mirar.

—Yo no me marcharé de aquí —respondió el Grillo— si antes no te he dicho una gran verdad.

—Dímela y date prisa.

—¡Ay de aquellos muchachos que se rebelan contra sus padres y que abandonan caprichosamente la casa paterna! Nunca lograrán nada bueno en este mundo y antes o después tendrán que arrepentirse de ello amargamente.

—Por mí puedes cantar, Grillo mío, cuanto te apetezca; pero yo sé que quiero marcharme de aquí mañana al amanecer, porque, si me quedo, me ocurrirá lo que les ocurre a todos los demás chicos, es decir, me mandarán a la escuela, y por las buenas o por las malas me tocará estudiar. Y yo, para decírtelo en confianza, no tengo el más



mínimo deseo de estudiar y me divierto más corriendo detrás de las mariposas y trepando a los árboles para coger los pajaritos de los nidos.

—¡Pobre bobalicón! Pero ¿no sabes que actuando de esta forma llegarás a ser un perfecto estúpido y todos te tomarán el pelo?

—¡Tranquilízate, Grillazo de mal agüero! —gritó Pinocho.

Pero el Grillo, que era paciente y filosófico, en vez de tomarse a mal esta impertinencia, continuó con el mismo tono de voz:

—Y si no te agrada ir a la escuela, ¿por qué no aprendes al menos un oficio, a fin de que puedas ganarte honestamente un trozo de pan?

—¿Quieres que te diga una cosa? —replicó Pinocho, que comenzaba a perder la paciencia—. Entre todos los oficios del mundo hay uno sólo que se avenga con mi temperamento.

—¿Y cuál sería este oficio?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y llevar de la mañana a la noche vida de vagabundo.

—Para tu gobierno —dijo el Grillo Parlante con su calma habitual— te diré que todos los que practican este oficio acaban siempre en el hospital o en prisión.

—¡Ten cuidado, Grillazo de mal agüero! ¡Si monto en cólera, pobre de ti!

—¡Pobre Pinocho! ¡Verdaderamente me das pena!

—¿Por qué te doy pena?

—Porque eres un muñeco y, lo que es peor, tienes la cabeza de madera.

Al oír estas últimas palabras, Pinocho dio un salto, lleno de rabia, y tomando del banco un martillo de madera lo lanzó contra el Grillo Parlante.

Tal vez no pensaba golpearlo, pero desgraciadamente le dio con precisión en la cabeza, de tal forma que el pobre Grillo apenas tuvo fuerzas para decir cri-cri-cri, quedando allí mismo tieso y pegado a la pared.

CAPÍTULO 5

Pinocho tiene hambre y busca un huevo para hacerse una tortilla, pero en el preciso momento la tortilla se le escapa volando por la ventana

Mientras tanto, comenzó a anochecer y Pinocho, dándose cuenta de que no había comido nada, sintió una especie de hormigueo en el estómago, que se parecía mucho al apetito.

Pero el apetito en los chicos avanza deprisa. Y, de hecho, al cabo de pocos minutos, se convirtió en hambre y, en un abrir y cerrar de ojos, el hambre se convirtió en un hambre de lobo, un hambre feroz.

El pobre Pinocho corrió enseguida hacia la chimenea, donde estaba hirviendo una olla. Hizo ademán de destaparla para ver qué era lo que había dentro, pero se trataba de una tartera pintada en la pared. Imaginaos cómo se quedó. Su nariz, que ya se había alargado, se volvió al menos cuatro dedos más larga.

Entonces se puso a corretear por la habitación y a hurgar en todos los cajones y alacenas en busca de un poco de pan, aunque fuera pan seco, de una corteza, de un hueso reservado para el perro, de un poco de polenta enmohecida, de una raspa de pescado, un hueso de cereza, en fin, de cualquier cosa que poder masticar. Pero no encontró nada, absolutamente nada, nada de nada.

Mientras tanto, su hambre crecía, crecía sin cesar. Y el pobre Pinocho no tenía otro alivio que el de bostezar, y soltaba tan prolongados bostezos que algunas veces la boca se le alargaba hasta las orejas. Y después de haber bostezado, escupía y sentía que se le salía el estómago.

Entonces, llorando y desesperándose, decía:

—El Grillo Parlante tenía razón. He hecho mal rebelándome contra mi padre y huyendo de casa... Si mi padre estuviera aquí, ahora no estaría muriéndome de tanto bostezar. ¡Oh, qué enfermedad tan mala es el hambre!

Cuando he aquí que le pareció ver en el montón de las barreduras algo redondo y blanco, muy parecido al huevo de una gallina. Dar un salto y arrojarlo sobre él fue todo uno. Se trataba en verdad de un huevo.

La alegría del muñeco es imposible de describir. Es preciso imaginársela. Creyendo que se trataba de un sueño, daba vueltas al huevo entre las manos, lo tocaba y lo besaba, y besándolo decía:

—Y ahora, ¿cómo deberé cocerlo? ¿Haré con él una tortilla? No, es mejor hacerlo al plato. O ¿no sería más sabroso si lo friese en la sartén? ¿O si en vez de cocerlo me lo tomara bebido? No, la forma más rápida de todas es hacerlo al plato o freírlo en la cazuela. ¡Tengo demasiados deseos de comérmelo!

Dicho y hecho. Colocó una cazuela en un hornillo lleno de brasas encendidas; puso en la cazuela, en vez de aceite o mantequilla, un poco de agua; y cuando el agua

comenzó a hervir, ¡tac!, partió la cáscara del huevo y quiso echarlo dentro.

Pero en vez de la clara y de la yema, saltó fuera un pollito, alegre y amable, el cual, tras hacer una hermosa reverencia, dijo:

—¡Mil gracias, señor Pinocho, por haberme ahorrado el esfuerzo de romper la cáscara! ¡Hasta la vista, que siga bien y muchos recuerdos a la familia!

Dicho esto, extendió las alas y dirigiéndose hacia la ventana, que estaba abierta, salió volando hasta perderse de vista.

El pobre muñeco se quedó estupefacto, con los ojos fijos, con la boca abierta y la cáscara del huevo en la mano. Sin embargo, una vez recuperado del primer sobresalto, comenzó a llorar, gritar y patalear con desespero, diciendo:

—¡Y, sin embargo, el Grillo Parlante tenía razón! ¡Si no me hubiera escapado de casa y mi padre estuviera aquí, ahora no me hallaría a punto de morir de hambre! ¡Oh, qué mala enfermedad es el hambre!

Y como el cuerpo seguía protestando más que nunca, y no sabía qué hacer para calmarlo, pensó salir de casa y darse una vuelta por un pueblecito vecino, con la esperanza de encontrar a alguna persona caritativa que le diera de limosna un poco de pan.

CAPÍTULO 6

Pinocho se duerme con los pies sobre el brasero y, a la mañana siguiente, se despierta con los pies completamente quemados

Casualmente era una noche infernal. Tronaba con muchísima fuerza, relampagueaba como si el cielo fuera a incendiarse y un ventarrón frío y desgarrador silbaba rabiosamente y levantaba una inmensa nube de polvo, haciendo chirriar y crujir todos los árboles del campo.

Pinocho sentía mucho miedo de los truenos y los relámpagos; pero el hambre era en él más fuerte que el miedo, motivo por el cual atravesó el umbral de la puerta, y en un centenar de saltos llegó corriendo hasta el pueblo con la lengua fuera y jadeando como un perro de caza.

Pero encontró el pueblo vacío y desierto. Las tiendas estaban cerradas; también estaban cerradas las puertas de las casas, así como las ventanas, y ni siquiera se veía un perro en las calles. Parecía un pueblo de muertos.



Entonces Pinocho, presa de la desesperación y del hambre, se agarró a la campanilla de una casa y comenzó a tocar largo y tendido diciéndose para sí: «Alguien se asomará».

De hecho, se asomó un viejecito con su gorro de dormir en la cabeza, el cual gritó encolerizado:

—¿Qué es lo que quieres a estas horas?

—¿Me harías el favor de darme un poco de pan?

—Espera ahí un momento, que vuelvo enseguida —respondió el viejecito, creyendo vérselas con alguno de esos chiquillos revoltosos que se divierten haciendo sonar por las noches las campanillas de las casas para molestar a las gentes de bien, que duermen tranquilamente.

Al cabo de medio minuto, la ventana se volvió a abrir y la voz del mismo viejecito le gritó a Pinocho:

—Ponte debajo y prepara el sombrero.

Pinocho, que aún no tenía sombrero, se aproximó y sintió que le caía encima el agua de una enorme palangana, mojándolo de la cabeza a los pies, como si fuera un tiesto de geranios marchitos.

Volvió a casa empapado como un pollito y extenuado por el cansancio y el hambre; y como no tenía ya fuerzas para mantenerse derecho, se sentó, apoyando los pies empapados y embarrados sobre un brasero lleno de ascuas.

Y allí se durmió, y mientras dormía, los pies, que eran de madera, prendieron en el fuego y poco a poco se carbonizaron, convirtiéndose en cenizas.

Y Pinocho seguía durmiendo y roncando como si sus pies fueran de otro. Finalmente, al hacerse de día, se despertó porque alguien había llamado a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, bostezando y frotándose los ojos.

—Soy yo —respondió una voz. Aquella voz era la de Geppetto.

CAPÍTULO 7

Geppetto vuelve a casa y le da al muñeco el almuerzo que el pobre hombre había llevado para sí

El pobre Pinocho, que seguía con los ojos somnolientos, aún no se había apercebido de que los pies se le habían quemado por completo. De modo que, apenas sintió la voz de su padre, saltó del escabel para descorrer el pestillo. Pero después de dos o tres tropezones, cayó de golpe cuan largo era sobre el suelo.

Y al caer hizo el mismo ruido que habría hecho un saco de cucharones precipitándose desde un quinto piso.

—¡Ábreme! —gritaba mientras tanto Geppetto desde la calle.

—¡Padre mío, no puedo! —respondía el muñeco llorando y revolcándose por el suelo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque me han comido los pies.

—¿Y quién te los ha comido?

—El gato —dijo Pinocho, viendo cómo el gato se divertía dando zarpazos a las virutas de madera con sus patitas delanteras.

—¡Ábreme, te digo! —repitió Geppetto—. ¡Si no, cuando entre en casa el gato te lo voy a dar yo!

—No puedo tenerme en pie, creedme. ¡Oh, pobre de mí, que tendré que caminar de rodillas toda la vida!

Geppetto, creyendo que todos estos lloriqueos eran una nueva travesura del muñeco, decidió terminar con el asunto de una vez por todas y, trepando por la pared, entró en la casa por la ventana.



Iba resuelto a llevar a cabo sus propósitos, pero cuando vio al pobre Pinocho tumbado en el suelo y, en efecto, sin pies, entonces se enterneció.

Y cogiéndolo enseguida en brazos, se puso a besarlo y a hacerle mil caricias y zalamerías. Y mientras los lagrimones le descendían por las mejillas, le dijo sollozando:

—¡Pinochito mío! ¿Cómo es que te has quemado los pies?

—No lo sé, padre, pero creedme si os digo que ha sido una noche infernal y de ella no me olvidaré mientras viva. Tronaba, relampagueaba, yo sentía mucha hambre y entonces el Grillo Parlante me dijo: «Te está bien empleado; has sido malo y te lo mereces». Y yo le dije: «¡Espera, Grillo!». Y él me dijo: «Tú eres un muñeco y tienes la cabeza de madera». Y yo le tiré el martillo de madera, y él murió, pero por culpa suya, porque yo no quería matarlo. La prueba es que puse una cacerola sobre las ascuas encendidas del brasero, pero el pollito se escapó y dijo: «Hasta la vista..., y muchos recuerdos a casa». Y el hambre aumentaba continuamente, por cuyo motivo aquel viejecito con gorro de dormir, asomándose a la ventana, me dijo: «Ponte debajo y prepara el gorro». Y yo, con aquella palangana de agua sobre mi cabeza, porque el pedir un poco de pan no es una vergüenza, ¿verdad? Pero enseguida me volví a casa, y como seguía teniendo mucha hambre, puse los pies sobre el brasero para secarme. Y vos habéis vuelto, y me los he encontrado quemados, y mientras tanto continuó teniendo hambre, y ya no tengo pies. ¡Ay..., ay..., ay..., ay!

Y el pobre Pinocho comenzó a llorar y a berrear tan fuerte que lo oían a cinco kilómetros de distancia.

Geppetto, que de todo aquel deshilvanado discurso sólo había comprendido una sola cosa, es decir, que el muñeco se estaba muriendo de hambre, sacó del bolsillo tres peras y tendiéndoselas dijo:

—Estas tres peras eran para mi almuerzo, pero yo te las doy de buena gana. Cómelas y buen provecho te hagan.

—Si queréis que las coma, haced el favor de mondármelas.

—¿Mondarlas? —replicó Geppetto maravillado—. Nunca hubiera creído, chiquillo mío, que fueses tan delicado y melindroso de paladar. ¡No está bien! En este mundo es preciso, desde niños, habituarse a morder y a saber comer de todo, porque nunca se sabe lo que puede suceder. ¡Son tantas las desgracias!

—Bien decís —añadió Pinocho—, pero yo nunca comeré una fruta que no esté pelada. No puedo soportar las pieles.

Y el buen hombre de Geppetto, sacando su navaja y armándose de santa paciencia, mondó las tres peras y colocó las mondas en una esquina de la mesa.

Cuando Pinocho hubo comido la primera pera en dos bocados, se dispuso a arrojar el corazón de la misma. Pero Geppetto lo detuvo por el brazo, diciéndole:

—No lo tires. Todo en este mundo se puede aprovechar.

—Pero es que no pienso comerme el corazón —gritó el muñeco revolviéndose como una víbora.

—¡Quién sabe! ¡Son tantas las desgracias! —replicó Geppetto, sin acalorarse.

El hecho fue que los tres corazones, en vez de ser arrojados por la ventana, fueron colocados en una esquina de la mesa en compañía de las mondas.

Comidas, o mejor dicho devoradas, las tres peras, Pinocho soltó un larguísimo bostezo y dijo gimoteando:

—¡Tengo más hambre!

—Pero yo, muchacho, no tengo nada más que darte.

—Nada, nada, ¿de verdad?

—Sólo dispongo de estas monedas y de estos corazones de peras.

—¡Paciencia! —dijo Pinocho—. Si no hay otra cosa, comeré una monda.

Y comenzó a masticar. De momento torció un poco el gesto, pero luego, una después de otra, despachó en un soplo todas las mondas. Y después de las mondas, también los corazones. Y cuando hubo acabado con todo, se dio unos golpecitos de contento en el estómago y dijo satisfecho:

—¡Ahora sí que me siento bien!

—Ves —observó Geppetto— que yo tenía razón cuando te decía que es necesario habituarse a todo y no ser demasiado exquisito ni delicado de paladar. Nunca se sabe, querido, lo que puede suceder en este mundo. ¡Son tantas las desgracias!

CAPÍTULO 8

Geppetto rehace los pies de Pinocho y vende su propia casaca para comprarle un abecedario

El muñeco, apenas le pasó el hambre, comenzó enseguida a refunfuñar y a llorar porque quería un par de pies nuevos.

Pero Geppetto, para castigarlo por la travesura que había hecho, lo dejó llorar y desesperarse durante medio día. Luego le dijo:

—¿Y por qué debería rehacerte los pies? ¿Acaso para que puedas escapar de nuevo de casa?

—Os prometo —dijo sollozando el muñeco— que a partir de hoy seré bueno...



—Todos los muchachos —replicó Geppetto—, cuando quieren obtener algo, dicen lo mismo.

—Os prometo que iré a la escuela, estudiaré y destacaré...

—Todos los chicos, cuando quieren obtener algo, repiten la misma historia.

—¡Pero yo no soy como los otros muchachos! Soy más bueno que los demás y digo siempre la verdad. Os prometo, padre, que aprenderé un oficio y que seré el consuelo y el apoyo de vuestra vejez.

Geppetto, que aunque ponía cara de tirano, tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón conmovido de dolor al ver a Pinocho en aquel estado lastimoso, no dijo nada más; pero cogió sus instrumentos de carpintero y dos trozos de madera seca y se puso a trabajar con gran empeño.

Y en menos de una hora, los pies estuvieron listos. Dos piecillos ligeros, delgados y nerviosos, como si hubieran sido modelados por un artista genial.

Entonces Geppetto le dijo al muñeco:

—¡Cierra los ojos y a dormir!

Y Pinocho cerró los ojos e hizo ver que dormía. Y mientras fingía dormir, Geppetto, con un poco de cola desleída en la cáscara de un huevo, le pegó los dos pies en su lugar correspondiente, y se los pegó tan bien que ni siquiera se veía la unión.

Apenas el muñeco se dio cuenta de que tenía pies, saltó desde la mesa donde estaba tumbado y comenzó a dar mil brincos y cabriolas, como si se hubiera vuelto loco de alegría.



—Para agradeceros cuanto habéis hecho por mí —dijo Pinocho a su padre—, quiero ir enseguida a la escuela.

—¡Buen muchacho!

—Pero para ir a la escuela necesito un poco de ropa.

Geppetto, que era pobre y que ni siquiera tenía un céntimo en el bolsillo, le hizo un trajecito con papel floreado, un par de zapatos con corteza de árbol y un gorrito con miga de pan.



Pinocho corrió a mirarse en una jofaina^[5] llena de agua y se quedó tan satisfecho de sí mismo que dijo pavoneándose:

—¡Parezco un auténtico señor!

—Es verdad —dijo Geppetto—. Porque, grábatelo en la cabeza, no es el traje hermoso el que hace al señor, sino el traje limpio.

—A propósito —añadió el muñeco—, para ir a la escuela me falta algo; es más, me falta lo más importante y lo mejor.

—¿Es decir?

—Me falta el abecedario^[6].

—Tienes razón, pero ¿cómo se puede obtener?

—Es muy fácil; se va al librero y se compra.

—¿Y el dinero?

—Yo no lo tengo.

—Pues yo tampoco —añadió el viejo tristemente.

Y Pinocho, aunque era un muchacho alegrísimo, también se puso triste, porque, cuando la miseria es de verdad, todos lo comprenden, incluso los muchachos.

—¡Paciencia! —gritó Geppetto, poniéndose de pie.

Y colocándose la vieja casaca de dril^[7], toda llena de parches y remiendos, salió corriendo de la casa.

Al poco rato volvió y al volver traía en la mano el abecedario para su chiquillo, pero ya no tenía casaca. El pobre hombre estaba en mangas de camisa y fuera nevaba.

—¿Y la casaca, padre?

—La he vendido.

—¿Por qué la habéis vendido?

—Porque me daba calor.

Pinocho comprendió al vuelo la respuesta y, no pudiendo frenar el ímpetu de su buen corazón, saltó al cuello de Geppetto y comenzó a besarle toda la cara.

CAPÍTULO 9

Pinocho vende el abecedario para ir a ver el teatro de marionetas

Cuando cesó de nevar, Pinocho, con su estupendo abecedario nuevo bajo el brazo, tomó el camino que conducía a la escuela, y a medida que caminaba, imaginaba en su pequeño cerebro mil proyectos, y levantaba mil castillos en el aire, a cuál más hermoso.

Y discurriendo a solas de esta manera, decía:

—Hoy, en la escuela, quiero aprender a leer enseguida. Luego, mañana aprenderé a escribir y al otro día aprenderé a contar. Más tarde, con mi habilidad, ganaré mucho dinero, y con el primer dinero que me embolse, quiero regalarle a mi padre una hermosa casaca de paño. Pero ¿qué digo de paño? Se la voy a hacer de plata y de oro, con los botones brillantes. Ese pobre hombre se la merece de verdad, porque, para comprar los libros e instruirme, se ha quedado en mangas de camisa... ¡y con este frío! ¡Sólo los padres son capaces de hacer tales sacrificios!

Mientras se decía todo esto muy conmovido, le pareció oír a lo lejos una música de pífanos^[8] y un resonar de bombo: pi-pi-pi, pi-pi-pi... zum, zum, zum, zum.

Se detuvo y se quedó a la escucha. Aquellos sonidos venían del extremo de una larguísima carretera transversal que conducía a un pequeño pueblecito construido sobre la playa, a orillas del mar.

—¿Qué será esa música? ¡Qué pena que tenga que ir a la escuela, si no...! Y se quedó allí perplejo. De todas maneras era preciso tomar una resolución. O ir a la escuela, o ir a escuchar los pífanos.

—Hoy iré a escuchar los pífanos y mañana a la escuela. Para ir a la escuela siempre hay tiempo —dijo finalmente aquel pillo encogiéndose de hombros.

Dicho y hecho, tomó por la carretera transversal y comenzó a correr a toda velocidad.

Cuanto más corría, más claro oía el sonido de los pífanos y los golpes en el bombo: pi-pi-pi, pi-pi-pi..., zum, zum, zum, zum.

Y he aquí que se encontró en una plaza completamente llena de gente, que se amontonaba en torno a un cobertizo de madera y de lona pintada de mil colores.

—¿Qué es ese barracón? —preguntó Pinocho dirigiéndose a un chiquillo que era de aquel pueblo.

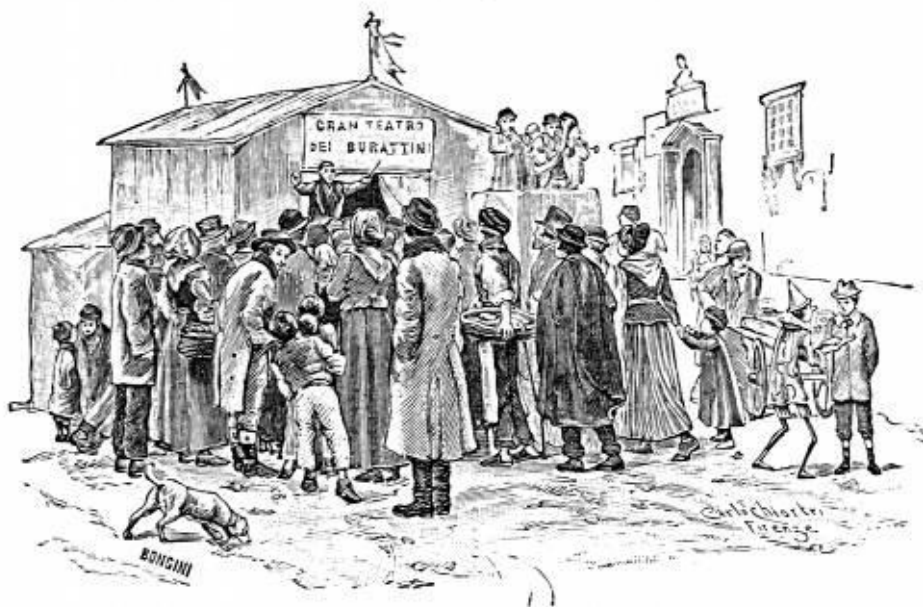
—Lee ese cartel donde está escrito y lo sabrás.

—De buena gana lo leería, pero por ahora no sé leer.

—¡Qué burro! Yo te lo leeré entonces. Bien, debes saber que en ese cartel de letras rojas como el fuego está escrito:

GRAN TEATRO DE TÍTERES

- ¿Hace mucho que ha comenzado la representación?
- Comienza ahora.
- ¿Y cuánto cuesta la entrada?
- Cuatro centavos.



Pinocho, que sentía la fiebre de la curiosidad, perdió todo comedimiento y le dijo al muchacho sin avergonzarse:

—¿Me prestarías cuatro centavos hasta mañana?

—De buena gana te los daría —respondió el otro mofándose—, pero precisamente hoy no te los puedo dar.

—Por cuatro centavos te vendo mi chaqueta —le dijo entonces el muñeco.

—¿Qué quieres que haga con un traje de papel floreado? Si le da por llover no habrá forma de quitárselo de encima.

—¿Quieres comprar mis zapatos?

—Bien está para encender el fuego.

—¿Cuánto das por el gorro?

—¡En verdad, hermosa adquisición! ¡Un gorro de miga de pan! ¡Corro el riesgo de que los ratones vengán a comérselo en mi cabeza!

Pinocho se hallaba sobre ascuas. Estaba a punto de hacer la última propuesta, pero no tenía valor. Vacilaba, titubeaba, sufría. Al fin dijo:

—¿Quieres darme cuatro centavos por este abecedario nuevo?

—Yo soy un chico, y no le compro nada a otro chico —le respondió su pequeño interlocutor, que tenía más juicio que él.

—Por cuatro centavos yo me quedo con el abecedario —replicó un revendedor de ropas usadas que presenciaba la conversación.

Y el libro fue vendido allí mismo al instante. ¡Y pensar que aquel pobre hombre de Geppetto se había quedado en casa, en mangas de camisa y temblando de frío,

para comprarle a su hijo el abecedario!

CAPÍTULO 10

Los muñecos reconocen a su hermano Pinocho y lo festejan; pero en el mejor momento aparece el titiritero Comefuego, y Pinocho corre el peligro de acabar mal

Cuando Pinocho entró en el teatro de marionetas, ocurrió algo que provocó una especie de revolución.

Hay que señalar que el telón estaba subido y que la obra ya había empezado.

En el escenario se veían a Arlequín y a Polichinela^[9] que regañaban entre ellos y, como era habitual, se amenazaban mutuamente con darse una tanda de bofetones y de bastonazos.

La platea, muy atenta, se desternillaba de risa oyendo el altercado de aquellos dos muñecos, que gesticulaban y se insultaban con tanto realismo como si se tratara de dos seres racionales, de dos personas de este mundo.

De repente, Arlequín dejó de recitar y, volviéndose hacia el público y señalando con la mano a alguien en el fondo de la platea, comenzó a gritar de forma dramática:

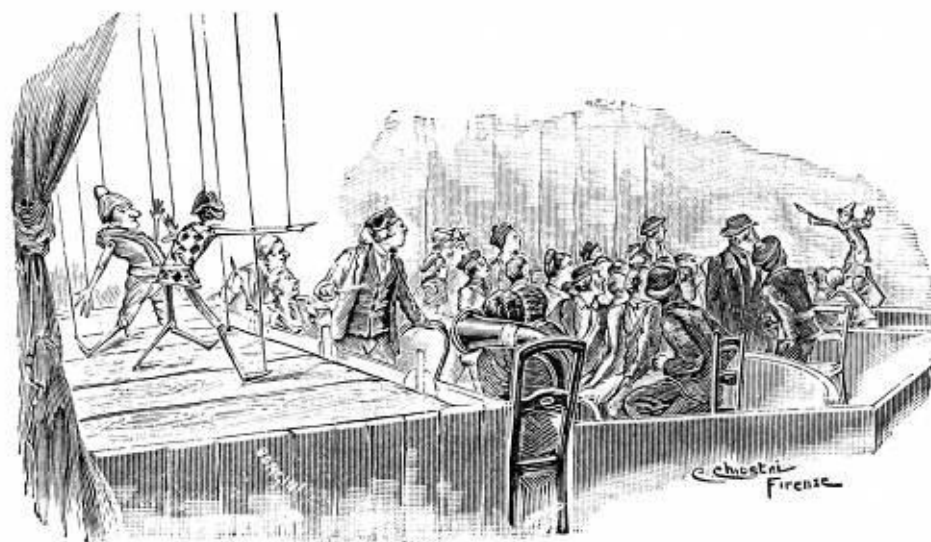
—¡Dioses del firmamento! ¿Sueño o estoy despierto? ¡Y sin embargo es Pinocho a quien veo allá abajo!

—¡Es verdad, es Pinocho en persona! —dijo Polichinela.

—¡Sí que es él! —chilló la señora Rosaura apareciendo furtivamente al fondo del escenario.

—¡Es Pinocho! ¡Es Pinocho! —gritaban a coro todos los muñecos, saliendo a saltos de entre bastidores—. ¡Es Pinocho! ¡Es nuestro hermano Pinocho! ¡Viva Pinocho!

—¡Pinocho, ven aquí arriba conmigo —gritó Arlequín—, ven a arrojarte en los brazos de tus amigos de madera!



Ante esta afectuosa invitación, Pinocho dio un salto y del fondo de la platea saltó a las butacas de preferencia, se subió a la cabeza del director de orquesta y, desde allí, brincó al escenario.

Es imposible imaginarse los abrazos, los apretones de cuello, los pellizcos de amistad y los cabezazos de verdadera y sincera amistad que Pinocho recibió en medio de la barahúnda de actores y actrices de aquella compañía dramático-vegetal.

Era realmente un espectáculo conmovedor. No hay palabras para describirlo. Pero el público de la platea, viendo que no seguía la representación, se impacientó y comenzó a gritar: ¡Queremos la obra, queremos la obra!

Malgastaban el aliento porque los muñecos, en vez de continuar recitando, redoblaron el ruido y los gritos, subieron a Pinocho a hombros y lo llevaron triunfalmente hasta las luces del proscenio.

Salió entonces el titiritero, un hombre tan feo que metía miedo con tan sólo mirarlo. Tenía una barbaza negra como un borrón de tinta y tan larga que le caía desde el mentón hasta el suelo. Baste decir que cuando caminaba la pisaba con los pies. Su boca era ancha como un horno y sus ojos parecían dos faroles de vidrio rojo, con la luz encendida detrás, y con las manos hacía restallar un grueso látigo, hecho de serpientes y de colas de zorro trenzadas.



Ante la inesperada aparición del titiritero, todos enmudecieron. Nadie se atrevía ni a respirar. Se hubiera oído el vuelo de una mosca. Aquellos pobres muñecos, varones y hembras, temblaban como hojas.

—¿Por qué has venido a trastornar mi teatro? —le preguntó el titiritero a Pinocho con un vozarrón de ogro fuertemente resfriado.

—¡Créame, ilustrísimo señor, si le digo que la culpa no ha sido mía!

—¡Basta ya! ¡Esta noche te ajustaré las cuentas!

En efecto, acabada la representación de la obra, el titiritero fue a la cocina, donde se estaba preparando para la cena un hermoso carnero que giraba lentamente, ensartado en el asador. Y como le faltara leña para acabar de asarlo y dorarlo, llamó a Arlequín y a Polichinela y les dijo:

—Traedme aquí a ese muñeco que encontraréis colgado del clavo. Me parece que está hecho de una leña muy seca y estoy seguro de que si lo arrojo al fuego me proporcionará una hermosa llama para asar.

Arlequín y Polichinela dudaron en un principio, pero, atemorizados por la mirada que les lanzó su patrón, obedecieron. Y al poco rato volvieron a la cocina llevando en brazos al pobre Pinocho, el cual, retorciéndose como una anguila fuera del agua, chillaba con desesperación:

—¡Padre mío, salvadme! ¡No quiero morir, no quiero morir!

CAPÍTULO 11

Comefuego estornuda y perdona a Pinocho, el cual, después, libra de la muerte a su amigo Arlequín

El titiritero Comefuego (éste era su nombre) parecía un hombre terrible, no digo que no, con aquella barbaza suya negra que, a modo de delantal, le cubría todo el pecho y las piernas. Pero en el fondo no era un mal hombre. La prueba de ello es que cuando vio ante él a aquel pobre Pinocho que se debatía con todas sus fuerzas gritando: «¡No quiero morir, no quiero morir!», comenzó enseguida a conmovirse y a apiadarse y, después de haberse contenido un buen rato, al fin no pudo más y soltó un sonorísimo estornudo.

Ante aquel estornudo, Arlequín, que hasta entonces había estado mustio y afligido como un sauce llorón, alegró el rostro e inclinándose hacia Pinocho le cuchicheó al oído:

—Buenas noticias, hermano. El titiritero ha estornudado y ello es señal de que siente compasión por ti y que ya estás a salvo.

Porque es preciso saber que mientras todos los hombres, cuando se apiadan de alguien, lloran o por lo menos simulan secarse los ojos, Comefuego, por el contrario, cada vez que se enternecía de verdad, tenía el vicio de estornudar. Era un modo como cualquier otro de mostrar a los demás la sensibilidad de su corazón.

Después de haber estornudado, el titiritero, que seguía aparentando malhumor, le gritó a Pinocho:

—¡Deja ya de llorar! Tus quejas me han producido como un calambre aquí dentro en el estómago... Siento una especie de espasmo que casi, casi... ¡Achís! ¡Achís! — Y soltó otros dos estornudos.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—¡Gracias! ¿Y tu padre y tu madre, viven aún? —le preguntó Comefuego.

—Mi padre, sí. A mi madre no la he conocido.

—¡Quién sabe qué disgusto se llevaría tu viejo padre si ahora te arrojara entre esos carbones encendidos! ¡Pobre viejo, lo compadezco...! ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —Y soltó otros tres estornudos.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—¡Gracias! Por otra parte, también es preciso compadecerme a mí, porque, como ves, ya no tengo leña para acabar de asar ese carnero, y tú, lo digo en serio, me habrías servido muy bien para ello. Pero ya me he apiadado y es necesario que sea paciente. En vez de a ti, quemaré bajo el asador a cualquier muñeco de mi compañía. ¡Atención, guardias!

A esta orden aparecieron enseguida dos guardias de madera, muy altos y delgados, con el sombrero de tres picos y con el sable desenvainado en la mano.

Entonces, el titiritero les dijo con voz estentórea:

—¡Coged a ese Arlequín, atadlo muy bien y luego arrojadlo al fuego para que se queme! ¡Quiero que mi carnero esté bien asado!



¡Imaginaos la cara del pobre Arlequín!

Fue tal su espanto, que las piernas se le doblaron y cayó de bruces en el suelo.

Pinocho, ante aquel desgarrador espectáculo, se arrojó a los pies del titiritero y llorando a mares, y empapándole de lágrimas los pelos de la larguísima barba, comenzó a decirle con voz suplicante:

—¡Piedad, señor Comefuego!

—¡Aquí no hay señores! —le replicó con dureza el titiritero.

—¡Piedad, señor caballero!

—¡Aquí no hay caballeros!

—¡Piedad, señor comendador!

—¡Aquí no hay comendadores!

—¡Piedad, excelencia!

Al oírse llamar excelencia, el titiritero puso cara de satisfacción, y volviéndose de repente más humano y más tratable le dijo a Pinocho:

—Y bien, ¿qué es lo que quieres de mí?

—¡Os pido gracia para el pobre Arlequín!

—Aquí no hay gracia que valga. Si te he salvado a ti, es necesario que lo meta a él en el fuego, porque yo deseo que mi carnero esté bien asado.

—En este caso —gritó con orgullo Pinocho, poniéndose de pie y arrojando al suelo su gorro de miga de pan—, en este caso conozco cuál es mi deber. ¡Adelante, señores guardias! Atadme y arrojadme entre esas llamas. ¡No es justo que el pobre Arlequín, mi verdadero amigo, deba morir por mí!

Estas palabras, pronunciadas en voz alta y con heroico acento, hicieron llorar a todos los muñecos que se hallaban presentes. Los mismos guardias, aunque eran de madera, lloraban como dos corderitos.

Comefuego permaneció al principio duro e inmóvil como un pedazo de hielo, pero luego, poco a poco, también él comenzó a conmovirse y a estornudar.

Y después de soltar tres o cuatro estornudos abrió afectuosamente los brazos y le dijo a Pinocho:

—¡Eres un muchacho valiente! Ven aquí y dame un beso.

Pinocho corrió hacia él enseguida y, trepando como una ardilla por la barba del titiritero, le estampó un gran beso en la punta de su nariz.



—¿Me ha concedido la gracia? —preguntó el pobre Arlequín con un hilo de voz que apenas se sentía.

—¡La gracia está concedida! —respondió Comefuego. Luego añadió suspirando y moviendo la cabeza—: ¡Paciencia! Esta noche me conformaré con comer el carnero medio crudo, ¡ay de a quien le toque otra vez...!

Ante la noticia del perdón obtenido, todos los muñecos corrieron hacia el escenario y, encendidas las luces y las lámparas como en una representación de gala, comenzaron a saltar y a bailar. Ya amanecía y continuaban bailando.



CAPÍTULO 12

El titiritero Comefuego le regala a Pinocho cinco monedas de oro para que se las lleve a su padre, Geppetto. Pinocho, en vez de hacerlo, se deja embaucar por la Zorra y el Gato y se va con ellos

Al día siguiente, Comefuego llamó aparte a Pinocho y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Geppetto.

—¿Y cuál es su oficio?

—El de pobre.

—¿Gana mucho?

—Lo necesario para no tener jamás un céntimo en el bolsillo. Imagínese que para comprarme el abecedario de la escuela tuvo que vender la única casaca que tenía. Una casaca que entre remiendos y parches era un desastre.

—¡Pobre diablo! ¡Casi me produce compasión! Aquí tienes cinco monedas de oro. Vete enseguida a llevárselas y le saludas de mi parte.

Pinocho, como es fácil imaginar, le dio mil veces las gracias al titiritero, abrazó de uno en uno a todos los muñecos de la compañía, incluso a los guardias, y fuera de sí de contento se puso en marcha para volver a casa.

Pero apenas había andado medio kilómetro cuando encontró una Zorra coja de un pie y un Gato ciego de ambos ojos, que caminaban ayudándose entre ellos, como buenos compañeros de desgracia.

La Zorra, que era coja, caminaba apoyándose en el Gato, y el Gato, que era ciego, se dejaba guiar por la Zorra.



—Buenos días, Pinocho —le dijo la Zorra, saludándole amablemente.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó el muñeco.

—Conozco bien a tu padre.

—¿Dónde lo has visto?

—Lo vi ayer, en la puerta de su casa.

—¿Y qué es lo que hacía?

—Se hallaba en mangas de camisa y temblaba de frío.

—¡Pobre padre! Pero, si Dios quiere, a partir de hoy ya no temblará.

—¿Por qué?

—Porque me he convertido en un gran señor.

—¿Tú, un gran señor? —dijo la Zorra, y comenzó a reír con una risa grosera y burlona. Y también el Gato reía, pero, para no aparentarlo, se atusaba el bigote con las patas delanteras.

—No hay motivo para reír —gritó Pinocho dolido—. Siento mucho haceros la boca agua, pero estas que aquí veis, si os dais cuenta, son cinco hermosísimas monedas de oro.

Y sacó las monedas que Comefuego le había dado como regalo.

Ante el agradable sonido de aquellas monedas, la Zorra, con un movimiento involuntario, alargó la pata que parecía tullida y el Gato abrió de par en par sus dos ojos, que parecían dos faros verdes.

Pero los cerró enseguida, tan rápidamente que Pinocho no se enteró de nada.

—Y ahora —le preguntó la Zorra—, ¿qué quieres hacer con esas monedas?

—Ante todo —respondió el muñeco—, le quiero comprar a mi padre una hermosa casaca nueva, toda de oro y plata y con los botones brillantes, y luego quiero comprar un abecedario para mí.

—¿Para ti?

—Ciertamente, porque quiero ir a la escuela y ponerme a estudiar de firme.

—¡Mírame a mí! —dijo la Zorra—. Por la pasión tonta de estudiar he perdido una pierna.

—¡Mírame a mí! —dijo el Gato—. Por la pasión tonta de estudiar he perdido la vista de los dos ojos.

Mientras tanto, un Mirlo blanco que estaba posado en uno de los setos de la carretera soltó su canto habitual y dijo:

—Pinocho, no prestes atención a los consejos de las malas compañías. ¡Si no, te arrepentirás de ello!

¡Pobre Mirlo! ¡Ojalá no lo hubiese dicho nunca! El Gato, dando un gran salto, se le arrojó encima y sin darle tiempo a que dijera «ay» se lo comió de un bocado con plumas y todo.



Una vez que lo hubo comido, y tras limpiarse la boca, cerró los ojos de nuevo y volvió a hacerse el ciego como antes.

—¡Pobre Mirlo! —dijo Pinocho al Gato—. ¿Por qué lo has tratado tan mal?

—Lo he hecho para darle una lección. Así la próxima vez aprenderá a no intervenir en las conversaciones de los demás.

Ya habían recorrido la mitad del camino, cuando la Zorra, deteniéndose de sopetón, le dijo al muñeco:

—¿Quieres duplicar tus monedas de oro?

—¿Qué dices?

—¿Quieres convertir cinco miserables cequíes^[10] en cien, en mil, en dos mil?

—¡Ojalá! ¿Y de qué manera?

—La manera es facilísima. En vez de volver a tu casa, deberías venir con nosotros.

—¿Y adónde me queréis llevar?

—Al pueblo de los Barbagianni.

Pinocho se lo pensó un poco y luego dijo resueltamente:

—No, no quiero ir. Debéis saber que estoy resuelto a ir a mi casa, donde se halla mi padre, que me espera. Quién sabe cuánto debió sufrir ayer el pobre viejo al no verme regresar. Desgraciadamente, he sido un mal hijo y el Grillo Parlante tenía razón cuando decía: «Los chicos desobedientes no logran nada bueno en este mundo». Y yo he tenido ocasiones de probarlo en mí mismo, porque me han ocurrido muchas desgracias, e incluso ayer, en casa de Comefuego, corrí peligro... ¡Brrr! ¡Aún se me pone la carne de gallina al pensar en ello!

—Bien —dijo la Zorra—, ¿así que quieres ir a tu casa? ¡Vete en buena hora, tanto peor para ti!

—¡Tanto peor para ti! —repitió el Gato.

—Piénsalo bien, Pinocho, porque es como si le dieras una patada a la fortuna.

—¡A la fortuna! —repitió el Gato.

—Tus cinco cequíes, de hoy a mañana, se habrían convertido en dos mil.

—¡Dos mil! —repitió el Gato.

—Pero ¿cómo es posible que se conviertan en tantos? —preguntó Pinocho asombrado y con la boca abierta.

—Enseguida te lo explico —dijo la Zorra—. Debes saber que en el pueblo de los Barbagianni existe un campo bendito llamado por todos el campo de los milagros. Tú haces en ese terreno un pequeño agujero y metes dentro de él, por ejemplo, un cequí de oro. Luego tapas el agujero con un poco de tierra, lo riegas con dos cubos de agua de la fuente, le echas encima un pellizco de sal y a la noche te vas tranquilamente a la cama. Mientras tanto, durante la noche, el cequí germina y florece, y a la mañana siguiente, de madrugada, vuelves al campo, y ¿qué es lo que encuentras? Encuentras un hermoso árbol cargado de tantos cequíes de oro cuantos granos de trigo pueda tener una espiga madura en el mes de junio.

—Así pues —dijo Pinocho cada vez más asombrado—, si yo enterrase en ese campo mis cinco cequíes, ¿cuántos cequíes encontraría al día siguiente?

—Se trata de una cuenta facilísima —respondió la Zorra—, una cuenta que se puede hacer con la punta de los dedos. Supón que cada cequí te produzca un racimo de quinientos cequíes. Multiplica quinientos por cinco y, a la mañana siguiente, te encontrarás en el bolsillo dos mil quinientos cequíes contantes y sonantes.

—¡Oh, qué maravilla! —gritó Pinocho bailando de alegría—. Apenas haya recogido estos cequíes, me quedaré con dos mil y los quinientos restantes os los daré como regalo a vosotros dos.

—¿Un regalo para nosotros? —gritó la Zorra desdeñosa y sintiéndose ofendida—. ¡Dios te libre de ello!

—¡Te libre de ello! —repitió el Gato.

—Nosotros —continuó la Zorra— no trabajamos por vil interés; únicamente trabajamos para enriquecer a los demás.

—¡A los demás! —repitió el Gato.

«¡Qué buenas personas!», pensó para sí Pinocho.

Y olvidándose en el acto de su padre, de la casaca nueva, del abecedario y de todos sus buenos propósitos, les dijo a la Zorra y al Gato:

—Vayamos, pues. Voy con vosotros.

CAPÍTULO 13

La fonda del Cangrejo Rojo

Camina que te camina, al fin, a la caída de la noche, llegaron muertos de cansancio a la fonda del Cangrejo Rojo.

—Detengámonos aquí un poco —dijo la Zorra— a comer un bocado y descansar unas horas. A medianoche volveremos a partir para estar mañana al alba en el Campo de los Milagros.

Cuando hubieron entrado en la fonda, los tres se sentaron a una mesa, pero ninguno de ellos tenía apetito.

El pobre Gato, sintiéndose indispuerto del estómago, sólo pudo comer treinta y cinco salmonetes con salsa de tomate y cuatro raciones de callos a la parmesana. Y como los callos no le parecieron suficientemente condimentados, se resarcó pidiendo tres veces mantequilla y queso rayado.

La Zorra también habría pellizado de buena gana alguna cosa, pero el médico le había ordenado una rigurosísima dieta, tuvo que contentarse con una simple liebre, almibarada y gustosa, y con una ligera guarnición de capones bien cebados y tiernos pollos. Después de la liebre, se hizo traer, para cambiar de sabor, un guisado de perdices, codornices, conejo, ranas, lagartos y uvas de moscatel. Luego, ya no quiso nada más. Sentía tantas náuseas, ante la comida, decía ella, que no podía llevarse nada a la boca.



Quien menos comió de todos fue Pinocho. Pidió un puñado de nueces y un bollito de pan, y todo lo dejó en el plato. El pobre chico, con el pensamiento siempre fijo en el Campo de los Milagros, tenía una indigestión anticipada de monedas de oro.

Cuando hubieron cenado, la Zorra le dijo al mesonero:

—Dadnos dos buenas habitaciones, una para el señor Pinocho y otra para mí y para mi compañero. Antes de partir echaremos un sueñecito. Recordad, sin embargo, que a medianoche deseamos ser despertados para continuar nuestro viaje.

—Así se hará, señores —respondió el mesonero, guiñando un ojo al Gato y a la Zorra como para decir: «Veo de qué va el asunto y estamos de acuerdo...».

Apenas Pinocho se metió en la cama, se durmió repentinamente y comenzó a soñar. Y soñando le parecía hallarse en medio de un campo, y este campo estaba lleno de arbolillos cargados de racimos, y estos racimos estaban cargados de cequíes de oro que, al balancearse movidos por el viento, hacían: «zin, zin, zin», como si quisieran decir: «El que lo desee que venga a cogernos». Pero cuando Pinocho se encontraba en lo más hermoso del sueño, es decir, cuando alargó la mano para coger a puñados aquellas hermosas monedas y metérselas en el bolsillo, se vio despertado repentinamente por tres violentísimos golpes dados en la puerta de la habitación.

Era el mesonero que venía a decirle que ya era medianoche.



—¿Y mis compañeros, ya están preparados? —le preguntó el muñeco.

—¡Más que preparados! Hace dos horas que han partido.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Porque el Gato ha recibido un aviso de que el mayor de sus gatitos, enfermo de sabañones en los pies, estaba en peligro de muerte.

—¿Y han pagado la cena?

—Pero ¿qué decís? Ellos son personas demasiado educadas para hacer semejante afrenta a vuestra señoría.

—¡Qué pena! ¡Esta afrenta me habría dado tanto placer! —dijo Pinocho rascándose la cabeza. Luego preguntó—: ¿Y dónde han dicho que me esperaban estos buenos amigos?

—En el Campo de los Milagros, mañana, al despuntar el día.

Pagó Pinocho un cequí por su cena y por la de sus compañeros y después partió.

Pero puede decirse que partió a tientas, porque fuera del mesón había una oscuridad tan espesa que no se veía absolutamente nada. En el campo, a su alrededor, no oía ni el temblor de una hoja. Sólo algunos pajarracos nocturnos, atravesando el camino de un matorral a otro, venían a golpear con sus alas la nariz de Pinocho, el cual, dando un salto hacia atrás muy asustado, gritaba:

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí?

Al mismo tiempo, mientras caminaba, vio en el tronco de un árbol un pequeño animalillo que relucía con una luz pálida y opaca, como una lamparilla nocturna por una pantalla de porcelana transparente.

—¿Quién eres? —le preguntó Pinocho.

—Soy la sombra del Grillo Parlante —le respondió el animalillo con una voccecita tan débil que parecía venir del más allá.

—¿Qué quieres de mí? —dijo el muñeco.

—Quiero darte un consejo. Vuelve atrás y lleva los cuatro cequíes que te quedan a tu pobre padre, que está desesperado por no haberte vuelto a ver.

—Mañana mi padre será un gran señor porque estos cuatro cequíes se convertirán en dos mil.

—No te fíes, muchacho, de los que prometen hacerte rico de la mañana a la noche. ¡Habitualmente, o son unos locos, o unos embrollones! Hazme caso y da la vuelta.

—Yo, por el contrario, quiero seguir adelante.

—¡Es muy tarde!

—Quiero seguir adelante.

—La noche es oscura.

—Quiero seguir adelante.

—La carretera es peligrosa.

—Quiero seguir adelante.

—Ten presente que los chicos que actúan a su capricho y a su manera, antes o después se arrepienten.

—Son los cuentos de siempre. Buenas noches, Grillo.

—¡Buenas noches, Pinocho, y que el cielo te salve del rocío y de los asesinos!

Apenas hubo pronunciado estas últimas palabras, cuando el Grillo Parlante se extinguió como se apaga una llama de un soplido, y el camino quedó más oscuro que antes.

CAPÍTULO 14

Pinocho, por no haber atendido a los buenos consejos del Grillo Parlante, tropieza con los asesinos

«En verdad —dijo para sí el muñeco reempiendo el viaje—, ¡qué desgraciados somos nosotros, los pobres chicos! Todo el mundo nos grita, todos nos reprenden, todos nos dan consejos. De permitirlo, todos creerían ser nuestros padres y nuestros maestros: todos, incluso los Grillos Parlantes. He aquí un ejemplo: porque no he querido atender a ese fastidioso Grillo, ¡quién sabe cuántas desgracias, según él, me deberían acaecer! ¡Incluso tendría que vérmelas con los asesinos! Menos mal que yo no creo en los asesinos ni he creído nunca. Para mí, los asesinos han sido creados aposta por los padres para asustar a los muchachos que quieren andar por ahí de noche. Y luego, aun en el caso de que los encontrase aquí, en el camino, ¿acaso lograrían dominarme? Ni soñarlo. Me encararía con ellos gritando: “Señores asesinos, ¿qué quieren de mí? ¡Tengan presente que conmigo no se bromea! ¡Atiendan, pues, a sus asuntos y calladitos!”. Tras esta perorata dicha en serio, me parece ver a los pobres asesinos escapando como el viento. Y si fueran tan maleducados que no quisieran escapar, entonces escaparía yo y asunto terminado...»

Pinocho no pudo acabar su razonamiento porque, en aquel momento, le pareció oír detrás de sí un ligerísimo roce de hojas.

Se volvió a mirar y vio en la oscuridad dos negras figuras completamente cubiertas por dos sacos de carbón, las cuales corrían detrás de él dando saltos de puntillas, como si fueran dos fantasmas.



«¡Era verdad, aquí están!», dijo para sí. Y no sabiendo dónde esconder los cuatro cequíes, se los metió en la boca, concretamente debajo de la lengua.

Luego, intentó escapar. Pero aún no había dado el primer paso cuando se sintió agarrado por los dos brazos y oyó dos voces horribles y cavernosas que le dijeron:

—¡La bolsa o la vida!

Pinocho, no pudiendo responder con palabras a causa de las monedas que tenía en la boca, hizo mil reverencias y pantomimas para dar a entender a aquellos dos encapuchados, de los cuales tan sólo se veían los ojos a través de los agujeros de los sacos, que él era un pobre muñeco y que no tenía en el bolsillo ni un céntimo falso.

—¡Venga, venga! ¡Menos charla y fuera el dinero! —gritaban amenazadoramente los bandidos.

El muñeco hizo con la cabeza y con las manos un gesto como para decir: «No lo tengo».

—Saca el dinero o eres hombre muerto —dijo el asesino de mayor estatura.

—¡Muerto! —repitió el otro.

—¡Y después de matarte a ti, mataremos también a tu padre!

—¡También a tu padre!

—¡No, no, no, a mi padre no! —gritó Pinocho con acento desesperado; pero al gritar de ese modo los cequíes sonaron en su boca.

—¡Ah, bribón! ¿Así que has escondido el dinero bajo la lengua? ¡Escúpelo enseguida!

Y Pinocho venga a negarse.

—¡Ah!, ¿te haces el sordo? ¡Espera un poco, que nosotros te lo haremos escupir!

De hecho, uno de ellos agarró el muñeco por la punta de la nariz y el otro lo cogió por la barbilla y comenzaron a tirar de él con desconsideración, el uno hacia aquí, el otro hacia allá, a fin de obligarle a abrir la boca. Pero no hubo manera. La boca del muñeco parecía clavada y remachada.

Entonces, el asesino más bajo de estatura sacó un cuchillo muy grande y trató de hincárselo, a modo de palanca y de escoplo^[11], entre los labios. Pero Pinocho, rápido como un rayo, le agarró la mano con los dientes y, después de habérsela arrancado de un mordisco, la escupió, y figuraos su asombro cuando, en vez de una mano, vio que lo que había escupido al suelo era la zarpa de un gato.

Envalentonado con esta primera victoria, se libró, con la ayuda de las uñas, de los asesinos y, saltando el seto del camino, comenzó a huir por el campo. Y los asesinos a correr en pos de él, como dos perros detrás de una liebre. Y el que había perdido la zarpa corría con una sola, aunque nunca se supo cómo lograba hacerlo.

Después de una carrera de quince kilómetros, Pinocho ya no podía más. Entonces, viéndose perdido, trepó por el tronco de un altísimo pino y se sentó en la cumbre de una rama. Los asesinos también intentaron trepar, pero cuando llegaron a la mitad del tronco, resbalaron y se precipitaron al suelo, despellejándose las manos y los pies.

No por ello se dieron por vencidos; es más, recogieron un haz de leña seca al pie del pino y le prendieron fuego. En menos de lo que canta un gallo, el pino comenzó a arder y a llamear como una vela agitada por el viento. Pinocho, viendo que las llamas ascendían cada vez más, y no queriendo acabar asado como un pichón, dio un gran salto desde la cima del árbol y se puso a correr otra vez a través de campos y viñedos. Y los asesinos seguían corriendo detrás de él sin cansarse nunca.

Comenzaba mientras tanto a vislumbrarse el día y continuaban persiguiéndolo. Cuando he aquí que, de repente, Pinocho se encontró ante un ancho y profundo foso que le cerraba el paso, lleno hasta los bordes de agua sucia, de color café con leche. ¿Qué hacer? «¡A la una, a las dos y a las tres!», gritó el muñeco y, lanzándose después de tomar carrerilla, saltó al otro lado. También los asesinos saltaron, pero no habiendo previsto bien la distancia, ¡patatum!, cayeron abajo en mitad del foso. Pinocho, que oyó el chapuzón y las salpicaduras del agua, gritó mientras reía y continuaba corriendo:

—¡Buen baño, señores asesinos!

Y ya se figuraba que se habían ahogado cuando, al darse la vuelta para mirar, descubrió que los dos le seguían, siempre encapuchados con sus sacos y chorreando agua como dos cestos agujereados.

CAPÍTULO 15

Los asesinos persiguen a Pinocho y después de haberlo alcanzado lo cuelgan de una rama de la Encina Grande

Entonces el muñeco, falto de ánimos, a punto estaba de arrojarse al suelo y de darse por vencido cuando, volviendo los ojos a su alrededor, vio blanquear a lo lejos, en medio del verde oscuro de los árboles, una casita blanca como la nieve.

«Si tuviera aliento suficiente para llegar hasta aquella casa, quizá estaría salvado», se dijo para sí.

Y, sin dudarle un minuto, se echó a correr de nuevo por el bosque desenfrenadamente. Y los asesinos continuaban detrás de él.

Después de una desesperada carrera de casi dos horas, llegó al fin jadeante a la puerta de la casa y llamó.

Nadie respondió.

Volvió a llamar con más fuerza, porque oía un rumor de pasos que se aproximaban y la respiración profunda y agitada de sus perseguidores.

Y seguía el mismo silencio.

Dándose cuenta de que el golpear no servía de nada, comenzó desesperadamente a dar patadas y cabezazos en la puerta. Entonces se asomó a la ventana una hermosa niña, con los cabellos de color turquesa y el rostro blanco, como una imagen de cera, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, la cual, sin mover lo más mínimo los labios, dijo con una vozecita que parecía venir del otro mundo:

—No hay nadie en esta casa. Todos han muerto.

—¡Ábreme al menos tú! —gritó Pinocho llorando implorante.

—También yo estoy muerta.

—¿Muerta? ¿Y entonces qué es lo que haces en la ventana?

—Estoy esperando el féretro que me ha de llevar.

Apenas dijo esto, la niña desapareció y la ventana se cerró sin hacer ruido.

—Oh, hermosa Niña de los Cabellos Turquesa —gritaba Pinocho—, ¡ábreme, por caridad! Ten compasión de un pobre muchacho perseguido por los asesinos...

Pero no pudo terminar la palabra porque se sintió agarrar fuertemente por el cuello y oyó los ya conocidos vozarrones que gruñían amenazadoramente:

—¡Ahora ya no te nos escaparás!

El muñeco, viendo cercana la muerte, se sintió acometido por un temblor tan grande que hacía sonar las junturas de sus piernas de madera y los cuatro cequíes que tenía escondidos debajo de la lengua.

—¿Y bien? —le preguntaron los asesinos—. ¿Quieres abrir la boca, sí o no? Ah, ¿no respondes? ¡Espera, que esta vez te la haremos abrir nosotros!

Y sacando dos cuchillos muy largos y afilados como navajas de afeitar, zaff..., le metieron un par de cuchilladas en los riñones.

Pero el muñeco, afortunadamente, estaba hecho de madera durísima, por lo cual se partieron las hojas, astillándose en mil pedazos, y los asesinos se quedaron con los mangos de los cuchillos en la mano y mirándose el uno al otro.

—Ya comprendo —dijo uno de ellos—, ¡es necesario colgarlo! ¡Colguémoslo!

—¡Colguémoslo! —repitió el otro.

Dicho y hecho. Le ataron las manos detrás de la espalda y, pasándole un nudo corredizo alrededor de la garganta, lo colgaron de la rama de un gran árbol que por allí llamaban la Encina Grande.

Luego se instalaron debajo, sentados en la hierba, esperando el último estertor^[12] del muñeco. Pero el muñeco, después de tres horas, seguía con los ojos abiertos, la boca cerrada y pateaba más que nunca.



Aburridos de tanto esperar, se volvieron hacia Pinocho y le dijeron mientras se sonreían malignamente:

—Adiós, hasta mañana. Cuando mañana volvamos aquí, esperamos que tengas la gentileza de estar bien muerto y con la boca abierta de par en par.

Y se fueron de allí.

Mientras tanto, se había alzado una impetuosa tramontana, que, soplando y mugiendo con rabia, sacudía de aquí para allá al pobre ahorcado, haciéndole balancear violentamente, como el badajo^[13] de una campana en día de fiesta. Y aquel balanceo le ocasionaba espasmos muy agudos y el nudo corredizo, apretándole cada vez más la garganta, le cortaba la respiración.

Poco a poco sus ojos se empañaron. Y si bien sentía aproximarse la muerte, al mismo tiempo esperaba que, de un momento a otro, se presentara allí alguna alma piadosa que lo ayudara. Pero cuando, espera que te espera, vio que no aparecía nadie, entonces volvió a su mente la imagen de su pobre padre... Y, casi moribundo, balbuceó:

—¡Oh, padre mío!, si tú estuvieras aquí...

No tuvo fuerzas para decir nada más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró las piernas y, dando una gran sacudida, se quedó tieso.

CAPÍTULO 16

La hermosa Niña de los Cabellos Turquesa manda recoger al muñeco, lo mete en la cama y llama a tres médicos para saber si está vivo o muerto

Mientras el pobre Pinocho, colgado por los asesinos de una rama de la Encina Grande, parecía ya más muerto que vivo, la hermosa Niña de los Cabellos Turquesa asomó la cabeza a la ventana y apiadándose al ver a aquel infeliz que, colgado por el cuello, bailaba el rigodón^[14] bajo el embate de la tramontana, batió por tres veces las manos, haciendo sonar tres palmaditas.

A esta señal se oyó un gran rumor de alas que volaban con precipitado ímpetu y un gran Halcón vino a posarse en el alféizar de la ventana.



—¿Qué ordenáis, mi graciosa Hada? —dijo el Halcón, mientras bajaba el pico como muestra de reverencia, porque es necesario saber que la Niña de los Cabellos Turquesa no era otra, a fin de cuentas, que un hada buenísima que, desde hacía más de mil años, habitaba en las proximidades de aquel bosque.

—¿Ves a ese muñeco que está atado y que pende de una de las ramas de la Encina Grande?

—Lo veo.

—Pues bien, vuela enseguida hasta allá abajo, rompe con tu fortísimo pico el nudo que lo mantiene colgado en el aire y pónalo delicadamente tumbado sobre la hierba, al pie de la Encina.

Voló el Halcón y, después de algunos minutos, regresó diciendo:

—Cuanto me habéis ordenado ya está hecho.

—¿Y cómo lo has encontrado? ¿Vivo o muerto?

—Al verlo me parecía muerto, pero aún no debe de estar completamente muerto porque, apenas le he aflojado el nudo corredizo que rodeaba su garganta, ha soltado un suspiro y ha balbuceado a media voz: «¡Ahora me siento mejor!».

Entonces, el Hada, batiendo otra vez las manos, dio dos palmaditas e hizo aparecer un magnífico Perro de Lanas que caminaba erguido sobre las patas traseras, de tal forma que parecía un hombre.

El Perro de Lanas estaba vestido de cochero, con una librea^[15] de gala. Llevaba en la cabeza un sombrero de tres picos con galones dorados, una peluca blanca con rizos que le descendían por el cuello, un jubón de color chocolate con botones de brillantes y con dos grandes bolsillos para guardar en ellos los huesos que le regalaba su ama a la hora de comer, un par de calzones cortos de terciopelo carmesí, medias de seda, zapatos escotados y una especie de funda de paraguas detrás, de raso turquesa, para meter dentro de ella la cola cuando comenzaba a llover.



—¡Ánimo, mi valiente Medoro! —le dijo el Hada al Perro de Lanas—. Haz que enganchen la más hermosa carroza de mi cuadra y dirígete hacia el bosque. Una vez que hayas llegado bajo la Encina Grande, encontrarás tendido sobre la hierba a un pobre muñeco medio muerto. Recógelo con cuidado, colócalo igualmente sobre los cojines de la carroza y tráemelo aquí. ¿Has comprendido?

El Perro de Lanas, para dar a entender que había comprendido, meneó tres o cuatro veces la funda de raso turquesa que tenía detrás y partió veloz como un rayo.

Al poco rato se vio salir de la caballeriza una hermosa carroza del color del aire, tapizada de plumas de canario y forrada en su interior con nata y crema con bizcotelas^[16]. Tiraban de la carrocita cien pares de ratones blancos y el Perro de Lanas, sentado en el pescante, chasqueaba la fusta a derecha e izquierda, como un cochero que tiene miedo de llegar tarde.

Aún no había pasado un cuarto de hora cuando la carrocita volvió y el Hada, que estaba esperando en el umbral de la casa, cogió en brazos al pobre muñeco y, llevándolo a una habitación que tenía las paredes de madreperla^[17], mandó llamar al instante a los médicos más famosos de la vecindad.



Y los médicos llegaron enseguida, uno después del otro: es decir, llegaron un Cuervo, una Lechuza y un Grillo Parlante.

—Quisiera saber por ustedes, señores —dijo el Hada dirigiéndose a los tres médicos reunidos alrededor del lecho de Pinocho—, quisiera saber por ustedes, señores, si este desgraciado muñeco está vivo o muerto.

Ante esta invitación, el Cuervo, adelantándose el primero, tomó el pulso a Pinocho, luego le palpó la nariz, luego el dedo meñique del pie y, cuando hubo observado bien, pronunció solemnemente estas palabras:

—A mi parecer, el muñeco está completamente muerto, pero si por desgracia no lo estuviera, entonces ¡sería indicio seguro de que continuaba vivo!

—Me disgusta —dijo la Lechuza— tener que contradecir al Cuervo, mi ilustre amigo y colega. Para mí, por el contrario, el muñeco está aún vivo; si por desgracia

no estuviera vivo, ello sería señal de que en verdad está muerto.

—¿Y usted no dice nada? —le preguntó el Hada al Grillo Parlante.

—Yo digo que el médico prudente, cuando no sabe lo que dice, lo mejor que puede hacer es permanecer callado. Por otra parte, la cara de este muñeco no es nueva para mí. ¡Hace ya tiempo que lo conozco!

Pinocho, que hasta entonces había permanecido inmóvil como un verdadero trozo de madera, sufrió una especie de temblor convulso que sacudió todo el lecho.

—¡Este muñeco —continuó diciendo el Grillo Parlante— es un pícaro redomado!

...

Pinocho abrió los ojos y los volvió a cerrar enseguida.

—Es un bribón, un perezoso, un vagabundo...

Pinocho escondió la cara bajo las sábanas.

—¡Este muñeco es un hijo desobediente que hará morir de aflicción a su pobre padre!

En ese momento se oyó en la habitación un rumor sofocado de llanto y sollozos. Figuraos cómo se quedaron todos hasta que, levantadas un poco las sábanas, vieron que quien lloraba y sollozaba era Pinocho.

—Cuando el muerto llora, es señal de que está en vías de curarse —dijo solemnemente el Cuervo.

—Me duele contradecir a mi ilustre amigo y colega —añadió la Lechuza—, pero para mí, cuando el muerto llora, es señal de que le disgusta morir.

CAPÍTULO 17

Pinocho come azúcar, pero no quiere purgarse. Sin embargo, cuando ve a los sepultureros que vienen a llevárselo, entonces se purga. Luego dice una mentira y, a modo de castigo, le crece la nariz

Apenas salieron de la habitación los tres médicos, el Hada se acercó a Pinocho y, después de haber tocado su frente, se dio cuenta de que tenía una fiebre de mucho cuidado.

Entonces disolvió cierto polvo blanco en medio vaso de agua y tendiéndoselo al muñeco le dijo, amorosamente:

—Bébelo, y en pocos días estarás curado.

Pinocho miró el vaso, torció un poco la boca y luego preguntó con voz plañidera:

—¿Está dulce o amargo?

—Está amargo, pero te hará bien.

—Si es amargo, no lo quiero.

—Hazme caso a mí. Bébelo.

—A mí lo amargo no me gusta.

—Bébelo, y cuando lo hayas bebido te daré un terrón de azúcar para endulzarte la boca.

—¿Dónde está el terrón de azúcar?

—Aquí está —dijo el Hada sacándolo de un azucarero de oro.

—Antes quiero el terrón de azúcar y después beberé un poco de esa agua amarga.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

El Hada le dio el terrón, y Pinocho, tras haberlo masticado y tragado en un momento, dijo relamiéndose los labios:

—¡Qué hermoso sería que además el azúcar fuera una medicina! Todos los días me purgaría.

—Ahora cumple tu promesa y bebe estas pocas gotas de agua, que te devolverán la salud.

Pinocho cogió de mala gana el vaso y metió en él la punta de la nariz.

Al fin dijo:

—¡Es demasiado amarga, demasiado amarga! Yo no la puedo beber.

—¿Cómo puedes decirlo si ni siquiera la has probado?

—Me lo imagino. He sentido su olor. ¡Quiero antes otro terrón de azúcar y luego la beberé!

Entonces el Hada, con toda la paciencia de una buena madre, le puso en la boca otro poco de azúcar, y después le tendió de nuevo el vaso.

—¡Así no la puedo beber! —dijo el muñeco haciendo mil visajes.

—¿Por qué?

—Porque me molesta esa almohada que tengo ahí a los pies.

El Hada le quitó la almohada.

—Es inútil. Ni siquiera así la puedo beber...

—¿Qué más te molesta?

—Me molesta la puerta de la habitación, que está medio abierta.

El Hada fue y cerró la puerta de la habitación.

—En fin —gritó Pinocho estallando en lágrimas—, no quiero beber esta agua amarga, no la quiero beber, no, ¡no!

—Hijo mío, te arrepentirás de ello.

—No me importa.

—Tu enfermedad es grave.

—No me importa.

—La fiebre te llevará en pocas horas al otro mundo.

—No me importa.

—¿No tienes miedo a la muerte?

—¡En absoluto! ¡Antes morir que beber esa asquerosa medicina!

En este momento se abrió la puerta de la habitación y entraron cuatro conejos, negros como la tinta, que llevaban a hombros un pequeño féretro.



—¿Qué queréis de mí? —gritó Pinocho, enderezándose para sentarse aterrado sobre el lecho.

—Hemos venido a recogerte —respondió el más grueso de los conejos.

—¿A recogerme...? ¡Pero si aún no estoy muerto!

—Aún no, pero como has rechazado la medicina que te habría curado la fiebre, te quedan pocos minutos de vida.

—Oh, Hada, Hada mía —comenzó entonces a gritar el muñeco—, dadme enseguida ese vaso. Daos prisa, por caridad, porque no quiero morir, no..., no quiero morir...

Y tomando el vaso con las dos manos, lo vació de un trago.

—¡Paciencia! —dijeron los conejos—. Por esta vez hemos hecho el viaje en balde.

Y cargando de nuevo sobre sus espaldas el pequeño féretro, salieron de la habitación refunfuñando y murmurando entre dientes.

El caso es que a los pocos minutos Pinocho saltó de la cama curado, porque hay que saber que los muñecos de madera tienen el privilegio de enfermar muy raramente, y de curarse muy deprisa.

El Hada, viéndolo correr y retozar por la habitación, avisado y alegre como un gallito mañanero, le dijo:

—En fin, mi medicina te ha sentado bien, ¿verdad?

—¡Más que bien! ¡Me ha vuelto a traer al mundo!

—Y entonces, ¿por qué te has hecho rogar tanto para beberla?

—¡Es que nosotros los chicos somos todos así! Tenemos más miedo a las medicinas que a la enfermedad.

—¡Vergüenza debería darte! Los chicos deberían saber que un buen medicamento tomado a tiempo puede salvarles de una grave enfermedad e incluso quizá de la muerte...

—¡Oh, pero otra vez no me haré rogar tanto! Lo siento por esos conejos negros que llevan el féretro a hombros. Así que cogeré enseguida el vaso con las manos y... ¡adentro!

—Ahora ven aquí conmigo, y cuéntame cómo acabaste entre las manos de los asesinos.

—Acaeció que el titiritero Comefuego me dio unas monedas de oro y me dijo: «¡Toma, llévaselas a tu padre!». Pero encontré por el camino a una Zorra y a un Gato, dos buenas personas que me dijeron: «¿Quieres que estas monedas se conviertan en mil o dos mil? Ven con nosotros y te llevaremos hasta el Campo de los Milagros». Y yo les dije: «Vamos». Y ellos dijeron: «Detengámonos aquí en la posada del Cangrejo Rojo, y después de la medianoche partiremos de nuevo». Y cuando me desperté ellos ya no estaban, porque se habían ido. Comencé entonces a caminar de noche, y había una oscuridad que parecía imposible y me encontré por el camino con dos asesinos dentro de dos sacos de carbón, que me dijeron: «Saca el dinero». Y yo les dije: «No

lo tengo», porque las cuatro monedas de oro me las había escondido en la boca, y uno de los asesinos intentó meterme en ella la mano, y yo de un mordisco se la arranqué, y luego la escupí; pero en vez de una mano escupí la zarpa de un gato. Y los asesinos venga a correr detrás de mí, y yo corre que te corre, hasta que me alcanzaron y me ataron por el cuello a un árbol de este bosque y me dijeron: «Mañana volveremos aquí, y entonces estarás muerto y con la boca abierta, y de esta manera te quitaremos las monedas de oro que has escondido bajo la lengua».

—¿Y ahora dónde has puesto las cuatro monedas? —le preguntó el Hada.

—¡Las he perdido! —respondió Pinocho; pero dijo una mentira porque, por el contrario, las tenía en el bolsillo.

Apenas dijo la mentira, su nariz, que ya era larga, le creció de pronto dos dedos más.

—¿Y dónde las has perdido?

—Aquí, en el bosque de al lado.

Ante esta segunda mentira la nariz continuó creciendo.

—Si las has perdido en el bosque de al lado —le dijo el Hada—, las buscaremos y las encontraremos, porque todo lo que se pierde en el bosque de al lado siempre se vuelve a encontrar.

—¡Ah!, ahora que me acuerdo —dijo el muñeco aturrullándose—, las cuatro monedas no las he perdido, pero sin darme cuenta me las he tragado mientras bebía vuestra medicina.

Ante esta tercera mentira, la nariz se le alargó aún más, de forma tan extraordinaria que el pobre Pinocho ya no podía darse la vuelta hacia ningún lado. Si se volvía de un lado, la nariz le chocaba contra la cama o en los cristales de la ventana; si se daba la vuelta hacia el otro lado, su nariz golpeaba las paredes y la puerta de la habitación; si alzaba un poco la cabeza corría el peligro de clavársela en un ojo al Hada.

Y el Hada lo miraba y reía.



—¿Por qué reís? —le preguntó el muñeco, completamente confuso y preocupado al ver que su nariz crecía a simple vista.

—Me río de la mentira que has dicho.

—¿Cómo sabéis que he dicho una mentira?

—Las mentiras, hijo mío, se reconocen enseguida porque suelen ser de dos clases: hay mentiras que tiene las piernas cortas, y mentiras que tienen la nariz larga. La tuya, por lo que veo, es de las que tienen la nariz larga.

Pinocho, no sabiendo ya dónde esconderse, lleno de vergüenza, intentó huir de la habitación, pero no lo logró.

Su nariz había crecido tanto que ya no pasaba por la puerta.

CAPÍTULO 18

Pinocho vuelve a encontrar a la Zorra y al Gato, y va con ellos a sembrar las cuatro monedas en el Campo de los Milagros

Como podéis imaginaros, el Hada dejó que el muñeco llorase y gritase durante una buena media hora a causa de aquella nariz suya que no podía pasar por la puerta de la habitación. Y lo hizo para darle una severa lección y que se corrigiera del feo vicio de decir mentiras, el vicio más feo que puede tener un muchacho. Pero cuando lo vio demudado y con los ojos fuera de las órbitas a causa de la desesperación, entonces, apiadada, golpeó sus manos y a esta señal entraron en la habitación por la ventana un millar de grandes pájaros llamados carpinteros, los cuales, posándose sobre la nariz de Pinocho, comenzaron a picársela tanto que en pocos minutos aquella enorme y desproporcionada nariz quedó reducida a su tamaño natural.

—Qué buena sois, Hada mía —dijo el muñeco secándose los ojos—. ¡Y cuánto os quiero!

—También yo te quiero —respondió el Hada—, y si quieres quedarte conmigo tú serás mi hermanito y yo tu hermanita...

—Me quedaría de buena gana..., pero ¿y mi pobre padre?

—He pensado en todo. Tu padre ya ha sido advertido y antes de que se haga de noche él estará aquí.

—¿De verdad...? —gritó Pinocho dando saltos de alegría—. Entonces, Hada mía, si no os molesta, quisiera salir a su encuentro. No veo la hora de poderle dar un beso a ese pobre viejo que tanto ha sufrido por mí.

—Vete, pues. Pero ten cuidado y no te extravíes. ¡Coge el camino del bosque y estoy segura de que lo encontrarás!

Partió Pinocho y apenas hubo entrado en el bosque comenzó a correr como un gamo^[18]. Pero cuando llegó a cierto lugar, casi frente a la Encina Grande, se detuvo porque le pareció haber oído ruido de gente entre el ramaje. De hecho, ¿sabéis a quién vio aparecer por el camino? A la Zorra y al Gato, es decir, a sus dos compañeros de viaje con los que había cenado en la posada del Cangrejo Rojo.

—¡Aquí está nuestro querido Pinocho! —gritó la Zorra abrazándolo y besándolo—. ¿Cómo es que estás aquí?



—¿Cómo es que estás aquí? —repitió el Gato.

—Es una larga historia —dijo el muñeco—, y os la contaré con calma. Sabed, sin embargo, que la otra noche me abandonasteis en la fonda y encontré a asesinos por el camino.

—¿Asesinos? ¡Oh, pobre amigo...! ¿Y qué querían?

—Me querían robar las monedas de oro.

—¡Infames! —dijo la Zorra.

—¡Infamísimos! —repitió el Gato.

—Pero comencé a huir —continuó diciendo el muñeco—, y ellos venían corriendo detrás de mí, hasta que me alcanzaron y me colgaron de la rama de aquella encina...

Y Pinocho señaló la Encina Grande, que se hallaba allí, a dos pasos.

—¿Se puede oír algo peor? —dijo la Zorra—. ¡En qué mundo estamos condenados a vivir! ¿Dónde encontraremos un refugio seguro nosotros, las gentes de bien?

Mientras hablaban así, Pinocho se dio cuenta de que el Gato estaba cojo de la pata delantera derecha, porque le faltaba toda la zarpa y sus uñas. Por ello le preguntó:

—¿Qué ha sido de tu zarpa?

El Gato quería responder algo, pero se aturulló. Entonces la Zorra dijo enseguida:

—Mi amigo es demasiado modesto, y por ello no responde. Yo responderé por él. Debes saber que hace una hora nos hemos encontrado en el camino a un viejo lobo, casi muerto de hambre, que nos ha pedido limosna. No llevando con nosotros nada para darle, ni siquiera una raspa de pescado, ¿qué es lo que ha hecho mi amigo que, en verdad, tiene un corazón de oro? Se ha arrancado con sus dientes la zarpa de una

de las patas delanteras y se la ha arrojado a aquella pobre bestia para que pudiera desayunar.

Y la Zorra, diciendo esto, se enjugó una lágrima.

Pinocho, conmovido a su vez, se acercó al Gato susurrándole al oído:

—¡Si todos los gatos se te parecieran, afortunados los ratones!

—Y ahora, ¿qué es lo que haces por estos parajes? —le preguntó la Zorra al muñeco.

—Espero a mi padre, que tiene que llegar de un momento a otro.

—¿Y tus monedas de oro?

—Las llevo siempre en el bolsillo, menos una que gasté en la fonda del Cangrejo Rojo.

—¡Y pensar que, en vez de cuatro monedas, se podrían convertir en mil o dos mil...! ¿Por qué no sigues mi consejo? ¿Por qué no vas a sembrarlas al Campo de los Milagros?

—Hoy es imposible. Iré otro día.

—Otro día será tarde —dijo la Zorra.

—¿Por qué?

—Porque ese campo ha sido comprado por un gran señor y a partir de mañana ya no le será permitido a nadie sembrar en él dinero.

—¿Cuánta distancia hay de aquí al Campo de los Milagros?

—Apenas dos kilómetros. ¿Quieres venir con nosotros? Dentro de media hora estarás allí. Siembras enseguida las cuatro monedas y al cabo de cinco minutos recogerás dos mil, y esta noche volverás aquí con los bolsillos llenos. ¿Quieres venir con nosotros?

Dudó un poco Pinocho antes de responder porque recordó al Hada buena, al viejo Geppetto y las advertencias del Grillo Parlante. Pero luego hizo lo que hacen todos los muchachos sin una gota de sentido común y de corazón. Es decir, acabó asintiendo con la cabeza y le dijo a la Zorra y al Gato:

—Vayamos pues, que voy con vosotros.

Y partieron.

Después de haber caminado durante medio día, llegaron a una ciudad llamada Atrapabobos. Apenas entraron en ella, Pinocho vio todas las calles llenas de perros pelados que bostezaban de hambre, de ovejas esquiladas que temblaban de frío, de gallinas sin cresta y sin plumas que pedían la limosna de un grano de maíz, de grandes mariposas que ya no podían volar porque habían vendido sus hermosas y coloridas alas, de pavos sin cola que se avergonzaban de mostrarse y de faisanes que trotaban a pequeños pasos, lamentando la pérdida irrevocable de sus brillantes plumas de oro y plata.



En medio de aquella muchedumbre de mendigos y de pobres vergonzantes, pasaba de cuando en cuando alguna carroza señorial, llevando en su interior una zorra, una urraca o un ave de rapiña.

—¿Y dónde está el Campo de los Milagros? —preguntó Pinocho.

—Está aquí, a dos pasos.

Dicho y hecho; atravesaron la ciudad y salieron fuera de sus murallas, se detuvieron en un campo solitario que se parecía a todos los demás campos.

—Ya hemos llegado —dijo la Zorra al muñeco—. Ahora inclínate sobre la tierra, excava con las manos un pequeño agujero y mete dentro las monedas de oro.

Obedeció Pinocho. Excavó el agujero, puso en él las cuatro monedas de oro que le quedaban, y después volvió a tapar el agujero con un poco de tierra.

—Inmediatamente después —dijo la Zorra— vas a la acequia que hay aquí al lado, toma un cubo de agua y riega el terreno donde has sembrado.

Fue Pinocho a la acequia y, como en aquellos momentos no disponía de un cubo, se quitó uno de sus zapatos y, llenándolo de agua, regó la tierra que cubría el agujero. Luego preguntó:

—¿Debo hacer algo más?

—Nada más —respondió la Zorra—. Ahora ya podemos irnos. Luego, vuelve aquí dentro de unos veinte minutos y encontrarás ya el arbusto brotando del suelo, con todas sus ramas cargadas de monedas de oro.

El pobre muñeco, fuera de sí de alegría, agradeció mil veces sus favores a la Zorra y al Gato y les prometió un hermoso regalo.

—Nosotros no queremos regalos —le respondieron aquellos dos maleantes—. A nosotros nos basta con haberte enseñado el modo de enriquecerte sin esfuerzo, y por eso estamos contentos como unas pascuas.

Dicho esto, se despidieron de Pinocho y, deseándole una buena cosecha, se fueron a sus ocupaciones.

CAPÍTULO 19

A Pinocho le roban sus monedas de oro y, como castigo, se gana cuatro meses de cárcel

El muñeco, de vuelta a la ciudad, comenzó a contar uno a uno los minutos, y cuando le pareció que ya era la hora, tomó de nuevo el camino que conducía al Campo de los Milagros.

Y mientras caminaba con paso apresurado, el corazón le latía con fuerza y le hacía tictac, tictac, como un reloj de salón, cuando de verdad funciona a la perfección. Y, mientras tanto, pensaba para sí:

«¿Y si en vez de mil monedas encontrara en las ramas del árbol dos mil? ¿Y si en vez de dos mil encontrara cinco mil? ¿Y si en vez de cinco mil encontrara cien mil? ¡Oh, en qué gran señor me convertiría entonces! Quisiera tener un hermoso palacio, mil caballitos de madera y mil caballerizas para poderme divertir, una tienda de rosolías y de alquermes y una estantería completamente llena de confituras, tortas, mazapanes, almendrados y barquillos con nata».

Fabulando de esta manera llegó a las cercanías del campo y allí se detuvo a mirar si por casualidad podía descubrir algún árbol con las ramas cargadas de monedas. Pero no vio nada. Dio otros cien pasos hacia delante, pero nada. Entró en el campo y se llegó directamente al pequeño agujero en el que había enterrado sus cequíes, y nada. Entonces se quedó pensativo y, olvidando las reglas de la buena educación y de la crianza, sacó una de sus manos del bolsillo y se puso a rascarse la cabeza.

En aquel momento sus oídos escucharon una gran carcajada, y, dándose la vuelta, vio sobre un árbol un gran papagayo que se espulgaba las pocas plumas que le quedaban encima.



—¿Por qué te ríes? —le preguntó Pinocho con voz colérica.

—Me río porque al espulgarme me he hecho cosquillas bajo las alas.

El muñeco no respondió. Fue a la acequia y, llenando de agua su zapato, se puso de nuevo a regar la tierra que cubría las monedas de oro.

Entonces una nueva carcajada, mucho más impertinente que la primera, resonó en la soledad silenciosa del campo.

—En fin —gritó Pinocho, enfadado—, ¿se puede saber, Papagayo mal educado, de qué te ríes?

—Me río de esos mochuelos que creen en todas las tonterías y que se dejan engañar por quienes son más astutos que ellos.

—¿Acaso te refieres a mí?

—Sí, me refiero a ti, pobre Pinocho, que eres tan ingenuo que crees que el dinero se puede sembrar y recoger en los campos como se siembran las habichuelas y las calabazas. También yo lo creí en tiempos y ahora sufro las consecuencias. Hoy, ¡pero demasiado tarde!, me he persuadido de que, para reunir honestamente un poco de dinero, es preciso saberlo ganar con el trabajo de las propias manos o con el ingenio de la propia cabeza.

—No te comprendo —dijo el muñeco, que ya comenzaba a temblar de miedo.

—¡Paciencia! Me explicaré mejor —añadió el Papagayo—. Debes saber, pues, que mientras tú estabas en la ciudad, la Zorra y el Gato han vuelto a este campo, han

cogido las monedas de oro enterradas y han huido como el viento. ¡Y ahora muy rápido tendrá que ser el que les dé alcance!

Pinocho se quedó con la boca abierta y, no queriendo creer en las palabras del Papagayo, comenzó a excavar con las manos y las uñas el terreno que había regado. Y excava que excava hizo un agujero tan profundo que hubiera cabido en él todo un pajar; pero las monedas ya no estaban allí.

Entonces, preso de la desesperación, volvió corriendo a la ciudad y fue directamente a un tribunal para denunciar ante el Juez a los dos malandrines que le habían robado.

El Juez era un mono de la raza de los gorilas; un viejo mono respetable por su avanzada edad, por su barba blanca y, especialmente, por sus lentes de oro, sin cristales, que se veía obligado a llevar continuamente a causa de una fluxión de los ojos que lo atormentaba desde hacía algunos años.

Pinocho, en presencia del Juez, contó con pelos y señales el inicuo fraude de que había sido víctima. Dio el nombre, el apellido, las señas personales de los malandrines y acabó pidiendo justicia.



El Juez lo escuchó con gran benignidad, se interesó mucho por el relato, se enterneció, se conmovió y cuando el muñeco ya no tuvo nada que decir alargó la mano y tocó la campanilla.

Al repiqueteo aparecieron enseguida dos perros mastines vestidos de guardias. Entonces el Juez, mostrándoles a Pinocho, dijo a los guardias:

—A ese pobre diablo le han sido robadas cuatro monedas de oro; cogedlo, pues, y metedlo enseguida en prisión.



El muñeco, oyendo la sentencia que se le aplicaba, se quedó helado y quería protestar, pero los guardias, para evitar inútiles pérdidas de tiempo, le taparon la boca y lo llevaron a la cárcel.



Y allí tuvo que pasar cuatro meses, cuatro interminables meses. Y se hubiera quedado mucho más tiempo de no haber sido por un acontecimiento afortunado. Porque es preciso saber que el joven emperador que reinaba en la ciudad de Atrapabobos, habiendo logrado una gran victoria sobre sus enemigos, ordenó grandes festejos públicos, luminarias, fuegos artificiales, carreras de caballos y de velocípedos y, en señal de mayor regocijo, quiso que fueran abiertas las cárceles y puestos en libertad todos los malandrines.

—Si salen de prisión los demás, también debo salir yo —le dijo Pinocho al carcelero.

—Vos, no —respondió el carcelero—, porque no sois del género de...

—Perdone —replicó Pinocho—, pero yo también soy un malandrín.

—En este caso, tenéis razón —dijo el carcelero. Y quitándose respetuosamente el gorro para saludarlo, le abrió la puerta de la prisión y lo dejó escapar.

CAPÍTULO 20

Liberado de la prisión, se dispone a volver a casa del Hada, pero por el camino se encuentra con una horrible serpiente, y luego queda preso en un cepo

Figuraos la alegría de Pinocho al sentirse libre. Sin pensar en otra cosa, salió enseguida de la ciudad y tomó el camino que debía llevarlo de nuevo a la casita del Hada.

A causa del tiempo lluvioso, todo el camino se había convertido en un cenagal y se hundía en él hasta media pierna.

Pero el muñeco no se daba por enterado.

Atormentado por los deseos de volver a ver a su padre y a su hermanita de los cabellos turquesa, corría a saltos como un perro lebel y, al correr, el barro le salpicaba hasta el mismo gorro.

Mientras avanzaba iba diciendo para sí: «Cuántas desgracias me han acaecido. ¡Y bien merecidas las tengo! Porque soy un muñeco testarudo y quisquilloso... y siempre quiero hacer todas las cosas a mi manera, sin atender a los que me quieren y a los que tienen mil veces más criterio que yo... Pero a partir de ahora hago el firme propósito de cambiar de vida y de convertirme en un muchacho decente y obediente. Pues, como tengo visto, los muchachos desobedientes siempre salen perdiendo y nunca hacen las cosas a derechas. ¿Y mi padre? ¿Me habrá esperado? ¿Lo encontraré en casa del Hada? Hace ya tanto tiempo, pobre hombre, que no lo veo, que me muero de ganas de hacerle mil caricias y de abrumarle con mis besos. ¿Y me perdonará el Hada la fea acción que le he hecho? Y pensar que he recibido de ella tantas atenciones y tantos amorosos cuidados... ¡Y pensar que si hoy estoy vivo se lo debo a ella! Pero ¿puede darse un muchacho más ingrato y más sin corazón que yo?».

Mientras decía esto, se detuvo de repente asustado y dio cuatro pasos hacia atrás.

¿Qué es lo que había visto?

Había visto una gruesa serpiente extendida a lo largo del camino; tenía la piel verde, los ojos de fuego y la cola afilada que le humeaba como una chimenea.

Imposible imaginarse el miedo del muñeco, el cual, alejándose más de medio kilómetro, se sentó sobre un montoncillo de piedras, esperando que la serpiente se fuera de una vez a resolver sus asuntos y le dejase libre el camino.

Esperó una hora, dos horas, tres horas, pero la serpiente seguía allí. Incluso desde lejos se veían sus ojos rojizos como el fuego y la columna de humo que le salía de la punta de la cola.

Entonces, Pinocho, haciéndose el valiente, se aproximó a pocos pasos de distancia y con una vocecita muy dulce, insinuante y sutil, le dijo a la serpiente:

—Perdone, señora Serpiente, ¿me haría el favor de echarse un poco a un lado a fin de dejarme pasar?

Fue lo mismo que hablarle a una pared. Nadie se movió. Entonces volvió a decir con la misma vocecilla:

—Debe saber, señora Serpiente, que voy a casa, donde está esperándome mi padre, al que hace tiempo que no veo. ¿Le parece bien que siga por mi camino?

Esperó una señal de respuesta a aquella pregunta, pero la respuesta no llegó. Es más, la serpiente, que hasta entonces parecía despierta y llena de vida, se quedó inmóvil y casi rígida. Los ojos se le cerraron y la cola dejó de humear.

—¿Se habrá muerto de verdad...? —dijo Pinocho, frotándose las manos con gran contento. Y, sin más dilación, intentó pasar por encima de ella para pasar al otro lado del camino. Pero no había terminado de levantar aún la pierna cuando la serpiente se irguió de repente como un resorte y el muñeco, al echarse hacia atrás asustado, tropezó y cayó al suelo.

Y precisamente cayó de tan mala manera, que se quedó con la cabeza hincada en el barro de la carretera y con las piernas tiasas en el aire.



A la vista de aquel muñeco que pateaba cabeza abajo a una velocidad increíble, la serpiente tuvo tal ataque de risa que rio, rio, rio y, al final, a causa del excesivo esfuerzo provocado por la risa se le reventó una vena del pecho y esta vez sí que murió de verdad.

Entonces, Pinocho comenzó a correr de nuevo para llegar a la casa del Hada antes de que se hiciese de noche. Pero en su carrera, no pudiendo resistir los terribles

mordiscos que le producía el hambre, se metió en un campo con la intención de coger algunos granos de uva moscatel.

¡Ojalá no lo hubiera hecho!

Apenas llegó bajo una vid, crac..., sintió dos hierros cortantes que le agarraron las piernas y le hicieron ver todas las estrellas del cielo.

El pobre muñeco había quedado atrapado en un cepo colocado por unos campesinos para cazar algunas grandes garduñas^[19] que eran el azote de todos los gallineros de la vecindad.

CAPÍTULO 21

Pinocho es detenido por un campesino, el cual le obliga a hacer de perro guardián en un gallinero

Como podéis figuraros, Pinocho se puso a llorar, a gritar, a rogar. Pero eran llantos y gritos inútiles, porque por aquellos alrededores no se veían casas, y por la carretera no pasaba ni un alma.

Mientras tanto, se hizo de noche.

Un poco a causa del dolor que le producía el cepo que le segaba los huesos de las piernas y un poco a causa del miedo de encontrarse solo y en la oscuridad en medio de aquellos campos, el muñeco comenzaba casi a desmayarse cuando de repente vio cómo una luciérnaga pasaba por encima de su cabeza, la llamó y le dijo:

—Oh, pequeña Luciérnaga, ¿me harías el favor de librarme de este suplicio?

—¡Pobre chiquillo! —replicó la Luciérnaga deteniéndose apiadada a mirarlo—. ¿Cómo has quedado atrapado con tus piernas entre estos hierros afilados?

—He entrado a este campo para coger dos racimos de uva moscatel y...

—Pero ¿era tuya la uva?

—No.

—Entonces, ¿quién te ha enseñado a robar lo que es de los otros?

—Tenía hambre.

—El hambre, muchacho, no es una buena razón para apropiarse de las cosas que no son nuestras.

—¡Es verdad, es verdad! —gritó Pinocho, llorando—. Pero no lo haré nunca más.

Se hallaban en este punto de la conversación cuando ésta fue interrumpida por un levísimo ruido de pasos que se acercaban. Era el dueño del terreno que venía de puntillas a ver si alguna de aquellas garduñas que se comían durante la noche los pollos había quedado atrapada en la trampa.

Y se quedó extremadamente maravillado cuando, una vez que hubo sacado la linterna de debajo de su gabán, se dio cuenta de que en vez de una garduña había quedado atrapado un chiquillo.

—¡Ah, ladronzuelo! —dijo encolerizado el campesino—. ¿Así que eres tú el que te llevabas mis gallinas?



—¡Yo no, yo no! —gritó Pinocho sollozando—. ¡Yo sólo he entrado en el campo para coger algunos racimos de uvas!

—El que roba la uva también es capaz de robar los pollos. Vas a ver, te voy a dar una lección que recordarás durante una buena temporada.

Y cuando abrió el cepo, agarró al muñeco por el cogote y se lo llevó colgando hasta la casa como si fuera un corderillo recién nacido.

Al llegar a la era que había delante de la casa, lo arrojó al suelo y, manteniéndole un pie sobre el cuello, le dijo:

—Ya es tarde y quiero irme a la cama. Mañana ajustaremos cuentas. Mientras tanto, y como hoy se me ha muerto el perro que me hacía la guardia por la noche, tú ocuparás su puesto. Tú me harás de perro guardián.



Dicho y hecho. Le encajó en el cuello un grueso collar lleno de púas de latón y se lo apretó de tal modo que no podía quitárselo pasando por él la cabeza. Una larga cadena de hierro iba unida al collar y la cadena estaba atada a una pared.

—Si esta noche —dijo el campesino— comenzase a llover, puedes ir a dormir a aquella caseta de madera, donde aún se encuentra la paja que durante cuatro años ha servido de lecho a mi pobre perro. Y si por desgracia vinieran los ladrones, acuérdate de tener los oídos abiertos y ladrar.

Después de esta última advertencia, el campesino entró en casa y cerró la puerta con cerrojo y el pobre Pinocho se quedó agazapado en la era, más muerto que vivo a causa del frío, del hambre y del miedo. Y de vez en cuando, metiéndose las manos rabiosamente dentro del collar que le apretaba la garganta, decía llorando:

—¡Me está bien empleado! ¡Me está muy bien empleado! He querido ser perezoso, vagabundo... He seguido los consejos de los malos compañeros y por esto la desgracia me persigue siempre. Si hubiese sido un buen muchacho, como hay tantos, si hubiese tenido deseos de estudiar y de trabajar, si me hubiese quedado en casa con mi pobre padre, a estas horas no me encontraría aquí, en medio del campo haciendo de perro guardián en la casa de un campesino. ¡Oh, si pudiese volver a nacer de nuevo...! Pero ¡ya es tarde y es preciso tener paciencia!

Una vez que tuvo este pequeño desahogo, que ciertamente le salió del corazón, entró dentro de la caseta y se durmió.

CAPÍTULO 22

Pinocho descubre a los ladrones y, en recompensa por haber sido fiel, es puesto en libertad

Hacía ya más de dos horas que dormía profundamente cuando, hacia la medianoche, fue despertado por un bisbiseo y por un cuchicheo de voces extrañas, que le pareció oír en la era. Sacó la punta de la nariz fuera de la caseta y vio reunidos a cuatro animales de oscuro pelaje, que parecían gatos. Se trataba de garduñas, pequeños animales carnívoros, especialmente aficionados a los huevos y a los pollitos recién nacidos.

Una de estas garduñas, separándose de sus compañeras, fue a la entrada de la caseta y dijo en voz baja:



—Buenas noches, Melampo.

—Yo no me llamo Melampo —respondió el muñeco.

—Entonces, ¿quién eres?

—Yo soy Pinocho.

—¿Y qué es lo que haces aquí?

—Hago de perro guardián.

—¿Y dónde está Melampo? ¿Dónde está el viejo perro que estaba en esta caseta?

—Ha muerto esta mañana.

—¿Muerto? ¡Pobre animal! ¡Era tan bueno...! Pero, a juzgar por tu fisonomía, también tú me pareces un buen perro.

—Pido excusas, pero no soy un perro.

—¿Quién eres?

—Yo soy un muñeco.

—¿Y haces de perro guardián?

—Por desgracia. ¡Para mi castigo!

—Bien, yo te propongo el mismo pacto que tenía con el difunto Melampo, y estarás contento.

—¿Y cuál sería ese pacto?

—Nosotros vendremos una vez a la semana, como antes, a visitar de noche este gallinero y nos llevaremos ocho gallinas. De estas gallinas, siete las comeremos nosotros y una te la daremos a ti a condición, se entiende, de que tú finjas dormir y de que no te venga el capricho de ladrar y de despertar al campesino.

—¿Y esto era lo que hacía Melampo? —preguntó Pinocho.

—Así hacía, y nosotros y él siempre hemos estado de acuerdo. Duerme, pues, tranquilamente y estate seguro de que antes de partir de aquí te dejaremos en la caseta una hermosa gallina pelada para el almuerzo de mañana. ¿Has entendido bien?

—Ya lo creo, demasiado bien... —respondió Pinocho, mientras cabeceaba amenazadoramente como queriendo decir: «¡Dentro de poco hablaremos de nuevo!».

Cuando las cuatro garduñas se creyeron seguras, fueron directamente al gallinero, que quedaba precisamente muy cerca de la caseta del perro.

Y abierta a fuerza de uñas y de dientes la puertecita de madera que cerraba la entrada, se colaron en el interior, una detrás de la otra.

Pero aún no habían terminado de entrar cuando oyeron cómo la puertecita se volvía a cerrar con gran fuerza. Quien la había vuelto a cerrar era Pinocho, el cual, no contento con haberla cerrado, colocó delante, para mayor seguridad, una gruesa piedra a modo de refuerzo.

Y luego comenzó a ladrar, y ladrando como si fuera un perro guardián, hacía con su voz: «uuuuuuuh, uuuuuuh, uuuuuuh».

Al oír aquellos ladridos, el campesino saltó de la cama, cogió la escopeta y asomándose a la ventana preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Hay ladrones! —respondió Pinocho.

—¿Dónde están?

—En el gallinero.

—Ahora mismo bajo.

Y de hecho, en menos de lo que canta un gallo, el campesino descendió, entró corriendo en el gallinero y, después de haber atrapado y encerrado en un saco a las cuatro garduñas, les dijo con un tono de verdadero contento:

—¡Al fin habéis caído en mis manos! ¡Podría castigaros, pero no soy tan vil! Por el contrario, me contentaré con llevaros mañana al mesonero del pueblo vecino, quien os pelará y os cocinará como si fuerais una liebre agradable y sabrosa. Es un honor que no os merecáis, pero ¡los hombres generosos como yo no reparan en estas nimiedades!

Luego, acercándose a Pinocho, comenzó a hacerle muchas caricias y, entre otras cosas, le preguntó:

—¿Cómo has logrado descubrir a estas cuatro ladronzuelas? Y pensar que Melampo, mi fiel Melampo, nunca se había dado cuenta de nada...

Entonces, el muñeco habría podido contar lo que sabía; es decir, habría podido hablar de los vergonzosos pactos que había entre el perro y las garduñas. Pero al recordar que el perro había muerto, pensó para sí: «¿De qué sirve acusar a los muertos? Los muertos, muertos están, y lo mejor que se puede hacer es dejarlos en paz».

—Cuando las garduñas llegaron a la era, ¿tú estabas despierto o dormías? —continuó preguntándole el campesino.

—Dormía —respondió Pinocho—, pero las garduñas me han despertado con sus cuchicheos, y una de ellas se ha llegado hasta la caseta para decirme: «¡Si prometes no ladrar y no despertar al dueño, te regalaremos un pollo ya pelado!». ¿Comprende? ¡Tener la desfachatez de hacerme a mí semejante propuesta! ¡Porque debe saber que soy un muñeco que tendrá todos los defectos de este mundo, pero nunca el de estar ocioso y el de colaborar con personas deshonestas!

—¡Bravo, muchacho! —gritó el campesino dándole unas palmadas en la espalda—. Estos sentimientos te honran, y, para demostrarte mi agradecimiento, a partir de ahora te dejo en libertad para que vuelvas a casa.

Y le quitó el collar del perro.

CAPÍTULO 23

Pinocho llora la muerte de la hermosa Niña de los Cabellos Turquesa. Después encuentra a un Palomo que lo lleva hasta la orilla del mar, y allí se arroja al agua para ir en ayuda de su padre, Geppetto

En cuanto Pinocho dejó de sentir el durísimo y humillante peso del collar alrededor del cuello, se puso a correr a campo traviesa y no se detuvo ni un solo momento hasta haber alcanzado el camino real que debía conducirle a la casita del Hada.

Llegado al camino real, se volvió para mirar allá abajo la llanura inferior, y vio a simple vista el bosque en el que, desgraciadamente, se había encontrado con la Zorra y el Gato. Vio, en medio de los árboles, sobresalir la copa de la Encina Grande, de la cual había estado colgado del cuello. Pero, aunque miró por todos lados, no le fue posible distinguir la casita de la hermosa Niña de los Cabellos Turquesa.

Entonces tuvo una especie de triste presentimiento y, poniéndose a correr con cuanta fuerza le quedaba en las piernas, se encontró en pocos minutos en el prado donde en tiempos se levantaba la Casita Blanca. Pero la Casita Blanca ya no estaba. Había, sin embargo, una pequeña placa de mármol, en la que se leían, escritas en letras mayúsculas, estas dolorosas palabras:

AQUÍ YACE
LA NIÑA DE LOS CABELLOS TURQUESA
MUERTA DE DOLOR
POR HABER SIDO ABANDONADA
POR SU HERMANITO PINOCHO

Cómo se quedó el muñeco, cuando hubo deletreado con dificultad aquellas palabras, os lo dejo a vuestra imaginación. Cayó de bruces al suelo y, cubriendo con mil besos aquella losa mortuoria, estalló en llanto. Lloró toda la noche y a la mañana siguiente, al llegar el día, continuaba llorando, aunque en los ojos ya no le quedaban lágrimas.

Y sus gritos y sus lamentaciones eran tan agudos y desgarradores que todas las colinas de los alrededores repetían sus ecos.

Y llorando decía:

—Oh, mi pequeña Hada, ¿por qué has muerto? ¿Por qué, en tu lugar, no he muerto yo, que soy tan malo, mientras que tú eras tan buena? ¿Y dónde estará mi padre? ¡Oh, mi pequeña Hada, dime dónde puedo encontrarlo, que siempre quiero estar con él para no dejarlo más, nunca más! Oh, mi pequeña Hada, ¡dime que no es

verdad que hayas muerto! Si en verdad me quieres..., si quieres a tu hermanito, vuelve a la vida, ¡vuelve a estar viva como antes! ¿No te duele verme solo y abandonado por los demás? Si llegan los asesinos me colgarán de nuevo de la rama del árbol, y entonces moriré para siempre. ¿Qué es lo que quieres que haga yo solo en este mundo? Ahora que os he perdido a ti y a mi padre, ¿quién me dará de comer? ¿Dónde iré a dormir esta noche? ¿Quién me hará una nueva chaquetita? Oh, sería cien veces mejor que yo también muriese. ¡Sí, quiero morir! ¡Ay, ay, ay!



Y mientras se desesperaba de este modo, quiso arrancarse los cabellos, pero, como éstos eran de madera, ni siquiera pudo tener el gusto de meterse los dedos entre ellos.

Mientras tanto, pasó volando por el aire un grueso Palomo, el cual, manteniéndose con las alas extendidas, le gritó desde una gran altura:

—Dime, niño, ¿qué haces tú ahí abajo?

—¿No lo ves? ¡Lloro! —dijo Pinocho levantando la cabeza hacia aquella voz y frotándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Dime —añadió entonces el Palomo—, ¿no conocerás por casualidad entre tus compañeros a un muñeco que lleva por nombre Pinocho?

—¿Pinocho? ¿Has dicho Pinocho? —repitió el muñeco dando un salto y poniéndose de pie—. ¡Yo soy Pinocho!

El Palomo, ante esa respuesta, descendió velozmente y vino a posarse en el suelo. Era un palomo mucho más grande que un pavo.

—Entonces, ¿también conocerás a Geppetto? —preguntó al muñeco.

—¿Que si le conozco? ¡Es mi pobre padre! ¿Acaso te ha hablado él de mí? ¿Me llevas hasta él? Pero ¿sigue vivo? Respóndeme, por caridad, ¿sigue todavía vivo?

—Hace tres días que lo he dejado sobre la playa, a la orilla del mar.

—¿Y qué hacía?

—Construía él mismo una barquita para atravesar el océano. Hace más de cuatro meses que el pobre hombre da vueltas por el mundo en tu busca. Y no habiendo podido encontrarte, ahora se le ha metido en la cabeza que debe buscarte en los países lejanos del Nuevo Mundo.

—¿Cuánto hay de aquí a la playa? —preguntó Pinocho con ansiedad anhelosa.

—Más de mil kilómetros.

—¿Mil kilómetros? ¡Oh, Palomo mío, qué hermoso sería si pudiera tener tus alas!

—Si quieres venir, yo te llevo.

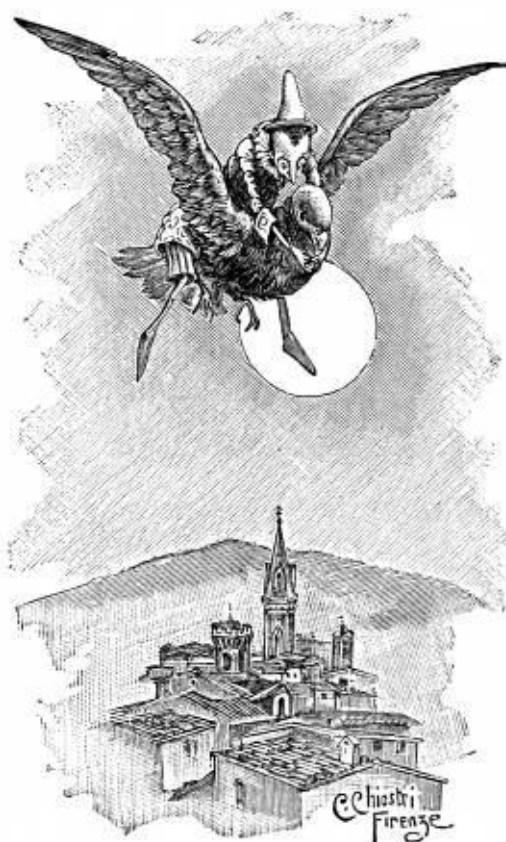
—¿Cómo?

—Montado sobre el lomo. ¿Pesas mucho?

—¿Pesar? ¡Todo lo contrario! Soy ligero como una hoja.

Y allí mismo, sin decir nada más, Pinocho se subió al lomo del Palomo y colocando una pierna a un lado y otra al otro, como hacen los jinetes, gritó de contento: «Galopa, galopa, caballito, que me urge llegar pronto».

El Palomo tomó impulso y en pocos minutos llegó con su vuelo tan alto que casi tocaba las nubes. Llegado a aquella altura extraordinaria, el muñeco sintió la curiosidad de dirigir la mirada hacia abajo. Y sintió tanto miedo y tales mareos que, para evitar el peligro de caerse, enroscó los brazos, muy apretados, al cuello de su emplumada cabalgadura. Volaron todo el día. Al anochecer, el Palomo le dijo:



—¡Tengo mucha sed!

—¡Y yo mucha hambre! —añadió Pinocho.

—Detengámonos algunos minutos en este palomar, y después continuaremos el viaje para estar mañana por la mañana a la orilla del mar.

Entraron en un palomar desierto, donde sólo había una jofaina llena de agua y un cestito colmado de algarrobas.

El muñeco no había podido sufrir las algarrobas en toda su vida. Decía que le daban náuseas y le revolvían el estómago, pero aquella noche comió de ellas hasta reventar, y cuando casi las había acabado, se volvió hacia el Palomo y le dijo:

—¡Nunca habría creído que las algarrobas fueran tan buenas!

—Muchacho, hay que persuadirse —le replicó el Palomo— de que cuando el hambre aprieta de verdad y no existe otra cosa que comer, incluso las algarrobas se convierten en algo exquisito. ¡El hambre no sabe de caprichos ni de glotonerías!

Cuando hubieron tomado de prisa su pequeño pisco, continuaron el camino. A la mañana siguiente llegaron a la playa, a orillas del mar. El Palomo posó a Pinocho en el suelo y, no queriendo escuchar siquiera las expresiones de agradecimiento por haber llevado a cabo tan buena acción, reemprendió enseguida el vuelo y desapareció.

La playa estaba llena de gente que gritaba y gesticulaba mirando hacia el mar.

—¿Qué es lo que ha sucedido ahí? —le preguntó Pinocho a una viejecita.

—Ha sucedido que un pobre padre, habiendo perdido a su hijo, ha querido salir en una barca a buscarlo al otro lado del mar, y la barquilla está a punto de irse a pique...

—¿Dónde está la barca?

—Mírala allá lejos, donde apunta mi dedo —dijo la vieja señalando una pequeña embarcación que, vista desde aquella distancia, parecía una cáscara de nuez con un hombrecillo muy pequeñito dentro.

Pinocho dirigió sus ojos hacia aquel lado y, después de mirar atentamente, soltó un agudísimo grito, diciendo:

—¡Es mi padre! ¡Es mi padre!



Mientras tanto, la barquita, zarandeada por la furia de las olas, unas veces desaparecía entre ellas y otras volvía a flotar. Pinocho, erguido sobre la punta de una alta escollera, no cesaba de llamar a su padre y de hacerle muchas señas con las manos, con el pañuelo e incluso con el gorrito que llevaba en la cabeza.

Y parecía como si Geppetto, por más que estuviera muy lejos de la playa, reconociera a su hijo, porque también él alzó el gorro y lo saludó, y a fuerza de gesticular le hizo saber que, de buena gana, hubiera dado la vuelta, pero que el mar estaba tan embravecido que le impedía remar y, en consecuencia, acercarse a tierra.

De repente llegó una horrible oleada y la barca desapareció.

Esperaron a que la barca volviera a flotar, pero no se la volvió a ver.

—¡Pobre hombre! —dijeron entonces los pescadores que se hallaban reunidos sobre la playa. Y murmurando en voz baja una plegaria, se pusieron en marcha para volver a sus casas.

Y he aquí que oyeron un desesperado grito, y dándose la vuelta vieron a un chiquillo que, desde lo alto de un escollo, se lanzaba al mar gritando:

—¡Quiero salvar a mi padre!

Pinocho, siendo de madera, flotaba con facilidad y nadaba como un pez. Ora se le veía desaparecer bajo el agua, arrastrado por el ímpetu de las olas, ora reaparecía una pierna o un brazo, a muchísima distancia de tierra. Al fin lo perdieron de vista y ya no lo vieron más.

—¡Pobre muchacho! —dijeron los pescadores, que estaban reunidos en la playa. Y murmurando en voz baja una plegaria, volvieron a sus casas.

CAPÍTULO 24

Pinocho llega a la isla de las Industriosas Abejas y encuentra al Hada

Pinocho, con la esperanza de llegar a tiempo de auxiliar a su pobre padre, nadó durante toda la noche.

¡Y qué noche más horrible fue aquélla! Diluvió, granizó, tronó espantosamente y con tales relámpagos que parecía de día.

Al amanecer logró ver a cierta distancia una larga faja de tierra. Era una isla en medio del mar.

Entonces hizo todo para llegar a aquella playa, pero fue inútil. Las olas, persiguiéndose y acumulándose, lo sacudían como si fuese una brizna o una paja. Al fin, y para su suerte, vino una oleada tan poderosa e impetuosa que lo arrojó de golpe sobre la arena de la playa.

El golpe fue tan fuerte que al dar en el suelo le crujieron todas las costillas y las coyunturas, pero se consoló enseguida diciendo:

—¡También esta vez me he librado de una buena!

Mientras tanto, poco a poco, el cielo se serenó, el sol apareció de nuevo en todo su esplendor y el mar se quedó tranquilísimo y pacífico como una balsa de aceite.

Tendió entonces el muñeco sus ropas al sol para secarlas y se puso a mirar por todos lados para ver si por casualidad divisaba sobre aquella inmensa masa de agua una barquita con un hombrecillo dentro. Pero, después de haber mirado muy bien, no vio ante sí más que el cielo, el mar o la vela de alguna embarcación, pero tan lejana que parecía una mosca.

«¡Si al menos supiera cómo se llama esta isla! —se iba diciendo—. Si al menos supiera si esta isla está habitada por gente de bien, es decir, por gente que no tenga el vicio de colgar a los chiquillos de las ramas de los árboles. Pero ¿a quién se lo puedo preguntar? ¿A quién, si no hay nadie?»

Esta idea de encontrarse solo, solo, solo, en medio de aquel lugar deshabitado, le llenó de tanta melancolía que a punto estuvo de llorar. Cuando, de repente, vio pasar a poca distancia de la orilla un grueso pez que iba tranquilamente a lo suyo, asomando la cabeza fuera del agua.

No sabiendo con qué nombre llamarlo, el muñeco le gritó en voz alta a fin de hacerse oír:

—Eh, señor pez, ¿me permite que le pregunte una cosa?

—También dos —respondió el pez, que era precisamente un delfín tan amable como pocos se encuentran en los mares del mundo.

—¿Me haría el favor de decirme si en esta isla hay pueblos en donde se pueda comer sin correr el peligro de ser comido?

—Los hay, sin duda —respondió el Delfín—. Es más, un poco más lejos de aquí encontrarás uno.

—¿Y qué camino hay que seguir para llegar a él?

—Debes tomar ese sendero que hay allá, a la izquierda, y caminar siempre recto. No puedes equivocarte.

—Dígame otra cosa. Usted se pasea de día y de noche por el mar, ¿no habrá encontrado por casualidad una barquita con mi padre en su interior?

—¿Y quién es tu padre?

—Es el padre más bueno del mundo, de la misma manera que yo soy el hijo más malo que pueda haber.

—Con la borrasca que ha habido esta noche —respondió el Delfín—, la barquilla se habrá ido a pique.

—¿Y mi padre?

—A estas horas lo habrá tragado el terrible tiburón, que desde hace algunos días ha venido a sembrar el exterminio y la desolación en nuestras aguas.

—¿Es muy grande ese tiburón? —preguntó Pinocho, que ya comenzaba a temblar de miedo.

—¡Que si es grande...! —replicó el Delfín—. Para que puedas hacerte una idea, te diré que es más grande que un edificio de cinco pisos, y tiene una boca tan ancha y profunda que por ella pasaría cómodamente un tren entero con la máquina encendida.

—¡Madre mía! —gritó asustado el muñeco. Y volviéndose a vestir de prisa y atropelladamente, se volvió hacia el Delfín y le dijo—: Hasta la vista, señor pez. Perdone la molestia y muchas gracias por sus atenciones.



Dicho esto, cogió enseguida el sendero y comenzó a caminar con paso ligero, tan ligero que casi parecía correr. Y, a cada pequeño ruido que oía, se daba la vuelta

enseguida para mirar hacia atrás por miedo a verse perseguido por aquel terrible tiburón, tan grande como una casa de cinco pisos y con un tren en la boca.

Después de media hora de camino, llegó a un pequeño pueblo llamado El Pueblo de las Industriosas Abejas. Los caminos hormigueaban de gentes que iban de acá para allá a sus asuntos. Todos trabajaban, todos tenían algo que hacer. No se encontraba ni un ocioso ni un vagabundo por más que se buscara con una lámpara.

—Ya comprendo —dijo enseguida aquel perezoso de Pinocho—, ¡este pueblo no está hecho para mí! ¡Yo no he nacido para trabajar!

Mientras, el hambre lo atormentaba, porque ya habían pasado veinticuatro horas y no había comido nada. Ni siquiera una ración de algarrobas. ¿Qué hacer?

Sólo le quedaban dos maneras de acabar con su ayuno: o pedir trabajo, o pedir la limosna de un centavo o un bocado de pan.

Le avergonzaba pedir limosna, porque su padre siempre le había dicho que sólo los viejos y los enfermos tenían derecho a pedir limosna. Los verdaderos pobres de este mundo, merecedores de asistencia y de compasión, no son sino aquellos que por razón de edad o de enfermedad se encuentran condenados a no poderse ganar el pan con el trabajo de sus manos. Todos los demás tienen la obligación de trabajar. Y si no trabajan y padecen hambre, tanto peor para ellos.

Mientras tanto, pasó por la carretera un hombre jadeante y completamente bañado de sudor, que tiraba con gran esfuerzo, él solo, de dos carritos cargados de carbón.

Pinocho, juzgándolo un buen hombre por su fisonomía, se le acercó y, bajando los ojos de vergüenza, le dijo en voz baja:

—¿Me harías el favor de darme un centavo, porque me estoy muriendo de hambre?



—No sólo te daré uno, sino cuatro —respondió el carbonero—, a condición de que tú me ayudes a tirar de estos dos carritos de carbón hasta casa.

—¡Me deja asombrado! —respondió el muñeco, ofendido—. Para su conocimiento le diré que yo nunca he hecho de bestia de carga. ¡Yo nunca he tirado de un carrito!

—¡Mejor para ti! —respondió el carbonero—. Entonces, muchacho, si en verdad te sientes morir de hambre, come dos hermosas rebanadas de tu soberbia y procura no coger una indigestión.

Al cabo de pocos minutos pasó por el camino un albañil que llevaba a hombros un canasto de argamasa.

—Buen hombre, ¿le podrías dar por caridad un centavo a este pobre muchacho que bosteza de hambre?

—De buena gana; ven conmigo a transportar argamasa —respondió el albañil—, y en vez de un centavo, te daré cinco.

—Pero la argamasa es pesada —replicó Pinocho—, y yo no quiero esforzarme.

—Entonces, muchacho, si no quieres esforzarte, sigue bostezando y buen provecho te haga.

En menos de media hora pasaron otras veinte personas y a todas ellas Pinocho les pidió limosna, pero todas respondieron:

—¿No te avergüenzas? En vez de hacer el zángano por los caminos, vete más bien a buscar trabajo y ¡aprende a ganarte el pan!

Al fin pasó una mujercita que llevaba dos cántaros de agua.

—¿Me dejáis, buena mujer, que beba un sorbo de agua de vuestro cántaro? —dijo Pinocho, que ardía de sed.

—¡Bebe en buena hora, muchacho! —dijo la mujercita posando en el suelo los dos cántaros.

Cuando Pinocho hubo bebido como una esponja, balbuceó a media voz mientras se secaba la boca:

—¡Ya me he quitado la sed! ¡Si me pudiera quitar el hambre de la misma forma!

La buena mujercita, al oír estas palabras, replicó enseguida:

—Si me ayudas a llevar a casa uno de estos cántaros de agua, te daré un buen trozo de pan.

Pinocho miró el cántaro y no dijo ni que sí ni que no.

—Y además del pan, te daré un buen plato de coliflor aliñada con aceite y vinagre —añadió la buena mujer.

Pinocho echó otra ojeada al cántaro y no respondió ni que sí ni que no.

—Y después de la coliflor, te daré un hermoso dulce relleno de rosoli^[20].

Ante la seducción de esta última golosina, Pinocho ya no pudo resistirse y con ánimo resuelto dijo:

—¡Paciencia! ¡Os llevaré el cántaro hasta casa!

El cántaro era muy pesado, y como el muñeco no tenía fuerzas para llevarlo en las manos, se resignó a llevarlo en la cabeza.

Llegados a casa, la buena mujercita hizo sentar a Pinocho ante una mesita ya dispuesta y puso en ella el pan, la coliflor aderezada y la confitura.

Pinocho no comió, devoró. Su estómago parecía todo un barrio que se hubiera quedado vacío y deshabitado durante cinco meses.

Calmados, poco a poco, los rabiosos mordiscos del hambre, levantó la cabeza para darle las gracias a su benefactora, pero aún no había terminado de mirarla a la cara, cuando soltó un larguísimo «¡ehhh!», maravillado, quedándose estupefacto, con los ojos abiertos de par en par, el tenedor en el aire y la boca llena de coliflor y de pan.

—¿De qué os maravilláis? —dijo riendo la buena mujer.

—Es que... —respondió balbuceando Pinocho— es que..., es que..., que os parecéis, vos me recordáis..., sí, sí, sí, la misma voz..., los mismos ojos..., los mismos cabellos..., sí, sí, sí..., también vos tenéis los cabellos color turquesa... como ella. ¡Oh, mi pequeña Hada! ¡Oh, mi pequeña Hada! ¡Decidme que sois vos, precisamente vos! ¡No me hagáis llorar más! ¡He llorado tanto, he sufrido tanto...!

Y mientras hablaba así, Pinocho lloraba a más no poder y, arrojándose de rodillas al suelo, abrazaba las rodillas de aquella misteriosa mujercita.



CAPÍTULO 25

Pinocho promete al Hada ser bueno y estudiar porque, harto de ser un muñeco, quiere convertirse en un buen muchacho

Al principio, la buena mujercita comenzó a decir que ella no era la pequeña Hada de los Cabellos Turquesa, pero luego, sabiéndose ya descubierta y no queriendo prolongar la comedia, acabó por darse a conocer y le dijo a Pinocho:

—¡Granuja de muñeco! ¿Cómo te has dado cuenta de que era yo?

—Lo mucho que os quiero me lo ha dicho.

—¿Te acuerdas? Me dejaste niña y ahora me encuentras mujer, tan mujer que casi podría ser tu mamá.

—Mucho lo he deseado, pero en vez de hermanita, te llamaré mamá. ¡Hace tanto tiempo que ardo en deseos de tener una madre, como todos los demás chicos! Pero ¿cómo habéis logrado crecer tan deprisa?

—Es un secreto.

—Mostrádmelo. También yo quisiera crecer. ¿No veis? Sigo siendo tan alto como un taponcito.

—Pero tú no puedes crecer —replicó el Hada.

—¿Por qué?

—Porque los muñecos nunca crecen. Nacen muñecos, viven como muñecos y mueren como muñecos.

—¡Oh, estoy harto de hacer siempre el muñeco! —gritó Pinocho dándose un pescozón—. Ya es hora de que también yo sea un hombre como los demás.

—Y llegarás a serlo si te lo mereces.

—¿De verdad? ¿Y qué puedo hacer para merecerlo?

—Una cosa facilísima. Educarte y ser una buena persona.

—¿Acaso no lo soy?

—¡Todo lo contrario! Los buenos muchachos son obedientes y tú, en cambio...

—Yo no obedezco nunca.

—Los buenos muchachos aman el trabajo y los estudios, y tú...

—Yo hago el zángano y el vagabundo todo el año.

—Los buenos muchachos siempre dicen la verdad.

—Y yo siempre digo mentiras.

—Los buenos muchachos van de buena gana a la escuela...

—Y a mí la escuela me pone malo. Pero a partir de hoy quiero cambiar de vida.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo. Quiero convertirme en un niño bueno y quiero ser el consuelo de mi padre... ¿Dónde estará, a estas horas, mi pobre padre?

—No lo sé.

—¿Tendré alguna vez la suerte de volverlo a ver y de abrazarlo?

—Creo que sí. Es más, estoy segura de ello.

Ante esta respuesta, fue tal el contento de Pinocho que le tomó las manos al Hada y comenzó a besárselas con tanta fogsosidad que casi parecía haber perdido el juicio. Luego, alzando el rostro y mirándola amorosamente, le preguntó:

—Dime, mamaíta, entonces ¿no es verdad que hayas muerto?



—Me parece que no —respondió el Hada sonriendo.

—Si tú supieras qué dolor y qué ahogo sentí en la garganta cuando leí «aquí yace...».

—Lo sé, y por eso te he perdonado. La sinceridad de tu dolor me hizo saber que posees un buen corazón. Y de los chicos de buen corazón, incluso si son un poco pillos y aficionados al mal, siempre se puede esperar algo; es decir, siempre existe la posibilidad de que vuelvan al camino verdadero. Por esta razón he venido a buscarte hasta aquí. Yo seré tu mamá...

—¡Oh, qué hermoso! —gritó Pinocho, dando gritos de alegría.

—Me obedecerás y harás siempre lo que yo te diga.

—¡De buena gana, de buena gana, de buena gana!

—Desde mañana —añadió el Hada—, empezarás a ir a la escuela.

Pinocho se puso entonces un poco menos alegre.

—Después escogerás a tu gusto un oficio o una ocupación...

Pinocho se puso serio.

—¿Qué es lo que murmuras entre dientes? —preguntó el Hada con tono enojado.

—Decía... —gruñó a media voz el muñeco—, que para ir a la escuela ya me parece un poco tarde.

—No, señor. Ten presente que para instruirse y para aprender nunca es tarde.

—Pero yo no quiero tener ni oficio ni ocupación.

—¿Por qué?

—Porque me parece que el trabajo cansa.

—Hijo mío —dijo el Hada—, los que dicen eso casi siempre acaban o en la cárcel o en el hospital. El hombre, para que lo sepas, nazca rico o pobre, está obligado a hacer algo en este mundo, a verse ocupado, a trabajar. ¡Ay del que se vea poseído por el ocio! El ocio es una enfermedad malísima, que es preciso curar ya desde niños. Si no, cuando somos mayores, ya no se cura.

Estas palabras llegaron al corazón de Pinocho, el cual, alzando con vivacidad la cabeza, le dijo al Hada.

—Estudiaré, trabajaré, haré todo lo que digas, porque, en suma, la vida de muñeco me aburre y quiero convertirme en un muchacho al precio que sea. Me lo has prometido, ¿no es cierto?

—Te lo he prometido y ahora depende de ti.

CAPÍTULO 26

Pinocho va con sus compañeros de escuela a la orilla del mar para ver al terrible Tiburón

Al día siguiente, Pinocho fue a la escuela comunal.

Figuraos aquellos pillastres de chiquillos cuando vieron entrar en la escuela a un muñeco. Sonó una carcajada interminable. Unos le hacían una broma, otros otra. Uno le quitaba de la mano el gorro; otro le tiraba de la chaquetilla por detrás; otro más intentaba pintarle con tinta unos grandes bigotes bajo la nariz. Alguno incluso trataba de atarle unos hilos a los pies y a las manos para hacerle bailar.

Durante un rato, Pinocho se mostró desenvuelto y aguantó, pero al fin, perdiendo la paciencia, se volvió hacia los que más le molestaban y se burlaban de él y les dijo con gesto duro:

—Poned atención, muchachos. Yo no he venido aquí para ser vuestro bufón. Yo respeto a los demás y quiero ser respetado.

—¡Valiente diablo! ¡Has hablado como un libro! —gritaron aquellos pilluelos, casi cayéndose de risa. Y uno de ellos, más impertinente que los demás, tendió la mano con la intención de agarrar al muñeco por la punta de la nariz.

Pero no llegó a tiempo de hacerlo, porque Pinocho le dio una patada por debajo de la mesa, en la canilla.

—¡Ah, qué pie más duro! —gritó el muchacho, frotándose el cardenal que le había hecho el muñeco.

—¡Y qué codos! —dijo otro, que a causa de sus groseras bromas se había ganado un codazo en el estómago—. ¡Los tiene más duros que los pies!

El hecho es que, después de aquella patada y aquel codazo, Pinocho se ganó enseguida la estima y la simpatía de todos los chicos de la escuela.

Y todos le hacían mil carantoñas y le querían de verdad.

E incluso el maestro estaba complacido, porque lo veía atento, estudioso, inteligente, siempre el primero en entrar en la escuela y siempre el último en levantarse cuando la clase había terminado.



El único defecto que tenía era el de hacer demasiados amigos. Y entre éstos había muchos conocidísimos pícaros, con pocos deseos de estudiar y de ser buenos.

El maestro lo advertía todos los días e incluso el Hada buena no dejaba de decirle y de repetirle mil veces:

—Pon atención, Pinocho. Esos compañeros tuyos de la escuela acabarán, tarde o temprano, por hacerte perder el amor hacia el estudio, y quizá, quizá, acabarán acarreándote alguna gran desgracia.

—¡No hay peligro! —respondía el muñeco encogiéndose de hombros y poniéndose el dedo índice en la frente como diciendo: «¡Aquí dentro hay mucho sentido común!».

Acaeció entonces que un buen día, mientras caminaba hacia la escuela, encontró una pandilla de sus habituales compañeros, que, saliendo a su encuentro, le dijeron:

—¿Sabes la gran noticia?

—No.

—Aquí cerca ha llegado a la costa un tiburón grande como una montaña.

—¿De verdad? ¿Será quizá el mismo tiburón de cuando se ahogó mi pobre padre?

—Nosotros vamos a la playa para verlo. ¿Vienes también tú?

—Yo no; quiero ir a la escuela.

—¿Qué te importa a ti la escuela? A la escuela iremos mañana. Con una lección de más o de menos, seguiremos siendo los mismos asnos.

—¿Y qué dirá el maestro?

—Que diga lo que quiera el maestro. Le pagan para que refunfuñe todo el día.

—¿Y mi mamá...?

—Las mamás nunca saben nada —respondieron aquellos granujas.

—¿Sabéis lo que haré? —dijo Pinocho—. Quiero ver ese tiburón por unas razones concretas..., pero iré a verlo después de la escuela.

—¡Pobre necio! —le rebatió uno de los de la pandilla—. ¿Tú crees que un pez de ese tamaño va a estar a tu capricho? En cuanto se aburra se dirigirá hacia otra parte y entonces no lo volveremos a ver.

—¿Cuánto tiempo se tarda en ir de aquí a la playa? —preguntó el muñeco.

—En una hora estaremos de vuelta.

—¡Pues vayamos! ¡Y el primero en llegar gana! —gritó Pinocho.

Dada así la señal de partida, aquella pandilla de pilluelos, con sus libros y cuadernos bajo el brazo, se pusieron a correr a campo traviesa. Y todo el rato Pinocho iba delante de los demás. Parecía tener alas en los pies.



De vez en cuando, dándose la vuelta, se mofaba de sus compañeros, que le seguían a buena distancia, y viéndolos jadeantes, sin aliento, polvorientos y con la lengua fuera, se reía de buena gana. El desdichado no sabía hacia qué espantos y horribles desgracias se dirigía en aquel momento.

CAPÍTULO 27

Gran combate entre Pinocho y sus compañeros; resulta herido uno de éstos y Pinocho es arrestado por los guardias

En cuanto llegó a la playa, Pinocho escudriñó con la mirada el mar, pero no vio a ningún tiburón. El mar estaba liso como un espejo de grandes dimensiones.

—¿Dónde está el tiburón? —preguntó volviéndose hacia sus compañeros.

—Habrá ido a desayunar —respondió uno de ellos riendo.

—Se habrá echado en la cama para dormir un sueñecito —añadió otro riendo aún con más fuerza.

De aquellas disparatadas respuestas y de aquellas risotadas tontas, Pinocho dedujo que sus compañeros le habían gastado una broma, dándole a entender algo que no era cierto, y, tomándose a mal, les dijo con voz encolerizada:

—¿Qué pasa? ¿Qué habéis ganado contándome esa historia del tiburón?

—¡La ganancia ha sido segura! —respondieron a coro aquellos pillastres.

—¿Y cuál es?

—La de hacerte perder la escuela y hacerte venir con nosotros. ¿No te avergüenzas de mostrarte cada día tan puntual y diligente en las lecciones? ¿No te avergüenzas de estudiar tanto como estudias?

—Y si yo estudio, ¿qué os importa a vosotros?

—A nosotros nos importa muchísimo, porque nos haces quedar mal con el maestro.

—¿Por qué?

—Porque los escolares que estudian siempre ponen en evidencia a los que, como nosotros, no tienen ganas de estudiar. ¡Y nosotros no queremos ponernos en evidencia! ¡También nosotros tenemos nuestro amor propio!

—¿Y qué debo hacer entonces para contentaros?

—También tú debes aburrirte con la escuela, las lecciones y el maestro, que son nuestros tres enemigos.

—¿Y si quisiera continuar estudiando?

—¡No te miraríamos más a la cara y, a la primera ocasión, nos lo pagarías!

—En verdad, casi me haces reír —dijo el muñeco sacudiendo la cabeza.

—¡Eh, Pinocho! —gritó entonces el mayor de aquellos chiquillos poniéndosele delante—. No vengas aquí a hacerte el fanfarrón; no te hagas el gallito porque, si tú no tienes miedo de nosotros, nosotros no tenemos miedo de ti. Recuerda que tú estás solo y que nosotros somos siete.

—Siete, como los pecados capitales —dijo Pinocho, con una gran carcajada.

—¿Habéis oído? ¡Nos ha insultado a todos! ¡Nos ha llamado pecados capitales!

—Pinocho, ¡pídenos perdón por esta ofensa o, si no, ay de ti!

—¡Cucú! —dijo el muñeco, llevándose el dedo a la punta de la nariz en señal de burla.

—¡Pinocho! ¡Que acabarás mal!

—¡Cucú!

—¡Acabarás apaleado como un asno!

—¡Cucú!

—¡Volverás a casa con la nariz rota!

—¡Cucú!

—¡Ahora te daré yo a ti el cucú! —gritó el más osado de aquellos pilluelos—. Toma esto de momento y consévalo para la cena de esta noche. —Y diciendo esto, le pegó un puñetazo en la cabeza.

Pero tuvo su contrapartida, porque el muñeco, como era de esperar, respondió enseguida con otro golpe. Y a partir de aquel momento el combate pasó a ser general y encarnizado.

Pinocho, por más que estuviera solo, se defendía como un héroe. Con sus pies de durísima madera luchaba tan bien que mantenía a sus enemigos a una respetuosa distancia. Allí donde sus pies llegaban, dejaban siempre como recuerdo una moradura.

Entonces, los muchachos, despechados por no poder medirse cuerpo a cuerpo con un muñeco, pensaron en echar mano a los proyectiles, y sacando los libros escolares de sus carteras, comenzaron a arrojar contra él los silabarios, las gramáticas, los Giannettini, los Minuzzolli, los Cuentos de Thouar, el Pollito, de Baccini, y otros libros escolares.



Pero el muñeco, que era espabilado y malicioso, evitaba los golpes a tiempo, de tal manera que los libros, pasándole por encima de la cabeza, iban a dar todos en el mar.

¡Imaginaos a los peces! Los peces, creyendo que los libros eran algo comestible, corrían en bandadas a flor de agua, pero después de haber saboreado alguna página o alguna portada, las volvían a escupir enseguida, haciendo con la boca un gesto de desagrado, que parecía decir: «Éste no es un alimento para nosotros. Nosotros estamos acostumbrados a alimentarnos mucho mejor».

Mientras tanto, el combate era cada vez más encarnizado. Cuando he aquí que un grueso cangrejo que había salido fuera del agua y había trepado despacio, despacio, hasta la playa, gritó con un vozarrón de trombón desafinado:

—¡Cesad de luchar, tunantes, que no sois otra cosa! ¡Estas peleas entre chiquillos raramente acaban bien! ¡Siempre ocurre alguna desgracia!

¡Pobre cangrejo! Fue lo mismo que predicar en el desierto. Es más, el granuja de Pinocho, volviéndose para mirarlo con el ceño fruncido, le dijo descortésmente:

—Cálmate, maldito cangrejo. Mejor harías en chupar dos pastillas de liquen a fin de curarte ese enfriamiento de la garganta. ¡Vete a la cama y ponte a sudar!

Mientras tanto, los chicos, que ya habían terminado de tirar todos sus libros, vieron a poca distancia el atado de libros del muñeco y se apoderaron de él en menos que canta un gallo. Entre estos libros había uno encuadernado en grueso cartón, con el lomo y las puntas de pergamino. Era un tratado de Aritmética. ¡Os dejo adivinar si era muy pesado!

Uno de aquellos pilluelos agarró el volumen y, tomando como punto de mira la cabeza de Pinocho, lo arrojó con toda la fuerza de su brazo. Pero, en vez de darle al muñeco, dio en la cabeza a uno de sus compañeros, el cual se puso pálido como una ropa recién lavada y sólo dijo estas palabras:

—¡Oh, madre mía, ayúdame porque me muero!

Luego cayó cuan largo era sobre la arena de la playa.

Al ver que el niño parecía muerto, los chicos, asustados, se dieron a la fuga, y en pocos minutos se perdieron de vista.

Pero Pinocho se quedó allí y, aunque a causa del dolor y del susto también él estaba más muerto que vivo, no obstante, se le ocurrió ir a mojar un pañuelo en las aguas del mar para empapar las sienes de su pobre compañero de escuela. Mientras tanto, lloraba desesperadamente y, con toda su alma, le llamaba por su nombre y le decía:

—¡Eugenio! ¡Mi pobre Eugenio!, abre los ojos y ¡mírame! ¿Por qué no me respondes? Sabes que no he sido yo el que te ha hecho daño. ¡Créeme si te digo que no he sido yo! Abre los ojos, Eugenio. Si mantienes los ojos cerrados, también me harás morir a mí. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué haré ahora para volver a casa? ¿Con qué valor podré presentarme ante mi buena mamá? ¿Qué será de mí? ¿Hacia dónde huiré? ¿Dónde esconderme? ¡Oh, habría sido mil veces mejor que hubiera ido a la escuela! ¿Por qué he prestado atención a estos compañeros que son mi perdición? ¡Ya me lo había dicho el maestro! Y mi mamá me lo había repetido. «¡Guárdate de las malas compañías!» ¡Pero yo soy duro de cabeza, un terco! ¡Dejo que todos hablen y luego hago lo que me parece! ¡Y luego me toca pagarlo! Desde que he venido al mundo no he tenido ni un cuarto de hora de paz. ¡Dios mío! ¿Qué será de mí, qué será de mí, qué será de mí?

Y Pinocho continuaba llorando y berreando, y dándose puñetazos en la cabeza y llamando por su nombre al pobre Eugenio. Hasta que, de repente, oyó un ruido de pasos que se acercaban.

Se dio la vuelta. Eran dos guardias.

—¿Qué haces ahí, tumbado en el suelo? —le preguntaron a Pinocho.

—Atiendo a este compañero mío de escuela.

—¿Se siente mal?

—¡Parece que sí!

—¡Peor que mal! —dijo uno de los guardias inclinándose y observando a Eugenio de cerca—. Este muchacho está herido en una sien. ¿Quién lo ha herido?

—Yo no —balbuceó el muñeco, a quien no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Si tú no has sido, ¿quién ha sido, pues?

—Yo no —repitió Pinocho.

—¿Y con qué ha sido herido?

—Con este libro. —Y el muñeco recogió del suelo el tratado de Aritmética, encuadernado en cartón y pergamino, para mostrárselo a los guardias.

—¿Y de quién es este libro?

—Mío.

—Está bien. No necesitamos más pruebas. Ponte en pie y ven con nosotros.

—Pero yo...

—¡Andando, con nosotros!

—Pero yo soy inocente.

—¡Andando, con nosotros!

Antes de partir, los guardias llamaron a algunos pescadores que precisamente pasaban con su barca cerca de la playa, y les dijeron:

—Dejamos a vuestro cuidado a este chico herido en la cabeza. Llevadlo a vuestra casa y asistidlo. Mañana regresaremos a verlo.

Luego se volvieron hacia Pinocho y, después de haberlo situado entre los dos, le ordenaron con acento militar:

—¡En marcha! ¡Y camina ligero! ¡Si no, será peor para ti!



Sin hacérselo repetir, comenzó el muñeco a caminar por el sendero que conducía al pueblo. Pero el pobre diablo ni siquiera sabía en qué mundo se hallaba. Le parecía estar soñando. ¡Y qué feo sueño! Estaba fuera de sí. Lo veía todo doble. Las piernas le temblaban. La lengua se le había quedado pegada al paladar y no podía soltar ni una sola palabra. Y, sin embargo, en medio de aquella suerte de estupor y de atontamiento, una agudísima espina le taladraba el corazón: es decir, el pensamiento

de que tenía que pasar bajo las ventanas de la casa de su buena Hada en medio de los guardias. Antes hubiera preferido morir.

Ya habían llegado y estaban a punto de entrar en el pueblo, cuando una ráfaga de viento juguetón le arrancó de la cabeza el gorro a Pinocho llevándoselo a una docena de pasos.

—¿Me permiten —les dijo el muñeco a los guardias— que vaya a recoger mi gorro?

—Ve, pero date prisa.

El muñeco fue y recogió el gorro, pero en vez de ponérselo en la cabeza se lo metió entre los dientes y comenzó a correr en dirección a la playa. Corría disparado como la bala de un fusil.

Los guardias, juzgando que era difícil darle alcance, azuzaron tras él un gran mastín que había ganado el primer premio en todas las carreras de perros. Corría Pinocho y el perro corría más que él, y toda la gente se asomaba a las ventanas y se amontonaba en medio de la calle, ansiosa de presenciar el fin de aquella feroz competición. Pero nadie pudo salirse con la suya porque el mastín y Pinocho levantaron a lo largo del camino tal polvareda que al cabo de algunos minutos ya no se veía nada.

CAPÍTULO 28

Pinocho corre el peligro de que lo frían en una sartén como un pez

Durante aquella desesperada carrera hubo un terrible momento en el que Pinocho se creyó perdido, porque es preciso saber que Alidoro (que era el nombre del mastín), a fuerza de correr y correr, casi le había dado alcance.

Baste decir que el muñeco sentía detrás de sí, a la distancia de un palmo, la afanosa respiración del animal e incluso sentía el cálido ardor de su aliento.



Por suerte, la playa ya estaba cerca y el mar se divisaba a pocos pasos. En cuanto estuvo en la playa, el muñeco dio un magnífico salto como el que hubiera podido dar una rana, y fue a caer en el agua. Alidoro, por el contrario, quiso detenerse, pero arrebatado por el impulso de la carrera entró también en el agua. Y aquel desgraciado no sabía nadar. Por lo tanto, empezó a agitar las patas para mantenerse a flote, pero cuanto más las movía más se hundía su cabeza bajo el agua.

Cuando volvió a sacarla, el pobre perro tenía los ojos desorbitados de espanto y, ladrando, gritaba:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

—¡Así revientes! —le respondió Pinocho desde lejos, viéndose ya libre de todo peligro.

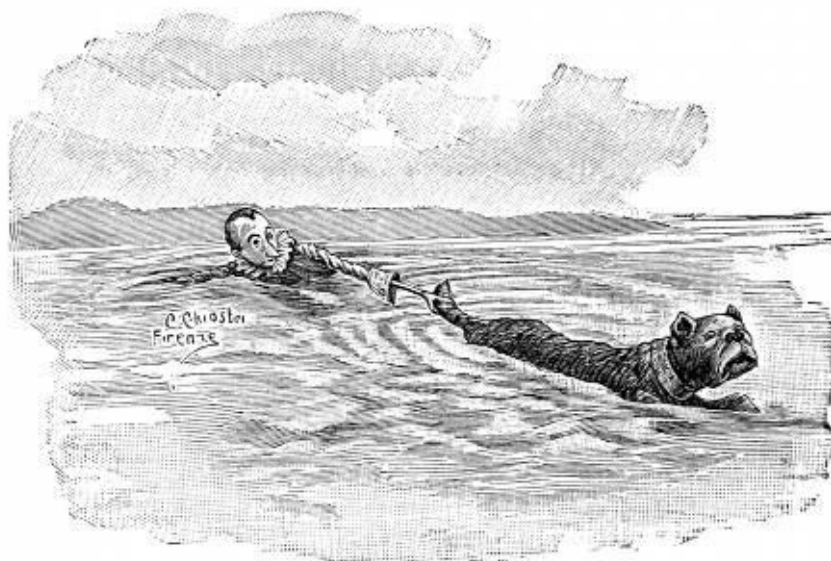
—¡Ayúdame, Pinocho mío! ¡Sálvame de la muerte!

Ante aquellos gritos desgarradores, el muñeco, que en el fondo tenía un excelente corazón, se conmovió y, volviéndose hacia el perro, le dijo:

—Pero ¿si yo te ayudo a salvarte, me prometes no molestarme más y no correr detrás de mí?

—¡Te lo prometo! ¡Te lo prometo! Apresúrate, por caridad, porque si tardas medio minuto más me muero.

Dudó un poco Pinocho, pero luego, acordándose de que su padre le había dicho tantas veces que una buena acción no daña a nadie, fue nadando a alcanzar a Alidoro, y agarrándolo por el rabo con ambas manos lo llevó sano y salvo hasta la seca arena de la playa.



El pobre perro no podía tenerse en pie. Sin querer había bebido tanta agua salada que estaba hinchado como un balón. El muñeco, no fiándose demasiado, estimó prudente arrojar de nuevo al mar. Y alejándose de la playa le gritó al amigo salvado:

—¡Adiós, Alidoro, buen viaje y recuerdos a los de casa!

—¡Adiós, Pinocho! —respondió el perro—. Mil gracias por haberme librado de la muerte. Me has hecho un gran favor y en este mundo se recoge lo que se siembra. Si se presta la ocasión volveremos a hablar.

Siguió nadando Pinocho, manteniéndose cerca de la costa. Al fin le pareció haber llegado a un lugar seguro y, echando una ojeada a la playa, vio en los escollos una especie de gruta de la que salía un larguísimo penacho de humo.

«En aquella gruta —se dijo entonces— debe de haber fuego. ¡Tanto mejor! Iré a secarme y a calentarme. ¿Y después? Después, que sea lo que Dios quiera».

Tomada esta resolución se aproximó a la escollera, pero cuando estaba a punto de trepar por ella notó bajo el agua algo que subía y subía y que lo levantaba por el aire. Intentó huir, pero ya era tarde porque, para su grandísima sorpresa, se encontró encerrado dentro de una gran red en medio de una multitud de peces de todo tipo y tamaño que meneaban sus colas y que se debatían con desesperación.

Al mismo tiempo vio salir de la gruta a un pescador tan feo, pero tan feo, que parecía un monstruo marino. En lugar de cabellos parecía tener en la cabeza un espesísimo haz de verde hierba. Verde era también la piel de su cuerpo, verdes los ojos, verde la larguísima barba que le descendía hasta el suelo. Parecía un grueso lagarto alzado sobre sus patas traseras.

Cuando el pescador hubo sacado del mar la red gritó lleno de contento:

—¡Bendita providencia! ¡También hoy podré darme un hermoso atracón de pescado!

«¡Menos mal que yo no soy un pez!», dijo Pinocho para sí adquiriendo un poco de valor.

La red llena de peces fue llevada dentro de la gruta, una gruta oscura y ahumada, en medio de la cual estaba ya dispuesta una gran sartén con aceite que desprendía un olorcillo a pabilo que cortaba la respiración.

—¡Veamos ahora qué peces hemos apresado! —dijo el pescador verde, e introduciendo en la red su desproporcionada manaza, que parecía la pala de un panadero, sacó un puñado de salmonetes.

—¡Qué buenos son estos salmonetes! —dijo mirándolos y olfateándolos con complacencia. Y, después de haberlos olido, los arrojó en un cuenco que no tenía agua.

Repitió después varias veces la misma operación y, poco a poco, a medida que iba extrayendo los otros peces, la boca se le hacía agua y se regocijaba diciendo:

—¡Qué buenas estas pescadillas! ¡Exquisitos estos mújoles! ¡Deliciosos estos lenguados! ¡Gustosos estos pececillos araña! ¡Bonitas estas anchoas con cabeza y todo!

Como podéis imaginaros, las pescadillas, los mújoles, los lenguados, los pececillos araña y las anchoas fueron todos a parar en revoltijo al cuenco haciendo compañía a los salmonetes.

El último que quedó en la red fue Pinocho.

Apenas lo hubo extraído el pescador, se desencajaron sus ojazos verdes y gritó lleno de espanto:

—¿Qué clase de pez es éste? ¡No recuerdo haber comido jamás peces de este tipo!



Y volvió a mirarlo atentamente y, después de haberlo examinado por todos los lados, acabó diciendo:

—Ya comprendo. Debe de ser un cangrejo de mar.

Entonces, Pinocho, sintiéndose mortificado al verse tomado por un cangrejo, dijo con acento resentido:

—Pero ¡qué cangrejo ni cangreja! ¡Mire usted bien cómo me trata! Para que lo sepa, soy un muñeco.

—¿Un muñeco? —replicó el pescador—. ¡El pez muñeco es algo nuevo para mí! ¡Mejor, así te comeré más a gusto!

—¿Comerme? Pero ¿quiere enterarse de una vez de que yo no soy un pez? ¿O es que no ve que hablo y razono como usted?

—Es cierto —añadió el pescador—. Y como veo que eres un pez que tiene el don de hablar y de razonar como yo, quiero tener contigo la debida consideración.

—¿Y de qué consideración se trata?

—En señal de amistad y de particular estima, dejaré a tu elección la forma en que deseas ser cocinado. ¿Deseas ser frito en la sartén o prefieres ser cocido en la cazuela con salsa de tomate?

—A decir verdad —respondió Pinocho—, si debo escoger, prefiero más bien ser dejado libre para poder volver a mi casa.

—¡Bromeas! ¿Crees que quiero perder la ocasión de saborear un pez raro? No se presenta todos los días la oportunidad de pescar un pez muñeco en estos mares.

¡Déjame actuar a mí! Te freiré en la sartén junto al resto de los peces y te sentirás contento. Ser frito en compañía es siempre un consuelo.

El infeliz Pinocho, al oír este discurso, comenzó a llorar, a chillar, a rogar, y llorando decía:

—¡Mejor hubiera sido haber ido a la escuela! ¡He seguido los consejos de mis compañeros y ahora lo estoy pagando! ¡Ay..., ay..., ay...!

Y se retorció como una anguila y hacía increíbles esfuerzos para escapar de las garras del pescador verde. Éste tomó una hebra de junco y después de haberle atado las manos y los pies como a un salchichón lo arrojó con los demás al fondo del cuenco.

Luego sacó una gran fuente de madera llena de harina y se puso a rebozar todos estos pescados. Y a medida que los enharinaba los iba echando a la sartén para freírlos.

Las primeras en saltar en el aceite hirviendo fueron las pescadillas. Luego les tocó el turno a los centollos, más tarde a los mújoles, luego a los lenguados y a las anchoas y, al fin, le tocó el turno a Pinocho. Éste, al verse tan cerca de la muerte (¡y qué mala muerte!) comenzó a temblar y a asustarse tanto que ya no le quedaba ni voz ni aliento para suplicar.

¡El pobre chiquillo se encomendaba con los ojos! Pero el pescador verde, sin prestarle atención, lo envolvió cinco o seis veces en harina rebozándolo tan bien de la cabeza a los pies que parecía un muñeco de yeso.

Luego lo cogió por la cabeza y...

CAPÍTULO 29

Vuelve a casa del Hada, la cual le promete que al día siguiente ya no será un muñeco, sino que se convertirá en un chico. Gran merienda de café con leche para celebrar este gran acontecimiento

Cuando el pescador estaba a punto de arrojar a Pinocho a la sartén, entró en la gruta un enorme perro atraído por el penetrante aroma y ávido de la fritura.

—¡Lárgate! —le gritó el pescador amenazándolo mientras mantenía en la mano al enharinado muñeco.

Pero el pobre perro tenía un hambre espantosa y gimoteando y meneando la cola parecía decir: «Dame un poco de la fritura y te dejaré en paz».

—¡Lárgate, te digo! —le repitió el pescador. Y alargó la pierna para darle una patada.

Entonces, el perro, que cuando tenía hambre de verdad no se dejaba buscar las vueltas, se volvió gruñendo hacia el pescador mostrándole sus terribles colmillos.

En aquel momento se oyó una vocecilla muy débil que decía:

—¡Sálvame, Alidoro! ¡Si no me salvas, me freirán!



El perro reconoció enseguida la voz de Pinocho y comprendió asombrado que la vocecilla salía de aquel bulto enharinado que el pescador tenía en la mano.

¿Qué fue lo que hizo entonces? Dio un gran salto, agarró aquel fardo enharinado con la boca y, sujetándolo ligeramente entre los dientes, salió corriendo de la gruta y escapó como un relámpago.



El pescador, enfadadísimo al ver cómo le arrebataban de la mano un pez que habría saboreado de tan buena gana, intentó perseguir al perro. Pero a los pocos pasos le sobrevino un ataque de tos y tuvo que volver atrás.

Mientras tanto, Alidoro, una vez que hubo encontrado el sendero que conducía al pueblo, se detuvo y posó delicadamente en el suelo a su amigo Pinocho.

—¡Qué agradecido te estoy! —dijo el muñeco.

—No es necesario —replicó el perro—. Tú me salvaste a mí y lo que me diste te devuelvo. Ya se sabe: en este mundo todos debemos ayudarnos los unos a los otros.

—Pero ¿cómo has ido a parar a aquella gruta?

—Seguía tendido sobre la playa, más muerto que vivo, cuando el viento me trajo desde lejos un olorcillo a fritura. Aquel olorcillo avivó mi apetito y lo seguí. ¡Si hubiese llegado un minuto más tarde...!

—¡No me lo digas! —gritó Pinocho, que aún temblaba de miedo—. ¡No me lo digas! Si llegas un minuto más tarde, a esta hora ya estaría frito, comido y digerido. ¡Brrrrr...! ¡Siento escalofríos sólo de pensarlo!

Alidoro, riendo, extendió su pata derecha hacia el muñeco, el cual, en señal de amistad, se la estrechó muy fuerte. Luego, se separaron.

El perro volvió a tomar el camino de casa y Pinocho, al quedarse solo, se acercó a una cabaña que había allí cerca y le preguntó a un viejecillo que estaba en la puerta calentándose al sol:

—Decidme, buen hombre, ¿sabéis algo de un pobre muchacho que fue herido en la cabeza y que se llamaba Eugenio?



—El muchacho fue transportado por algunos pescadores hasta esta cabaña y ahora...

—¡Ahora estará muerto! —le interrumpió Pinocho dolorido.

—No, está vivo y ya ha vuelto a casa.

—¿De verdad? ¿De verdad? —gritó el muñeco dando saltos de alegría—. ¿No era, por tanto, grave la herida?

—Pero podía haber resultado gravísima e incluso mortal —respondió el viejecillo — porque le tiraron a la cabeza un grueso libro encuadernado.

—¿Y quién se lo tiró?

—Un compañero suyo de escuela, un tal Pinocho...

—¿Y quién es ese Pinocho? —preguntó el muñeco haciéndose el ignorante.

—Dicen que es un golfillo, un vagabundo, un calavera...

—¡Calumnias! ¡Todas calumnias!

—¿Conoces tú a ese Pinocho?

—¡De vista! —respondió el muñeco.

—¿Y qué concepto tienes de él? —le preguntó el viejo.

—A mí me parece un buen chico, lleno de deseos de estudiar, obediente, amante de su padre y de su familia...

Mientras el muñeco soltaba con todo descaro estas mentiras, se tocó la nariz y se dio cuenta de que ésta le había crecido más de un palmo.

Entonces, atemorizado, comenzó a gritar:

—No os creáis, buen hombre, todo lo bueno que os he dicho de él, porque conozco muy bien a Pinocho y puedo aseguraros que en verdad es un pillastre, un desobediente, un perezoso y que en vez de ir a la escuela se va con sus compañeros a hacer de las suyas.

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando la nariz se le redujo y volvió al tamaño natural que antes tenía.

—¿Y por qué estás todo blanco de ese modo? —le preguntó de golpe el viejecillo.

—Os diré..., sin darme cuenta me he rozado contra una pared que estaba recién blanqueada —respondió el muñeco, avergonzándose de confesar que lo habían enharinado como a un pez para luego freírlo en una sartén.

—¿Y qué has hecho de tu chaqueta, de tus pantaloncitos y de tu gorro?

—Me encontré con los ladrones y me los han robado. Decidme, buen hombre, ¿no tendríais por casualidad un poco de ropa que darne, suficiente para que yo pueda volver a casa?

—Muchacho, en cuestión de trajes te diré que sólo dispongo de un pequeño saco en donde meto los altramuces^[21]. Si quieres, cógelo. Ahí está.

Y Pinocho no se lo hizo repetir. Cogió enseguida el saquito de los altramuces que estaba vacío y, después de haber hecho un agujero en el fondo con las tijeras y otros dos agujeros a ambos lados, se lo puso como una camisa. Y vestido a la ligera de aquel modo se dirigió hacia el pueblo.



Pero durante el camino no se sentía nada tranquilo. La verdad es que daba un paso hacia delante y otro hacia atrás. Y hablando consigo mismo, decía:

—¿Cómo haré para presentarme ante mi buena Hadita? ¿Qué dirá cuando me vuelva a ver? ¿Querrá perdonarme esta segunda travesura? Apuesto a que no me la perdona. ¡Oh, seguro que no me la perdona! ¡Y me está bien, porque soy un bribonzuelo que siempre promete corregirse y nunca cumple su palabra!

Llegó al pueblo ya entrada la noche y, como hacía muy mal tiempo y llovía a cántaros, se fue derecho a casa del Hada resuelto a llamar a la puerta hasta que le abrieran.

Pero cuando llegó allí sintió que le faltaba el valor y, en vez de llamar, se alejó corriendo una veintena de pasos. Se acercó por segunda vez a la puerta y no hizo nada. Se acercó una tercera vez y nada. La cuarta vez agarró temblando el picaporte de hierro y dio un pequeño golpecito.

Espera que te espera pasó un buen rato y, después de media hora, se abrió una ventana del último piso (la casa tenía cuatro pisos) y Pinocho vio asomar un gran Caracol que llevaba una lamparilla encendida en la cabeza y que dijo:

—¿Quién llama a estas horas?

—¿Está en casa el Hada? —preguntó el muñeco.

—El Hada duerme y no desea ser despertada. Pero ¿tú quién eres?

—¡Soy yo!

—¿Y quién eres tú?

—Pinocho.

—¿Qué Pinocho?

—El muñeco, el mismo que estuvo en esta casa con el Hada.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo el Caracol—. Espera ahí que ahora bajo y te abro enseguida.

—Daos prisa, por caridad, porque me muero de frío.

—Muchacho, yo soy un caracol y los caracoles nunca tienen prisa.

Pasó una hora, pasaron dos, y la puerta no se abría. Por tanto, Pinocho, que temblaba de frío, de miedo y del agua que llevaba encima, se armó de valor y llamó de nuevo a la puerta, esta vez más fuerte. Ante aquel segundo golpe se abrió una ventana de la planta baja y se asomó el mismo Caracol.

—¡Caracolito bonito! —le gritó Pinocho desde la calle—. ¡Hace dos horas que espero! Y dos horas en esta noche de perros son más largas que dos años. Daos prisa, por caridad.

—Muchacho —le respondió desde la ventana aquel animal todo paz y todo flema—, muchacho, yo soy un caracol y los caracoles nunca tienen prisa.

Y la ventana se volvió a cerrar.

Al poco rato dieron las doce de la noche. Luego, la una; luego, las dos, y la puerta continuaba cerrada.

Entonces, Pinocho, perdida la paciencia, agarró con rabia el picaporte para dar un fuerte golpe en la puerta que resonara en todo el edificio. Pero el picaporte, que era de hierro, se convirtió repentinamente en una anguila viva que se escurrió entre sus manos y desapareció en el arroyo de agua que corría en medio de la calle.

—¿Ah, sí? —gritó Pinocho cada vez más ciego de cólera—. Si el picaporte ha desaparecido yo seguiré llamando a fuerza de patadas.

Y echándose un poco hacia atrás asestó a la puerta una enorme patada. Fue tan fuerte el golpe que la mitad del pie penetró en la madera, y cuando el muñeco intentó sacarlo, fue inútil todo esfuerzo porque el pie se había quedado hincado dentro como un clavo remachado.



¡Imaginaos al pobre Pinocho! Tuvo que pasar todo el resto de la noche con un pie en el suelo y con el otro en el aire.

A la mañana siguiente, cuando se hizo de día, se abrió la puerta por fin. Aquel animoso Caracol solamente había tardado nueve horas en descender desde el cuarto piso hacia el umbral de la puerta. ¡Es justo reconocer que había hecho un tremendo esfuerzo!

—¿Qué hacéis con el pie clavado en la puerta? —le preguntó riendo al muñeco.

—Ha sido una desgracia. Mirad a ver, bonito Caracol, si lográis liberarme de este suplicio.

—Muchacho, para esto se precisa un carpintero y yo nunca he sido carpintero.

—¡Pedídselo al Hada de mi parte!

—El Hada duerme y no quiere que la despierten.

—Pero ¿qué queréis que haga clavado todo el día a esta puerta?

—Divertíos contando las hormigas que pasan por el camino.

—Traedme, al menos, algo de comer, porque me siento agotado.

—¡Enseguida! —dijo el Caracol.

De hecho, al cabo de tres horas y media Pinocho lo vio regresar con una bandeja de plata en la cabeza. En la bandeja había un pan, un pollo asado y cuatro albaricoques maduros.

—He aquí el desayuno que os envía el Hada.

A la vista de aquel don del cielo, el muñeco se sintió completamente aliviado.

Pero cuál no sería su desengaño cuando, al empezar a comer, se dio cuenta de que el pan era de yeso, el pollo de cartón y los cuatro albaricoques de alabastro, todo ello coloreado con sus tonos naturales.

Quería llorar, desesperarse, arrojar la bandeja y cuanto contenía, pero el caso es que, quizá debido al gran dolor o a la debilidad de su estómago, cayó desmayado.

Cuando se recuperó, se encontró tendido en un sofá y a su lado estaba el Hada.

—¡También esta vez te perdono! —le dijo el Hada—, ¡pero ay de ti si vuelves a hacer una trastada!

Pinocho prometió y juró que estudiaría y que se portaría bien. Y durante el resto del año mantuvo su palabra.

Y en efecto, al llegar los exámenes de final de curso, tuvo el honor de ser el primero de la escuela y su comportamiento fue juzgado, en general, tan digno de alabanza y tan satisfactorio que el Hada, llena de contento, le dijo:

—¡Al fin mañana será satisfecho tu deseo!

—¿Es decir?

—Mañana dejarás de ser un muñeco de madera y te convertirás en un muchacho de bien.

Quien no ha visto la alegría de Pinocho al oír esta noticia tan deseada no podrá imaginársela. Todos sus amigos y compañeros de escuela debían ser invitados al día siguiente a un gran desayuno en casa del Hada a fin de festejar juntos el gran acontecimiento. El Hada había hecho preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos bollos bien untados por ambas partes de mantequilla. Aquella jornada prometía ser muy hermosa y muy alegre, pero...



Desgraciadamente, en la vida de los muñecos siempre hay un «pero» que lo echa todo a perder.

CAPÍTULO 30

Pinocho, en vez de convertirse en un muchacho, parte a escondidas con su amigo Mecha hacia el País de los Juguetes

Como es natural, Pinocho le pidió enseguida permiso al Hada para ir a dar una vuelta por la ciudad y hacer las invitaciones. Y el Hada le dijo:

—Ve a invitar a tus compañeros al desayuno de mañana, pero acuérdate de volver a casa antes del anochecer. ¿Has comprendido?

—Prometo estar aquí de vuelta dentro de una hora —respondió el muñeco.

—¡Ten cuidado, Pinocho! Los chicos prometen en el acto muchas cosas, pero las más de las veces no suelen mantener esas promesas.

—Pero yo no soy como los demás. Yo, cuando digo una cosa, la mantengo.

—Veremos. Si desobedeces, tanto peor para ti.

—¿Por qué?

—Porque los chicos que no atienden a los consejos de quien sabe más que ellos siempre van al encuentro de alguna desgracia.

—¡Bien que lo he probado yo mismo! —dijo Pinocho—. ¡Pero no volveré a recaer!

—Veremos si dices la verdad.

Sin añadir otras palabras, el muñeco se despidió de su buena Hada, que para él era una especie de madre, y, cantando y bailando, salió de casa.

En poco más de una hora todos sus amigos fueron invitados. Algunos aceptaron enseguida de todo corazón. Otros, al principio, se hicieron rogar un poco, pero cuando supieron que los bollos para mojar en el café con leche habían sido untados de mantequilla también por la parte de fuera, acabaron diciendo: «También nosotros iremos por darte gusto».

Ahora hay que saber que Pinocho tenía entre sus compañeros y amigos de escuela uno predilecto y muy querido, cuyo nombre era Romeo. Pero todos lo llamaban con el apodo de Mecha, a causa de su cuerpecillo delgado, seco y enflaquecido como la mecha nueva de una lamparilla nocturna.

Mecha era el chico más perezoso y más tunante de la escuela. Pero Pinocho lo quería mucho. Fue enseguida a buscarlo a su casa para invitarlo al desayuno y no lo encontró. Volvió de nuevo y Mecha no estaba. Volvió una tercera vez y el recorrido fue en vano.

¿Dónde podría hallarlo? Buscó por un lado y por otro y, al fin, lo vio escondido bajo el porche de una casa de campesinos.

—¿Qué es lo que haces aquí? —le preguntó Pinocho aproximándose.

—Espero que sea medianoche para partir.

—¿Adónde vas?

—¡Lejos, lejos, lejos!

—¡Y pensar que yo te he ido a buscar a casa tres veces!

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿No sabes el maravilloso acontecimiento? ¿No sabes la suerte que me ha caído?

—¿Cuál?

—Mañana dejaré de ser un muñeco y me convertiré en un muchacho como tú y como todos los demás.

—Buen provecho te haga.

—Mañana, pues, te espero a desayunar en mi casa.

—Pero te digo que parto esta noche.

—¿A qué hora?

—Dentro de poco.

—¿Y adónde vas?

—Me voy a vivir a un país... que es el más hermoso del mundo. ¡Una verdadera ganga!

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el País de los Juguetes. ¿Por qué no vienes tú también?

—¿Yo? ¡Seguro que no!

—¡Te equivocas, Pinocho! Créeme, si no vienes te arrepentirás. ¿Dónde quieres encontrar un país más saludable para nosotros los chicos? Allí no hay escuelas ni maestros. Allí no hay libros. En ese bendito país nadie estudia nunca. Los jueves no hay escuela y las semanas están compuestas de seis jueves y un domingo. Imagínate que las vacaciones de otoño comienzan el primero de enero y acaban el último día de diciembre. ¡Éste es un país como a mí me gusta! ¡Así deberían ser todos los países civilizados!

—Pero ¿cómo se pasan los días en el País de los Juguetes?

—Se pasan jugando con juguetes y divirtiéndose de la mañana a la noche. Luego, por la noche, uno se va a la cama y a la mañana siguiente, se comienza de nuevo. ¿Qué te parece?

—¡Hum...! —dijo Pinocho, y meneó ligeramente la cabeza como diciendo: «¡Es una vida que también yo llevaría de buena gana!».

—Bien, ¿quieres partir conmigo? ¿Sí o no? Decídetelo.

—No, no y no. ¡He prometido a mi buena Hada que me convertiría en un buen muchacho, y quiero mantener la promesa! Es más, como veo que el sol ya se está poniendo, te dejo enseguida y me voy. Así que adiós y buen viaje.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—A casa. Mi buena Hada quiere que regrese antes del anochecer.

—Espera sólo dos minutos.

—Me retraso demasiado.

—Sólo dos minutos.

—¿Y si después el Hada me riñe?

—Déjala que grite. Cuando haya gritado lo suficiente, se calmará —dijo aquel granuja de Mecha.

—¿Y cómo vas? ¿Solo o en compañía?

—¿Solo? Por lo menos seremos cien chicos...

—¿Y hacéis el viaje a pie?

—A medianoche pasará por aquí un carro que nos recogerá para llevarnos hasta ese afortunadísimo país.

—¡Lo que daría por que ahora fuese medianoche!

—¿Para qué?

—Para veros partir a todos juntos...

—Quédate aquí un poco más y nos verás.

—No, no. Quiero volver a casa.

—Espera otros dos minutos.

—Me he retrasado demasiado. El Hada ya estará preocupada por mí.

—¡Pobre Hada! ¿Tiene acaso miedo de que te coman los murciélagos?

—Pero en fin —añadió Pinocho—, ¿tú estás verdaderamente seguro de que en ese país no hay escuelas?

—Ni sombra de ellas.

—¿Y ni siquiera maestros?

—Ni siquiera uno.

—¿Y no hay nunca la obligación de estudiar?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Qué hermoso país! —dijo Pinocho mientras la boca se le hacía agua—. ¡Qué hermoso país! ¡Yo nunca he estado en él, pero me lo imagino!

—¿Por qué no vienes también tú?

—¡Es inútil que me tienes! Le he prometido a mi buena Hada que me convertiré en un muchacho razonable y no quiero faltar a mi palabra.

—Adiós, pues. ¡Recuerdos a las escuelas y también a los institutos si es que encuentras alguno por el camino!

—Adiós, Mecha. Buen viaje, diviértete y acuérdate alguna vez de los amigos.

Dicho esto, el muñeco dio un par de pasos para irse, pero se detuvo y, volviéndose hacia el amigo, le preguntó:

—¿Estás seguro de que en ese país todas las semanas se componen de seis jueves y un domingo?

—Segurísimo.

—¿Y sabes con certeza que las vacaciones comienzan el primero de enero y terminan el último de diciembre?

—Ciertísimo.

—¡Qué hermoso país! —repitió Pinocho, escupiendo a modo de consuelo. Luego, con ánimo resuelto, añadió presto e impetuoso—: Adiós, de verdad. Y buen viaje.

—Adiós.

—¿Dentro de cuánto partís?

—¡Dentro de dos horas!

—¡Qué pena! Si sólo faltara una hora para la partida, casi sería capaz de esperar...

—¿Y el Hada?

—¡Ya se me ha hecho tarde! ¡Da lo mismo volver a casa una hora antes o una hora después!

—¡Pobre Pinocho! ¿Y si el Hada te riñe?

—¡Paciencia! La dejaré que grite. Cuando haya gritado lo suficiente, se calmará.

Entretanto, ya se había hecho de noche, noche cerrada, cuando vieron cómo a lo lejos se movía una lucecita... y oyeron un sonido de cascabeles y el toque de una trompeta, pero tan débil y sofocado que parecía el silbido de un mosquito.

—¡Ya está aquí! —dijo Mecha poniéndose de pie.

—¿Quién es? —preguntó Pinocho en voz baja.

—Es el carro que viene a recogernos. ¿Así que quieres venir o no?

—Pero ¿estás seguro de veras —preguntó el muñeco— de que en ese país los chicos no tienen obligación de estudiar?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Qué hermoso país! ¡Qué hermoso país! ¡Qué hermoso país!

CAPÍTULO 31

Después de cinco meses de felicidad, Pinocho, con gran asombro, siente que le sale un hermoso par de orejas de asno y se convierte en un borriquillo con rabo y todo

Al fin llegó el carro. Y llegó sin hacer el más mínimo ruido porque sus ruedas estaban cubiertas de estopa y trapos.



Tiraban de él doce pares de borriquitos, todos de igual alzada, aunque de diferente pelambre. Unos eran pardos, otros blancos, otros jaspeados y otros rayados con listas amarillas y turquesas. Pero la cosa más singular era que aquellos doce pares, es decir, los veinticuatro borriquillos, en vez de ir herrados, como los demás animales de tiro y carga, calzaban unos botines como los de los hombres, de cuero blanco.

¿Y el conductor del carro?

Imaginaos un hombrecillo más ancho que largo, fofo y untuoso como una bola de mantequilla, con una carita de manzana, una boquita que reía continuamente, y una voz sutil y acariciadora, como la de un gato que solicita el favor de su ama.



Apenas lo veían, los chiquillos se quedaban prendados de él y rivalizaban por subir a su carro para ser conducidos por él a esa verdadera Jauja conocida en el mapa con el seductor nombre de País de los Juguetes.

De hecho, el carro ya estaba lleno de chiquillos entre ocho y doce años, amontonados los unos sobre los otros como anchoas en conserva. Se encontraban incómodos, apretados y casi no podían respirar. Pero ninguno decía «¡ay!», ninguno se quejaba. El consuelo de saber que dentro de pocas horas llegarían a un país en el que no había libros, ni escuelas, ni maestros, los ponía tan contentos y pacientes que no sentían las molestias ni los apretujones, ni el hambre, ni la sed, ni el sueño.

Apenas se hubo detenido el carro, el Hombrecillo se volvió hacia Mecha y, con mil mohines y zalamerías, le preguntó sonriendo:

—Dime, hermoso niño, ¿también tú quieres venir a ese afortunado país?

—Claro que deseo ir.

—Pero te advierto, querido, que en el carro ya no hay sitio. ¡Como ves, está todo lleno!

—¡Paciencia! —replicó Mecha—. Si no hay sitio dentro intentaré ir sentado sobre las varas del carro.

Y dando un salto se subió a horcajadas sobre las varas.

—¿Y tú, amor mío? —le dijo el Hombrecillo a Pinocho volviéndose hacia él muy zalamero—, ¿qué quieres hacer? ¿Vienes con nosotros o te quedas?

—Yo me quedo —respondió Pinocho—. Quiero volver a mi casa. Quiero estudiar y aplicarme en la escuela, como hacen los buenos muchachos.

—¡Buen provecho te haga!

—¡Pinocho! —dijo entonces Mecha—. ¡Hazme caso, ven con nosotros y seremos felices!

—¡No, no, no!

—¡Ven con nosotros y seremos felices! —gritaron desde el carro cuatro voces más.

—¡Ven con nosotros y seremos felices! —gritaron a la vez un centenar de voces desde dentro del carro.

—Y si voy con vosotros, ¿qué dirá mi buena Hada? —dijo el muñeco, que comenzaba a enternecerse y a titubear.



—No te amargues la existencia con esas preocupaciones. Piensa que vamos a un país en el que seremos dueños de armar jaleo de la mañana a la noche.

Pinocho no respondió. Pero soltó un suspiro; luego volvió a suspirar, soltó un tercer suspiro y, al fin, dijo:

—Hacedme un sitio. ¡Yo también quiero ir!

—Todos los puestos están ocupados —replicó el Hombrecillo—, pero para mostrarte que eres bienvenido te puedo ceder mi puesto en el pescante.

—¿Y vos?

—Yo haré el camino a pie.

—No, de verdad que no puedo permitirlo. ¡Prefiero subir a la grupa de alguno de estos borriquillos! —le gritó Pinocho.

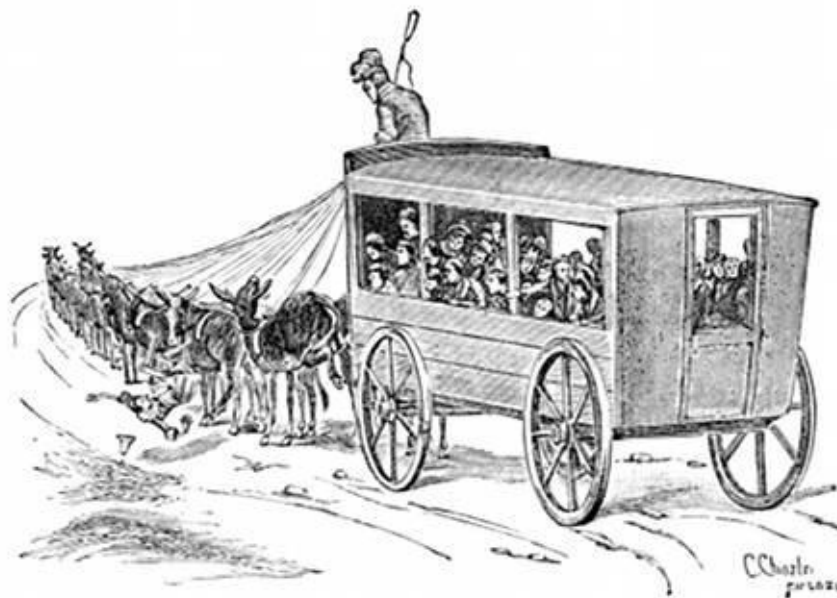
Dicho y hecho. Se acercó al borriquillo del primer par, el que estaba a la derecha, e intentó subirse a él, pero el animalucho, dándose la vuelta repentinamente, le dio con su hocico un golpe en el estómago y lo tiró patas arriba.

Imaginaos la carcajada impertinente y desvergonzada de todos aquellos chiquillos que presenciaban la escena.

Pero el Hombrecillo no se rio. Se aproximó lleno de afecto al borriquillo rebelde y, fingiendo que iba a darle un beso, le arrancó de un mordisco la mitad de la oreja derecha.

Mientras tanto, Pinocho, levantándose furioso del suelo, montó de un salto a la grupa del pobre animal. Fue un salto tan perfecto que los chicos dejaron de reír y comenzaron a gritar: «¡Viva Pinocho!» y a aplaudir sin parar.

Cuando he aquí que de repente el borriquillo levantó las dos patas traseras y, dando una fortísima sacudida, arrojó con violencia al pobre muñeco en medio de la calle sobre un montón de grava.



De nuevo sonaron grandes carcajadas. Pero el Hombrecillo, en vez de reírse, se sintió poseído de tanto amor hacia el inquieto borriquillo que, mientras le daba un beso, le arrancó limpiamente la mitad de la otra oreja.

Luego le dijo al muñeco:

—Vuelve a montarlo, y no tengas miedo. Este borriquillo tenía la cabeza la cabeza de un pájaro, pero ya le he dicho un par de palabritas al oído y confío en que se haya vuelto manso y razonable.

Pinocho montó, y el carro se puso en marcha, pero mientras los borricos galopaban y el carro corría sobre el empedrado de la carretera principal, al muñeco le pareció oír una voz apagada y apenas inteligible que le decía:

—¡Pobre bobalicón! ¡Has querido hacer las cosas a tu modo, pero te arrepentirás de ello!

Pinocho, lleno de miedo, miró a un lado y al otro para ver de dónde venían estas palabras, pero no vio a nadie. Los borricos galopaban, el carro corría y los chicos, dentro de él, dormían. Mecha roncaba como un lirón y el Hombrecillo, sentado en el pescante, canturreaba entre dientes:

*Todos duermen de noche
y yo no duermo nunca...*

Después de recorrer medio kilómetro, Pinocho oyó la misma vocecita débil que le decía:

—¡Tenlo presente, bobalicón, los chicos que dejan de estudiar y les dan la espalda a los libros, a las escuelas y a los maestros para entregarse a los juegos y a las diversiones no pueden tener más que un final desgraciado! ¡Yo lo sé por experiencia y te lo puedo decir! Llegará un día en que tú también llorarás como yo lo estoy haciendo, ¡pero entonces será tarde!

Ante estas palabras bisbiseadas confusamente, el muñeco, más asustado que nunca, se bajó de la grupa de su cabalgadura y fue a agarrar a su borriquillo por el hocico.

Imaginaos cómo se quedó cuando se dio cuenta de que éste lloraba..., y ¡lloraba igual que un niño!

—¡Eh, señor Hombrecillo! —le gritó entonces Pinocho al dueño del carro—, ¿sabéis qué es lo que pasa? Este borriquillo está llorando.

—Déjalo que lllore. Ya reirá cuando se canse.

—¿Acaso también le habéis enseñado a hablar?

—No, ha aprendido a balbucear algunas palabras, ya que ha vivido tres años en la compañía de perros amaestrados.

—¡Pobre animal!

—Venga, venga —dijo el Hombrecillo—, no perdamos nuestro tiempo viendo cómo llora un asno. Monta de nuevo y vámonos. La noche está fresca y el camino es largo.

Pinocho obedeció sin decir esta boca es mía. El carro reemprendió su marcha y, a la mañana siguiente, al amanecer, llegaron felizmente al País de los Juguetes.

Este lugar no se parecía a ningún otro país del mundo. Toda su población estaba compuesta por chicos. Los mayores tenían catorce años y los menores apenas tenían ocho. Por las calles había una alegría, un ruido, un griterío capaz de hacer estallar la cabeza. Por todos lados había grupos de pilluelos. Unos jugaban a las batallas, otros a los tejos o a la pelota. Unos iban en triciclos, otros montaban caballitos de madera. Unos jugaban a la gallina ciega, otros se perseguían. Unos, vestidos de payasos, comían estopa encendida, otros recitaban, o cantaban, o daban saltos mortales. Unos se divertían caminando por el suelo sobre las manos, con las piernas por el aire. Alguno hacía rodar un aro, otro paseaba vestido de general con un yelmo de papel y un sable de cartón. Se reían, gritaban, se llamaban, aplaudían, silbaban, imitaban el cacareo de la gallina cuando acaba de poner un huevo. En suma, era tal la batahola^[22], el guirigay, el endiablado tumulto, que había que ponerse algodón en los oídos para no acabar ensordecido. En todas las plazas se veían pequeños teatros ambulantes llenos de niños de la mañana a la noche y sobre todas las paredes de las casas se leían, escritas con carbón, cosas bellísimas del tipo de: «Vivan los juguetes» (en vez de «juguetes»), «No queremos más escalas» (en vez de «no queremos más escuelas»), «Abajo Larín Metica» (en vez de «la aritmética»), y cosas por el estilo.



Pinocho, Mecha y los demás chicos que habían hecho el viaje con el Hombrecillo, apenas pusieron los pies en la ciudad, se metieron de lleno en aquella gran barahúnda y, en pocos minutos, como es fácil imaginar, todos se hicieron amigos. ¿Quién podía considerarse más feliz, más contento que ellos?

Con los continuos pasatiempos y las más variadas diversiones, las horas, los días, las semanas, pasaban como relámpagos.

—¡Oh, qué vida más hermosa! —le decía Pinocho a Mecha cada vez que se encontraban.

—¿Ves como tenía razón? —le respondía éste—. ¡Y pensar que tú no querías venir! ¡Y pensar que se te había metido en la cabeza volver a casa de tu Hada para perder el tiempo estudiando! Si te has librado del aburrimiento de los libros y de las escuelas me lo debes a mí y a mis consejos, a mi apremio. ¿Estás de acuerdo? Sólo los amigos de verdad pueden hacer estos grandes favores.

—¡Es verdad, Mecha! Si ahora soy un muchacho completamente feliz se debe a tu mérito. ¿Y sabes, en cambio, lo que me decía el maestro de ti? Siempre me decía: «No trates con ese granuja de Mecha porque es un mal compañero y lo único que puede aconsejarte es que hagas el mal».

—¡Pobre maestro! —dijo el otro moviendo la cabeza—. De sobra sé que le caía mal y que le gustaba calumniarme, pero ¡soy generoso y lo perdono!

—¡Qué gran corazón! —le dijo Pinocho abrazando afectuosamente a su amigo y dándole un beso entre los ojos.

Hacía ya cinco meses que duraba esta dicha de pasar las enteras jornadas jugueteando y divirtiéndose, sin echarle la vista encima ni a un libro ni a una escuela. Hasta que una mañana, Pinocho recibió, como suele decirse, una desagradable sorpresa que lo puso de malhumor.

CAPÍTULO 32

A Pinocho le salen unas orejas de burro y después se convierte en un borriquillo de verdad y comienza a rebuznar

¿Y cuál fue la sorpresa? Yo os lo diré, mis pequeños y queridos lectores. La sorpresa fue que Pinocho, al despertarse, sintió deseos de rascarse la cabeza. Y, al rascarse la cabeza, se dio cuenta de que...

¿Adivináis de qué se dio cuenta?

Se dio cuenta, con enorme asombro, de que sus orejas habían crecido más de un palmo.

Vosotros sabéis que el muñeco, desde su nacimiento, tenía las orejitas pequeñas. Tan pequeñas que casi no se veían a simple vista. Imaginaos, pues, cómo se quedó cuando se dio cuenta de que, durante la noche, sus orejas se habían alargado tanto que parecían dos escobas. Fue enseguida a buscar un espejo para poderse ver, pero, al no encontrarlo, llenó de agua la palangana del aguamanil^[23] y, mirándose en ella, vio lo que jamás hubiera deseado ver. Es decir, vio su imagen adornada con un magnífico par de orejas de burro.



¡Os dejo imaginar el dolor, la vergüenza y la desesperación del pobre Pinocho!

Comenzó a llorar, a gritar, a golpearse repetidamente la cabeza contra la pared. Pero, cuanto más se desesperaba, más crecían sus orejas y más peludas se le ponían las puntas. Al ruido de aquellos gritos agudísimos entró en la habitación una hermosa

Marmotita que habitaba en el piso superior, la cual, viendo al muñeco en tal grado de exasperación, le preguntó presurosa:

—¿Qué tienes, mi querido inquilino?

—Estoy enfermo, Marmotita mía, muy enfermo. ¡Y enfermo de una enfermedad que me da miedo! ¿Entiendes algo del pulso?

—Un poquito.

—Mírame a ver, no fuera que tuviese fiebre.

Levantó la Marmotita su pata delantera y, después de haber tomado el pulso a Pinocho, le dijo suspirando:

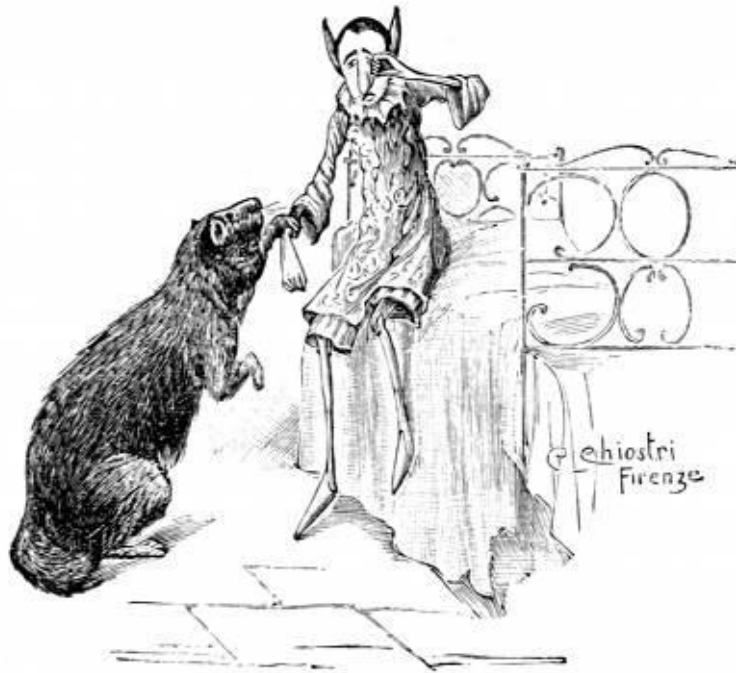
—Amigo mío, siento tener que darte una mala noticia...

—¿Cuál es?

—¡Tienes una fiebre muy peligrosa!

—¿Y qué tipo de fiebre es?

—Se trata de la fiebre del asno.



—¡No comprendo de qué fiebre se trata! —respondió el muñeco, que lo había comprendido demasiado bien.

—Entonces te lo explicaré —prosiguió la Marmotita—. Debes saber que dentro de dos o tres horas ya no serás ni muñeco ni niño...

—¿Y qué es lo que seré?

—Dentro de dos o tres horas te convertirás en un verdadero burro, como los que tiran del carro y llevan las berzas y las lechugas al mercado.

—¡Oh, pobre de mí, pobre de mí! —gritó agarrándose ambas orejas y tirando de ellas maltratándolas como si fueran las orejas de otro.

—Querido —le dijo la Marmotita para consolarlo—, ¿qué pretendes hacer? Es tu destino irremediable.

Y en los decretos de la sabiduría está escrito que todos los chicos perezosos que, hartos de los libros, las escuelas y los maestros, pasan los días felices entre juegos y diversiones, antes o después acaban transformándose en otros tantos pequeños asnos.

—Pero ¿de verdad ocurre esto? —le preguntó sollozando el muñeco.

—¡Desgraciadamente, sí! Ahora ya son inútiles los lloros. ¡Debías haberlo pensado antes!

—Pero la culpa no es mía. La culpa, créelo, Marmotita, es toda de Mecha...

—¿Y quién es ese Mecha?

—Un compañero mío de escuela. Yo quería volver a casa, quería obedecer, quería seguir estudiando y sacar provecho..., pero Mecha me dijo: «¿Por qué quieres aburrirte estudiando? ¿Por qué quieres ir a la escuela? Ven conmigo al País de los Juguetes. Allí no estudiaremos, nos divertiremos de la mañana a la noche y siempre estaremos alegres».

—¿Y por qué hiciste caso a ese falso amigo, a ese mal compañero?

—¿Por qué? Porque, Marmotita mía, yo soy un muñeco sin sentido común... y sin corazón. Si hubiese tenido un poquito de corazón jamás habría abandonado al Hada, que tanto me quería, como una madre, y que tanto había hecho por mí. Y, a estas horas, ya no sería un muñeco, sino un chiquillo como tantos otros. ¡Oh, pero, si encuentro a Mecha, ay de él! ¡Se las voy a decir de todos los colores!

E hizo ademán de querer salir. Pero cuando estuvo en la puerta recordó que tenía las orejas de burro y, avergonzándose de mostrarlas en público, ¿cómo se las ingenió? Tomó un gran gorro de algodón y, metiéndoselo en la cabeza, se lo encasquetó hasta debajo de la nariz.



Después salió. Y se puso a buscar a Mecha por todas partes. Lo buscó por las calles, por las plazas, por los teatros de marionetas, por todos los lugares, pero no lo encontró. Preguntó por él a cuantos encontró en su camino, pero nadie lo había visto.

Entonces fue a buscarlo a casa y, llegado a la puerta, llamó.

—¿Quién es? —preguntó Mecha desde dentro.

—¡Soy yo! —respondió el muñeco.

—Espera un poco y te abriré.

Por fin, después de media hora, la puerta se abrió, y figuraos cómo se quedó Pinocho cuando, entrando en la habitación, vio a su amigo Mecha con un gran gorro de algodón en la cabeza encasquetado hasta la misma nariz.

A la vista de aquel sombrero, Pinocho casi sintió consuelo y pensó enseguida para sí: «¿Estará enfermo mi amigo de mi misma enfermedad? ¿Tendrá también él la fiebre del asno?».

Y fingiendo no darse cuenta de nada, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo estás, mi querido Mecha?

—Muy bien; como un ratón dentro de un trozo de queso parmesano.

—¿Lo dices en serio?

—¿Y por qué debería mentirte?

—Perdóname, amigo, pero ¿por qué llevas entonces ese gorro de algodón que te cubre la cabeza hasta las orejas?

—Me lo ha mandado el médico porque me he hecho daño en la rodilla. Y tú, querido muñeco, ¿por qué llevas este gorro de algodón metido hasta la nariz?

—Me lo ha recomendado el médico, porque me he desollado el pie.

—¡Oh, pobre Pinocho!

—¡Oh, pobre Mecha!

Tras estas palabras hubo un larguísimo silencio, durante el cual los dos amigos no hicieron otra cosa que mirarse el uno al otro con aire burlón.

Al fin, el muñeco, con una vocecilla meliflua y aflautada, le dijo a su compañero:

—Resuélveme una duda, mi querido Mecha, ¿has sufrido alguna vez una enfermedad en las orejas?

—¡Nunca! ¿Y tú?

—¡Nunca! Pero desde esta mañana, me duele una oreja.

—También yo sufro del mismo mal.

—¿También tú? ¿Y cuál es la oreja que te duele?

—Las dos. ¿Y a ti?

—Las dos. ¿Será la misma enfermedad?

—Me temo que sí.

—¿Quieres hacerme un favor, Mecha?

—¡De buena gana! ¡Con todo el corazón!

—¿Me dejas ver tus orejas?

—¿Por qué no? Pero antes, querido Pinocho, quiero ver las tuyas.

—No; tú primero.

—No, querido. ¡Primero tú y después yo!

—Pues bien —dijo entonces el muñeco—, hagamos un pacto de buenos amigos.

—Oigamos el pacto.

—Levantemos los dos el gorro al mismo tiempo, ¿aceptas?

—Acepto.

—¡Atentos, pues!

Y Pinocho comenzó a contar en voz alta:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

A la palabra *tres* los dos chicos se quitaron los gorros de la cabeza y los lanzaron al aire.

Y entonces pudo verse una escena que parecería increíble de no haber sido verdad. Es decir, que Pinocho y Mecha, cuando se vieron afectados los dos por la misma desgracia, en vez de sentirse mortificados y doloridos, comenzaron a hacerse guiños con sus orejas desmesuradamente largas y, después de mil muecas, acabaron con una sonora carcajada.



Y rieron, rieron, rieron hasta no poderse tener en pie. Pero sucedió que, cuando mayor era el contento, Mecha repentinamente se detuvo y, vacilando y cambiando de color, le dijo a su amigo:

—¡Socorro, socorro, Pinocho!

—¿Qué te pasa?

—¡Ay de mí, no logro mantenerme derecho sobre mis piernas!

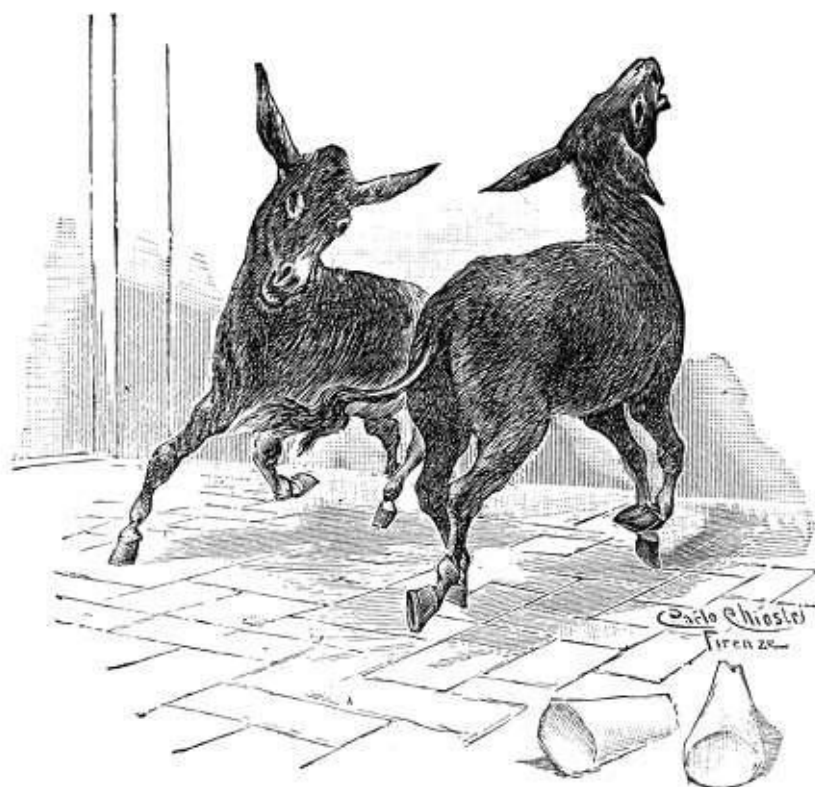
—Yo tampoco lo logro —gritó Pinocho llorando y tambaleándose.

Y mientras hablaban así, los dos se doblaron a gatas sobre el suelo y, caminando con pies y manos, comenzaron a dar vueltas y a correr por la habitación. Y, mientras corrían, sus dos brazos se convirtieron en patas y sus rostros se alargaron y se convirtieron en hocicos, y sus espaldas se cubrieron de un pelaje gris claro con manchas negras.

Pero ¿sabéis cuál fue el momento peor para aquellos dos desgraciados?

El momento peor y más humillante fue cuando notaron que les salía por detrás el rabo. Abrumados por la vergüenza y el dolor se pusieron entonces a llorar y a quejarse de su destino.

¡Ojalá no lo hubieran hecho! En vez de gemidos y lamentaciones soltaban asnales rebuznos, y rebuznando sonoramente, los dos formaban un coro que repetía: «Hiaaa, hiaaa, hiaaa».



Entretanto llamaron a la puerta y una voz dijo desde fuera:

—¡Abrid, soy el Hombrecillo, el conductor del carro que os trajo a este pueblo!
¡Abridme enseguida, o pobres de vosotros!

CAPÍTULO 33

Convertido en un verdadero burrito, lo llevan a vender y lo compra el Director de una compañía de payasos para enseñarle a bailar y a saltar los aros. Pero una noche se queda cojo y entonces es vendido a otra persona que quiere hacer con su piel un tambor

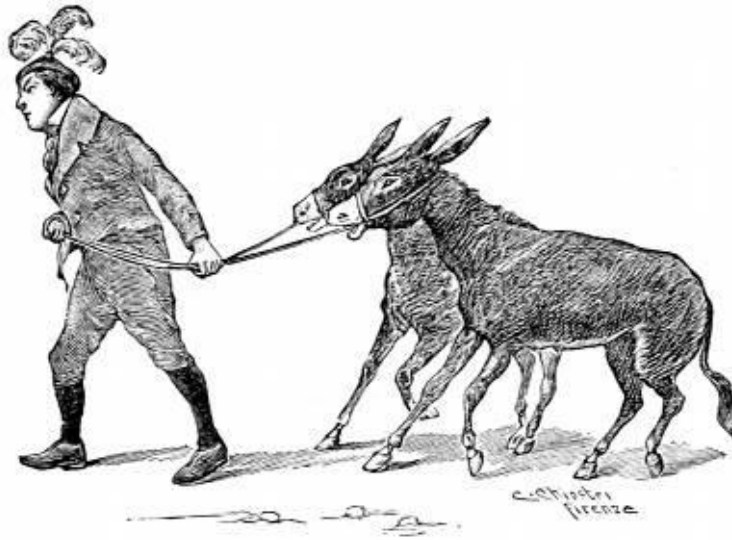
Viendo que la puerta no se abría, el Hombrecillo la forzó dándole una violentísima patada. Y, entrando en la habitación, les dijo a Pinocho y a Mecha con su habitual sonrisa:

—¡Bravo, chicos! Habéis rebuznado bien y enseguida os he reconocido por la voz. Y por ello, aquí estoy.

Ante estas palabras, los dos burritos se quedaron muy mustios con la cabeza agachada, las orejas bajas y el rabo entre las piernas.

Al principio, el Hombrecillo los aduló, los acarició, los palpó. Luego, sacando una almohada, comenzó a cepillarlos muy bien.

Y cuando a fuerza de cepillarlos los tuvo lustrosos como dos espejos, entonces les puso a ambos el cabezal y los condujo a la plaza del mercado con la esperanza de venderlos y de sacarse una discreta ganancia.



De hecho, los compradores no se hicieron esperar.

Mecha fue adquirido por un campesino al cual se le había muerto su asno dos días antes y Pinocho fue vendido al Director de una compañía de payasos y de saltimbanquis, el cual lo adquirió para amaestrarlo y hacerlo saltar y bailar junto con los demás animales de la compañía.

¿Habéis comprendido ahora, mis pequeños lectores, cuál era el provechoso oficio del Hombrecillo? Este feo esperpento que tenía un aspecto tan almibarado se iba de vez en cuando a dar vueltas por el mundo con un carro. Y por el camino recogía con

promesas y melindres a todos los chicos perezosos que se aburrían con los libros y las escuelas, y después de cargarlos en su carro se los llevaba al País de los Juguetes a fin de que pasaran todo el tiempo jugando en un continuo bullicio y diversión. Cuando aquellos pobres e ilusos chiquillos, a fuerza de jugar siempre y de no estudiar, se transformaban en otros tantos burritos, entonces él, muy contento, se apoderaba de ellos y los llevaba a vender a las ferias y a los mercados. Y así, en pocos años, había hecho un montón de dinero y se había convertido en millonario.

Lo que le sucedió a Mecha no lo sé. Pero sé que Pinocho llevó desde los primeros días una vida durísima y arrastrada.

Cuando fue conducido a la cuadra, el nuevo dueño le llenó el pesebre de paja, pero Pinocho, después de haber probado un bocado, lo escupió. Entonces el amo, refunfuñando, le llenó el pesebre de heno. Pero ni siquiera el heno le agradó.

—Ah, ¿tampoco te gusta el heno? —le gritó el amo, encolerizado—. ¡Déjalo de mi cuenta, burrito lindo, si tienes caprichos en la cabeza ya te los quitaré yo!

Y, a modo de correctivo, le soltó un trallazo en las patas.

Pinocho comenzó a llorar y a rebuznar de dolor, y rebuznando, decía:

—¡Hiaaa, hiaaa, hiaaa, la paja no la puedo digerir!

—¡Entonces come el heno! —replicó el amo, que comprendía perfectamente el lenguaje de los asnos.

—¡Hiaaa, hiaaa, hiaaa, el heno me produce dolor de barriga!

—¿Pretendes que a un asno como tú lo mantenga con pechugas de pollo y capón en gelatina? —prosiguió el amo enfadándose cada vez más y soltándole un segundo trallazo.

Ante este segundo trallazo, Pinocho, por prudencia, se calló al momento y no dijo más. Mientras tanto, cerraron la cuadra y Pinocho quedó solo. Y como hacía muchas horas que no había comido, comenzó a bostezar de hambre. Y al bostezar abría una boca que parecía un horno.

Al fin, no encontrando otra cosa en el pesebre, se resignó a masticar un poco de heno y, después de haberlo masticado muy bien, cerró los ojos y lo tragó. «No está mal este heno —se dijo—, ¡pero cuánto mejor hubiera sido que continuara estudiando! ¡A estas horas, en vez de heno, podría comer un trozo de pan fresco y una hermosa loncha de salchichón! ¡Paciencia!»

A la mañana siguiente, al despertarse, buscó enseguida en el pesebre otro poco de heno, pero no lo encontró porque se lo había comido todo por la noche.

Tomó entonces un bocado de paja trillada, pero, mientras lo masticaba, se dio cuenta de que el sabor de la paja trillada no se asemejaba en nada al arroz a la milanesa ni a los macarrones a la napolitana.

—¡Paciencia! —repitió mientras continuaba masticando—. ¡Que al menos mi desgracia pueda servir de lección a todos los chicos desobedientes que no sienten deseos de estudiar! ¡Paciencia! ¡Paciencia!

—¡Un cuerno de paciencia! —le gritó el amo entrando en aquel momento en la cuadra—. ¿Crees acaso, mi lindo burrito, que yo te he comprado solamente para comer y beber? Yo te he comprado para que trabajes y me hagas ganar mucho dinero. ¡Arriba, pues, y pórtate bien! Ven conmigo al circo y allí te enseñaré a saltar por el aro y a romper con la cabeza toneles de papel y a bailar el vals y la polca manteniéndote erguido sobre las patas traseras.

El pobre Pinocho, por las buenas o por las malas, tuvo que aprender todas estas cosas bellísimas, pero para aprenderlas fueron precisos tres meses de lecciones y muchos latigazos de los que escuecen.

Llegó finalmente el día en que su dueño pudo anunciar un espectáculo verdaderamente extraordinario. Los carteles de variados colores, pegados en las esquinas de las calles, decían así:

GRAN FUNCIÓN DE GALA

ESTA NOCHE

*TENDRÁN LUGAR
LOS HABITUALES SALTOS
Y SORPRENDENTES EJERCICIOS*

Ejecutados por todos los artistas
y todos los caballos
de ambos sexos de la compañía,

y además será presentado
por vez primera el famoso

BURRITO PINOCHO

LLAMADO

LA ESTRELLA DE LA DANZA

El teatro estará profusamente iluminado

Aquella noche, como podéis imaginaros, el teatro estaba abarrotado una hora antes de que comenzara el espectáculo.

No se encontraba ni un asiento preferente, ni un solo palco, ni pagándolo a precio de oro.

Las gradas del circo rebosaban de niños, niñas y chiquillos de todas las edades, enfebrecidos y llenos de frenesí por ver bailar al famoso burrito Pinocho.

Acabada la primera parte del espectáculo, el Director de la compañía, vestido con una levita negra, pantalones ajustados y botas de piel hasta encima de las rodillas, se presentó ante el numeroso público y, tras hacer una gran inclinación, recitó con mucha solemnidad el siguiente disparatado discurso:

—¡Respetable público, damas y caballeros!

»Quien os habla, estando de paso por esta ilustre ciudad, ha querido tener no sólo el honor, sino el placer de presentar a este inteligente y conspicuo auditorio un célebre burrito que ya tuvo el honor de bailar ante Su Majestad el Emperador de todas las principales Cortes de Europa.

»Y al agradeceros vuestra atención, ayudadnos al mismo tiempo con vuestra animadora presencia y sed indulgentes con nosotros.

Este discurso fue acogido con muchas risas y aplausos. Pero los aplausos se redoblaron y se convirtieron en una especie de huracán cuando el burrito Pinocho apareció en el centro de la pista. Se hallaba todo engalanado para el festejo. Tenía unas bridas nuevas de lustrosa piel, con hebillas y clavos de cobre. Llevaba dos camelias en las orejas, la crin dividida en muchos rizos, atados con flecos plateados que le colgaban hasta la barriga, y el rabo estaba trenzado con cintas de terciopelo amaranto y celeste. En suma, ¡era un burrito que enamoraba!

El Director, al presentarlo al público, añadió estas palabras:

—¡Respetable auditorio! No voy a estar aquí contándoos mentiras sobre las grandes dificultades que he tenido que superar para comprender y domar a este mamífero mientras pastaba libremente, de montaña en montaña, en las llanuras de la zona tórrida. Os ruego que observéis el salvajismo que emana de sus ojos. En vista de lo cual, y habiendo resultado vanos todos los medios para domesticarlo como los cuadrúpedos civilizados, he tenido que recurrir más de una vez al amable lenguaje del látigo. Pero cada una de mis habilidades, en vez de hacerme querer por él, ha empeorado su ánimo. Sin embargo, yo, siguiendo el sistema de Gales, encontré en su cráneo un pequeño cartílago óseo que la misma Facultad de Medicina de París reconoció ser el bulbo regenerador de los cabellos y de la danza pírrica.

»Y por esto precisamente lo quise amaestrar no sólo para el baile, sino para los saltos de aros y para los ejercicios con toneles forrados de papel. ¡Admiradlo y, luego, juzgadlo! Sin embargo, antes de despedirme de vosotros, permitidme, oh, señores, que os invite al espectáculo de mañana por la tarde. Pero en el caso de que el tiempo amenazara lluvia, entonces el espectáculo, en vez de mañana por la tarde, será anticipado a mañana por la mañana a las once.

Y llegado este momento, el Director hizo otra profundísima reverencia y luego, dirigiéndose a Pinocho, le dijo:

—¡Ánimo, Pinocho! ¡Adelante y da comienzo a tus ejercicios saludando a este respetable público de damas, caballeros y niños!



Pinocho, obediente, dobló enseguida sus dos patas delanteras hasta que el Director, restallando su látigo, le gritó:

—¡Al paso!

Entonces el burrito se alzó sobre sus cuatro patas y comenzó a dar vueltas alrededor de la pista caminando al paso.

Al poco rato, el Director le gritó:

—¡Al trote! —Y Pinocho, obedeciendo la orden, cambió el paso poniéndose al trote—. ¡Al galope! —Y Pinocho se lanzó al galope—. ¡A la carrera! —Y Pinocho se puso a correr muy deprisa.

Mas, mientras corría como el viento, el Director levantó el brazo y disparó un tiro con su pistola.

Ante aquel disparo, el burrito, fingiéndose herido, cayó al suelo de la pista como si en verdad estuviera muerto.

Levantándose del suelo en medio de un gran estallido de aplausos, de gritos y de palmoteos que llegaban hasta las mismas estrellas, se le ocurrió alzar la cabeza y mirar hacia arriba..., y al mirar vio en uno de los palcos a una hermosa señora que llevaba al cuello un grueso collar de oro, del cual pendía un medallón, y en el medallón estaba pintada la imagen de un muñeco.

«Aquel retrato es el mío... Aquella señora es el Hada», dijo para sí Pinocho, reconociéndola al instante. Y dejándose llevar por la alegría intentó gritar:

—¡Oh, mi pequeña Hada; oh, mi pequeña Hada!

Pero, en vez de estas palabras, le salió de la garganta un rebuzno tan prolongado y sonoro que hizo reír a todos los espectadores y particularmente a todos los chiquillos que estaban en el teatro.

Entonces, el Director, para educarle y hacerle saber que no es de personas bien criadas ponerse a rebuznar delante del público, le dio con el mango del látigo un trastazo en la nariz.

El pobre burrito, sacando fuera casi un palmo de lengua, se estuvo lamiendo la nariz al menos durante cinco minutos creyendo calmar de esta manera el dolor que sentía.

¡Mas cuál no sería su desesperación cuando, al darse la vuelta por segunda vez, vio que el palco estaba vacío y que el Hada había desaparecido!

Se sintió morir. Los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a llorar a más no poder. Nadie se dio, sin embargo, cuenta de ello, y menos que los demás el Director, el cual, haciendo restallar su látigo, le gritó:

—¡Bravo, Pinocho! ¡Ahora les harás ver a estos señores con cuánta gracia sabes saltar los aros!

Pinocho lo intentó dos o tres veces. Pero cada vez que llegaba delante del aro, en lugar de cruzarlo, pasaba cómodamente por debajo de él. Al fin dio un salto y lo atravesó. Pero por desgracia las patas traseras le quedaron prendidas en el aro y cayó al suelo del otro lado hecho un ovillo.

Cuando se levantó cojeaba, y a duras penas pudo volver a la cuadra.

—¡Que salga Pinocho! ¡Queremos ver el burrito! —gritaban los chicos de la platea, apiadados y conmovidos por el triste suceso.

Pero aquella noche no volvió a salir el burrito.

A la mañana siguiente, el veterinario, es decir, el médico de los animales, lo visitó y declaró que se quedaría cojo para toda la vida.

Entonces, el Director le dijo al mozo de cuadra:

—¿Qué quieres que haga con un asno cojo? Sería tener a alguien viviendo de gorra. Llévalo, pues, a la plaza y véndelo.

Llegados a la plaza, enseguida encontraron comprador, el cual preguntó al mozo de cuadra:

—¿Cuánto quieres por este burrito cojo?

—Veinte liras.

—Hoy te doy veinte centavos. Y no creas que lo compro para hacer uso de él. Únicamente lo compro por su piel. Veo que tiene una piel muy dura y con ella quiero hacer un tambor para la banda de música de mi pueblo.

¡Dejo a vuestra imaginación, muchachos, el placer que sintió el pobre Pinocho cuando oyó que estaba destinado a convertirse en tambor!

El caso es que el comprador, apenas pagó los veinte centavos, llevó al burrito a la orilla del mar, sobre un escollo, y colocándole una piedra al cuello y atándosela a la pata con una cuerda que tenía en la mano le dio inesperadamente un empujón y lo

arrojó al agua. Pinocho, con aquel pedrusco al cuello, fue a parar rápidamente al fondo; y el comprador, sin soltar la cuerda de la mano, se sentó en el escollo a la espera de que el burrito muriese ahogado para quitarle la piel.



CAPÍTULO 34

Arrojado al mar, Pinocho es devorado por los peces y vuelve a ser un muñeco como antes, pero mientras nada para salvarse es engullido por el terrible Tiburón

Cuando el muñeco llevaba ya cincuenta minutos bajo el agua, el comprador dijo para sí: «A esta hora mi pobre burrito cojo ya debe de estar ahogado. Subámoslo, pues, y hagamos con su piel un tambor».

Y comenzó a tirar de la cuerda con que le había atado una pata. Y tira, tira que tira, al fin vio aparecer en la superficie... ¿Os lo imagináis? En vez de un burrito muerto, vio salir a flote un muñeco vivo que coleaba como una anguila.



Viendo a aquel muñeco de madera, el pobre hombre creyó soñar y se quedó allí atontado, con la boca abierta y los ojos saliéndosele de las órbitas.

Recuperado un poco de su primer estupor, dijo llorando y refunfuñando:

—¿Y dónde está el burrito que he arrojado al mar?

—¡Aquel burrito soy yo! —respondió el muñeco riendo.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Ah, estafador! ¿Pretendes burlarte de mí?

—¿Burlarme de usted? Todo lo contrario, querido amo. Os hablo en serio.

—Pero ¿cómo puede ser que hace poco fueras un burrito y ahora, tras estar en el agua, te hayas convertido en un muñeco de madera?

—Será efecto del agua del mar. El mar a veces gasta bromas de este tipo.

—Escucha, muñeco, escucha... No creas que te vas a divertir a mis expensas. ¡Ay de ti si se me acaba la paciencia!

—Y bien, amo, ¿deseáis saber la verdadera historia? Desatadme esta pierna y os la contaré.

Aquel chapucero de comprador, curioso por conocer la verdadera historia, soltó enseguida el nudo de la cuerda que lo mantenía atado y entonces Pinocho, sintiéndose libre como un pájaro en el aire, comenzó a decirle:

—Debéis saber que yo era un muñeco de madera como el que soy ahora, pero me encontraba a punto de convertirme en un muchacho como tantos hay en este mundo. Sin embargo, a causa de mis pocas ganas de estudiar y por seguir los consejos de mis malos compañeros, me escapé de casa.

»¡Y un buen día, al despertarme, me encontré convertido en un asno con sus correspondientes orejas y con su correspondiente rabo! ¡Qué vergüenza supuso aquello para mí! ¡Una vergüenza, querido amo, que confío que san Antonio bendito no os haga probar a vos! Conducido al mercado de los asnos para ser vendido, fui comprado por el Director de una compañía ecuestre, al cual se le metió en la cabeza hacer de mí un bailarín y un gran saltador de aros. Pero una tarde, durante un espectáculo, tuve una mala caída y me quedé cojo de las dos piernas. Entonces, el Director, sin saber qué hacer con un asno cojo, me mandó vender de nuevo y vos me habéis comprado...

—¡Esto es demasiado! ¡He pagado por ti veinte centavos! ¿Y ahora quién me devolverá mis pobres veinte centavos?

—¿Y por qué me habéis comprado? ¡Vos me comprasteis para hacer con mi piel un tambor! ¡Un tambor!

—¡Por desgracia! Y ahora ¿dónde encontraré yo otra piel?

—No os entreguéis a la desesperación, amo. ¡Hay tantos asnos en este mundo!

—Dime, pillo impertinente. ¿Y tu historia se acaba aquí?

—No —respondió el muñeco—, debo deciros otras dos palabras y luego habré terminado. Después de haberme comprado, me habéis traído hasta este lugar para matarme. Pero luego, cediendo a un sentimiento de piadosa humanidad, habéis preferido atarme una piedra al cuello y arrojarme al fondo del mar. Este sentimiento de delicadeza os honra muchísimo y por ello os estaré reconocido toda la vida. Por otra parte, querido amo, esta vez habéis hecho vuestros planes sin contar con el Hada...

—¿Y quién es el Hada?

—Se trata de mi mamá, que se parece mucho a todas las mamás que quieren muchísimo a sus hijos y jamás les quitan el ojo de encima, y los asisten amorosamente en cualquier desgracia, incluso cuando los chiquillos, a causa de sus

calaveradas y de su mal comportamiento, merezcan ser abandonados y dejados a merced de sí mismos. Decía, pues, que la buena Hada, apenas me vio en peligro de ser ahogado, envió enseguida a mi alrededor una infinita bandada de peces, los cuales, creyéndome de verdad un burrito completamente muerto, comenzaron a comerme. ¡Y qué mordiscos me daban! ¡Nunca hubiese creído que los peces fueran más glotones que los chiquillos! Uno me comió las orejas, otro el hocico, otro el cuello y la crin, otro la piel de las patas y de la espalda. Y entre ellos vi a un pececito tan cortés que hasta se dignó comerme el rabo.

—A partir de hoy —dijo horrorizado el comprador—, juro no volver a probar el pescado. Me disgustaría demasiado abrir un salmonete o freír una pescadilla y encontrarme dentro un rabo de asno.

—Yo pienso como vos —replicó riendo el muñeco—. Por otra parte, debéis saber que cuando los peces terminaron de comer toda la piel del asno que me cubría de la cabeza a los pies, llegaron, como es natural, al hueso...

O, por decirlo mejor, llegaron a la madera, porque, como podéis apreciar, estoy hecho de una madera durísima. Pero después que hubieron dado los primeros mordiscos, aquellos peces glotones advirtieron al instante que la madera no era chicha para sus dientes y, asqueados por aquel indigesto alimento, se largaron de allí sin tan siguiera volverse para darme las gracias. Y así se explica cómo vos, tirando de la cuerda, habéis encontrado un muñeco vivo en vez de un burrito muerto.

—Yo me río de tus historias —le gritó el comprador, enfurecido—. Sólo sé que me he gastado veinte centavos en comprarte y quiero recuperar mi dinero. ¿Sabes qué voy a hacer? Te llevaré de nuevo al mercado y te revenderé a peso, como madera para encender fuego en las chimeneas.

—Volvedme a vender, si así lo deseáis. Me parece estupendo —dijo Pinocho.

Pero, al tiempo que decía estas palabras, dio un gran salto y se lanzó al agua. Y nadando alegremente y alejándose de la playa, le gritaba al pobre comprador:

—Adiós, amo. Si necesitáis una piel para hacer un tambor, acordaos de mí.

Y riéndose, continuaba nadando. Y al cabo de un rato, volviéndose de nuevo hacia atrás, gritaba más fuerte:

—Adiós, amo. Si necesitáis un poco de madera para encender la chimenea, acordaos de mí.

El hecho es que, en un abrir y cerrar de ojos, se había alejado tanto que apenas se le divisaba. Es decir, sobre la superficie del mar se veía solamente un puntito negro que, de vez en cuando, sacaba las piernas fuera del agua para hacer cabriolas y dar saltos, como un delfín juguetón.

Mientras Pinocho nadaba a la aventura vio en medio del mar un escollo que parecía de mármol blanco y, encima del escollo, una linda cabritilla que balaba amorosamente y que hacía señal de que se acercara.

La cosa más singular era la siguiente: la piel de la cabritilla, en vez de ser blanca o negra, o salpicada de dos colores como las de las demás cabras, era, por el

contrario, de color turquesa, pero de un turquesa fulgurante, que recordaba muchísimo el color de los cabellos de la hermosa Niña.

¡Ya podéis imaginar cómo comenzó a latir el corazón de Pinocho! Redoblando sus esfuerzos y sus energías, se puso a nadar hacia la blanca escollera. Y ya estaba a medio camino cuando he aquí que salió del agua y vino a su encuentro una terrible cabeza de monstruo marino, con la boca abierta de par en par, como un verdadero abismo, y tres filas de colmillos que sólo con verlos pintados habrían dado miedo. ¿Y sabéis quién era aquel monstruo marino?

Aquel monstruo marino era ni más ni menos que el gigante Tiburón, mencionado varias veces en esta historia y que por sus estragos y su insaciable voracidad, llevaba el sobrenombre de Atila de los peces y los pescadores.

Imaginaos el susto del pobre Pinocho a la vista del monstruo. Intentó esquivarlo, cambiar de camino. Intentó huir. Pero aquella inmensa boca abierta de par en par continuaba saliendo a su encuentro con la velocidad de una saeta.

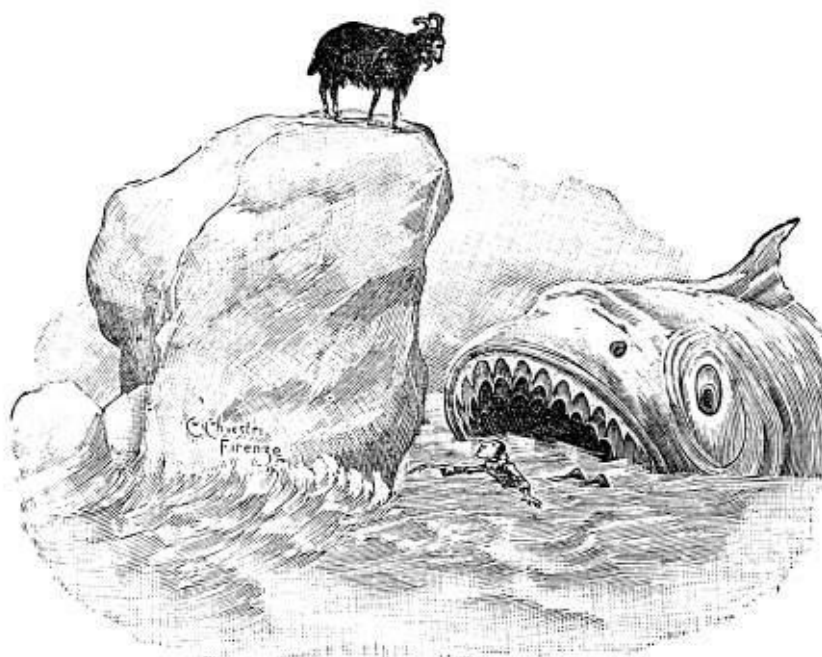
—¡Apresúrate, Pinocho, por favor! —le gritaba balando la cabritilla.

Y Pinocho nadaba desesperadamente con ambos brazos, con el pecho, con las piernas, con los pies.

—¡Corre, Pinocho, porque el monstruo se acerca!

Y Pinocho, haciendo acopio de todas sus fuerzas, redoblaba con vigor su carrera.

—¡Cuidado, Pinocho, el monstruo te alcanza! ¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí! ¡Apresúrate, por favor, o estarás perdido!



Y Pinocho seguía nadando más deprisa que nunca, adelante, adelante, adelante, a la velocidad de la bala de un fusil. Ya se encontraba cerca del escollo, y ya la cabritilla, inclinando todo su cuerpo sobre el mar, le tendía sus dos patitas delanteras para ayudarlo a salir del agua.

¡Pero ya era tarde! El monstruo lo había alcanzado. El monstruo, de un respiro, se bebió al pobre muñeco como se hubiera bebido un huevo de gallina. Y lo tragó con tanta violencia y avidez que Pinocho, al caer dentro del cuerpo del pez, se dio un golpe tan desafortunado que quedó aturdido durante un cuarto de hora.

Cuando volvió en sí de su aturdimiento, no podía percatarse siquiera de en qué mundo se encontraba. A su alrededor había por todas partes una gran oscuridad, pero una oscuridad tan negra y profunda que le parecía haber entrado en un calamar lleno de tinta. Se mantuvo a la escucha y no oyó ningún ruido. Sólo de vez en cuando sentía cómo le golpeaban el rostro unas grandes ráfagas de viento. Al principio no podía adivinar de dónde provenía aquel viento, pero luego comprendió que salía de los pulmones del monstruo. Porque hay que saber que el Tiburón sufría mucho de asma y, cuando respiraba, parecía que soplaba la tramontana.

Pinocho, al comienzo, se las ingenió para darse un poco de valor. Pero cuando comprobó y volvió a comprobar que se encontraba encerrado dentro del cuerpo del monstruo marino, comenzó a llorar y a gritar. Y llorando decía:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Oh, pobre de mí! ¿No hay nadie que venga a salvarme?

—¿Quién quieres que te venga a salvar, desgraciado? —dijo en aquella oscuridad una voz quebrada, de guitarra mal afinada.

—¿Quién es el que habla? —preguntó Pinocho sintiendo cómo se le helaba la sangre de espanto.

—¡Soy yo, un pobre Atún, tragado, junto a ti, por el Tiburón! ¿Y tú qué pez eres?

—Yo nada tengo que ver con los peces. Soy un muñeco.

—Si no eres un pez, ¿por qué te has dejado tragar por el monstruo?

—Yo no me he dejado tragar. ¡Es él quien me ha tragado! Y ahora, ¿qué tenemos que hacer aquí, en la oscuridad?

—Resignarnos y esperar a que el Tiburón nos haya digerido a los dos...

—Pero ¡yo no quiero ser digerido! —gritó Pinocho, comenzando a llorar de nuevo.

—Tampoco yo desearía ser digerido —añadió el Atún—, pero soy lo suficientemente estoico para comprender que, cuando se nace Atún, es más digno morir en el agua que en aceite.

—¡Tonterías! —gritó Pinocho.

—Ésta es mi opinión —replicó el Atún—, y las opiniones, como dicen los políticos atunes, ¡deben ser respetadas!

—Pero yo quiero irme de aquí, yo quiero huir.

—¡Huye si puedes!

—¿Es muy grande este Tiburón que nos ha devorado? —preguntó el muñeco.

—Imagínate que su cuerpo mide más de un kilómetro, sin contar la cola.

Mientras mantenían esa conversación en la oscuridad, a Pinocho le pareció ver a lo lejos una especie de claridad.

—¿Qué será aquella lucecita lejana? —dijo Pinocho.

—Será algún compañero nuestro de infortunio que, como nosotros, espera el momento de ser digerido.

—Voy a ir en su busca. Tal vez podría tratarse de un anciano pez que me enseñará el camino para huir.

—Te lo deseo de todo corazón, querido muñeco.

—Adiós, Atún.

—Adiós, muñeco. ¡Y buena suerte!

—¿Dónde nos volveremos a ver?

—¿Quién sabe? ¡Mejor es no pensar siquiera en ello!

CAPÍTULO 35

Pinocho vuelve a encontrar dentro del cuerpo del Tiburón... ¿A quién creéis que encuentra? Leed este capítulo y lo sabréis

Apenas Pinocho hubo dicho adiós a su buen amigo Atún, se puso en marcha tambaleándose en medio de aquella oscuridad y comenzó a andar a tientas dentro del cuerpo del Tiburón, dirigiéndose paso a paso hacia aquella pequeña claridad que vislumbraba a lo lejos.

Y al caminar sentía que sus pies chapoteaban en un charco de agua grasienta y resbaladiza, y aquella agua tenía un olor tan agudo a pescado frito que le pareció hallarse en plena Cuaresma.

Y cuanto más avanzaba, más distinta y luminosa se hacía la claridad. Hasta que, camina que te camina, llegó al final. Y cuando llegó al final, ¿qué es lo que encontró? Os invito a imaginároslo.



Encontró una mesita puesta con una vela encendida dentro de una botella de cristal verde, y, sentado a la mesa, un viejecillo completamente blanco, como si fuera de nieve o de crema batida. Allí estaba sentado, masticando unos pececillos vivos, y tan vivos que, a veces, mientras los comía, se le escapaban de la boca.

Al verlo, Pinocho tuvo una alegría tan grande y tan inesperada que estuvo a punto de ponerse a delirar. Quería reír, quería llorar, quería decir un montón de cosas. Pero sólo musitaba y balbuceaba palabras imperfectas e inacabadas. Al fin logró extraer de

su garganta un grito de alegría y, abriendo los brazos de par en par, se arrojó al cuello del viejecillo y comenzó a gritar:

—¡Oh, padrecito mío, al fin os he encontrado! ¡A partir de ahora no os dejaré jamás, jamás, jamás!

—¿Es verdad cuanto ven mis ojos? —replicó el viejecillo frotándose los párpados—. ¿Eres tú, mi querido Pinocho?



—¡Sí, sí, soy yo! Y vos me habéis perdonado, ¿no es cierto? Oh, padrecito mío, ¡qué bueno sois! Y pensar que yo, en cambio... ¡Oh, pero si supieseis todas las desgracias que han caído sobre mí y cuántas cosas me han salido mal! El día que vos, pobre padrecito, vendiendo vuestra casaca, me comprasteis el abecedario para que fuera a la escuela, yo me escapé para ver los títeres; y el titiritero me quería echar al fuego para que le asase el cordero, el mismo titiritero que luego me dio cinco monedas de oro para que os las entregara a vos. Pero me encontré con la Zorra y el Gato, quienes me llevaron a la fonda del Cangrejo Rojo, donde comieron como lobos. Y tras partir solo de noche, me encontré con los asesinos, que se pusieron a correr detrás de mí. Y yo corre que te corre, y ellos detrás de mí, y yo corre que te corre y ellos siempre detrás, hasta que me colgaron de una rama de la Encina Grande, de donde la hermosa Niña de los Cabellos Turquesa me mandó recoger con una carrocita; y luego los médicos, cuando me auscultaron, me dijeron: «Si no está muerto, es señal de que continúa vivo». Y entonces se me escapó una mentira, y la nariz comenzó a crecer, y ya no podía pasar por la puerta de la habitación, motivo por el cual fui con la Zorra y con el Gato a enterrar las cuatro monedas de oro, que una ya la había gastado en la fonda. Y el Papagayo se puso a reír, y de las dos mil monedas no encontré ni una sola. Y el Juez, cuando supo que me habían robado, me encerró

enseguida en la prisión para satisfacer a los ladrones, y al salir de allí vi un hermoso racimo de uvas en una finca, y caí preso en una trampa, y el campesino, con toda la razón, me puso un collar de perro para que le guardase el gallinero, pero reconoció mi inocencia y me dejó marchar, y la serpiente con la cola humeante comenzó a reír, y se le reventó una vena del pecho, y así volví a la casa de la hermosa Niña, que había muerto, y el Palomo, viendo que lloraba, me dijo: «He visto a tu padre que construía una barquita para ir a buscarte». Y yo le dije: «¡Oh, si yo también tuviese alas!», y él me respondió: «¿Quieres ir con tu padre?», y yo le dije: «¡Ojalá!, pero ¿quién me llevará?». Y él me dijo: «Te llevaré yo». Y yo le dije: «¿Cómo?». Y él me dijo: «Monta sobre mí». Y de esta forma volamos durante toda la noche, y luego, a la mañana siguiente, todos los pescadores que miraban hacia el mar me dijeron: «Hay un pobre hombre en una barca que está a punto de hundirse». Y yo reconocí enseguida desde lejos a mi padre, porque me lo decía el corazón, y le hice señas de que regresara a la playa...

—También yo te reconocí —dijo Geppetto—, y de buena gana hubiera vuelto a la playa, pero ¿cómo lograrlo? Había mar gruesa, y una oleada volcó la barca. Entonces, un horrible Tiburón que estaba allí cerca, apenas me vio en el agua, corrió hacia mí y, sacando la lengua, me agarró y me tragó como un *tortellino* de Bolonia.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis encerrado aquí dentro? —preguntó Pinocho.

—Desde aquel día, habrán pasado unos dos años. Dos años, Pinocho mío, que me han parecido dos siglos.

—¿Y cómo os las habéis arreglado? ¿Y dónde habéis encontrado la vela? ¿Y quién os ha dado las cerillas para encenderla?

—Ahora te lo contaré todo. Debes saber, pues, que aquella misma borrasca que volcó mi barquita hundió, al mismo tiempo, a un barco mercante. Todos los marineros se salvaron, pero el barco se fue a pique y el Tiburón, que aquel día tenía un excelente apetito, después de haberme tragado a mí, se tragó el barco.

—¿Cómo? ¿Se lo tragó todo de un bocado? —preguntó Pinocho maravillado.

—De un bocado, y sólo devolvió el palo mayor porque le había quedado metido entre los dientes como una espina. Para mi suerte, el barco iba cargado de carne enlatada, de bizcocho, es decir, de pan tostado, de botellas de vino, de uvas pasas, de queso, de café, de azúcar, de velas de estearina y de cajas de cerillas con cera. Con todos estos dones del cielo he podido salir adelante estos dos años, pero hoy ya sólo dispongo de los últimos restos de todo ello. Ya no queda nada en la despensa y esta vela encendida es la última.

—¿Y después?

—Después, hijo mío, nos quedaremos a oscuras.

—Entonces, padre mío —dijo Pinocho—, no hay tiempo que perder. Debemos pensar en huir rápidamente.

—¿En huir? ¿Cómo?

—Escapando por la boca del tiburón y echándonos a nadar al mar.

—Me parece bien cuanto dices, pero yo no sé nadar.

—¿Y qué importa? Os subís sobre mis hombros y yo, que soy un buen nadador, os llevaré sano y salvo hasta la playa.

—¡Imaginaciones, muchacho! —replicó Geppetto moviendo la cabeza y sonriendo melancólicamente—. ¿Te parece posible que un muñeco de apenas un metro de altura, como tú, disponga de fuerza suficiente para llevarme nadando sobre sus espaldas?

—¡Intentadlo y veréis! De todas formas, si estuviese escrito en el cielo que debemos morir, al menos tendremos el consuelo de morir abrazados.

Y, sin decir más, Pinocho cogió la vela y, marchando delante para iluminar el camino, le dijo a su padre:

—Venid detrás de mí y no tengáis miedo.

Y así caminaron durante un buen rato, y atravesaron todo el cuerpo y el estómago del Tiburón. Pero, cuando llegaron al punto en que comenzaba la garganta del monstruo, pensaron en detenerse para dar una ojeada y decidir el momento más oportuno para la fuga.

Es necesario saber que el Tiburón, que era muy viejo y sufría de asma y taquicardia, se veía obligado a dormir con la boca abierta, por lo cual, Pinocho, asomándose al comienzo de la garganta y mirando hacia arriba, pudo ver fuera de aquella enorme boca abierta de par en par un hermoso trozo de cielo estrellado y la bellísima luz de la luna.

—Éste es el momento oportuno para escapar —cuchicheó volviéndose hacia su padre—. El Tiburón duerme como un lirón. El mar está tranquilo y se ve como si fuese de día. Venid detrás de mí, padre, y dentro de poco estaremos a salvo.

Dicho y hecho. Salieron hacia arriba por la garganta del monstruo marino y, cuando llegaron a aquella inmensa boca, comenzaron a andar de puntillas por la lengua, una lengua tan ancha y tan larga que parecía el sendero de un jardín. Y ya estaban a punto de dar un gran salto para lanzarse al mar, cuando en aquel preciso momento el Tiburón estornudó, y al estornudar dio una sacudida tan violenta a Pinocho y a Geppetto que se vieron arrojados hacia atrás y se estrellaron de nuevo contra el estómago del monstruo.

Con el gran choque de la caída, la vela se apagó y padre e hijo se quedaron a oscuras.

—¿Y ahora? —preguntó Pinocho poniéndose serio.

—Hijo mío, ahora sí que estamos perdidos.

—¿Por qué perdidos? Dadme la mano y procurad no resbalar.

—¿Adónde me conduces?

—Debemos intentar de nuevo la fuga. Venid conmigo y no tengáis miedo.

Dicho esto, Pinocho tomó a su padre de la mano y, caminando de puntillas, volvieron a ascender juntos por la garganta del monstruo. Luego, atravesaron toda la

lengua y superaron los tres cercos de dientes. Pero antes de dar el último salto, el muñeco le dijo a su padre:

—Agarraos a mis hombros y abrazadme fuerte. Yo me ocuparé del resto.



Apenas se había acomodado Geppetto sobre la espalda de su hijo, Pinocho, muy seguro de sí mismo, se arrojó al agua y comenzó a nadar. El mar estaba tranquilo como una balsa de aceite. La luna resplandecía con toda su claridad y el Tiburón seguía durmiendo en un sueño tan profundo que ni siquiera lo habría despertado un cañonazo.

CAPÍTULO 36

Por fin Pinocho deja de ser un muñeco y se convierte en un muchacho

Mientras Pinocho nadaba deprisa para alcanzar la playa, se dio cuenta de que su padre, que iba montado sobre sus hombros y que tenía las piernas metidas en el agua, temblaba muchísimo, como si el pobre hombre tuviese fiebres tercianas.

¿Temblaba de frío o de miedo? ¡Quién sabe! ¡Quizá un poco de cada cosa! Pero como Pinocho creyera que aquel temblor era debido al miedo, le dijo para animarlo:

—¡Valor, padre! Dentro de pocos minutos llegaremos a tierra y estaremos a salvo.

—Pero ¿dónde está esa bendita playa? —preguntó el viejecillo tornándose cada vez más inquieto y aguzando la vista, como hacen los sastres cuando enhebran la aguja—. El caso es que miro por todas partes y no veo más que cielo y mar.

—Pero yo veo incluso la playa —dijo el muñeco—. Para que lo sepáis, os diré que soy como los gatos. Veo mejor de noche que de día.

El pobre Pinocho fingía estar de buen humor, en cambio... En cambio, comenzaba a perder su valor. Las fuerzas le menguaban, su respiración se hacía más ronca y agitada... En fin, no podía más y la playa estaba cada vez más lejos.

Nadó mientras dispuso de aliento. Luego se volvió hacia Geppetto y le dijo con palabras entrecortadas:

—Padre mío, ayúdame porque me muero.

Padre e hijo ya estaban a punto de ahogarse cuando oyeron una voz parecida a una guitarra desafinada que dijo:

—¿Quién se muere?

—¡Yo y mi pobre padre!

—¡Esta voz me resulta conocida! ¡Tú eres Pinocho!

—Exacto. ¿Y tú?

—Yo soy el Atún, tu compañero de prisión en el cuerpo del Tiburón.

—¿Y cómo has logrado escapar?

—He imitado tu ejemplo. Tú me has enseñado el camino y tras de ti también yo he huido.

—¡Atún mío, llegas justo a tiempo! Por el amor que sientes hacia tus hijos, los atuncitos, te ruego que nos ayudes o estamos perdidos.

—De buena gana y con todo el corazón. Agarraos los dos a mi cola y dejaos llevar. Dentro de cuatro minutos habremos llegado a la playa.

Como podéis imaginar, Geppetto y Pinocho aceptaron enseguida la invitación, pero en vez de agarrarse a la cola, consideraron más cómodo sentarse sobre el lomo del Atún.



—¿Somos demasiado pesados? —le preguntó Pinocho.

—¿Pesados? Ni por asomo. Me parece llevar dos conchas —respondió el Atún, cuyo cuerpo era tan grande y robusto que parecía un ternero de dos años.

Llegados a la orilla, Pinocho saltó el primero a tierra para ayudar a su padre. Luego se volvió hacia el Atún y le dijo con voz conmovida:

—¡Amigo, tú has salvado a mi padre! ¡Por lo tanto, no tengo palabras para agradecerte cuanto has hecho! ¡Permite, al menos, que te dé un beso en señal de eterno agradecimiento!

Sacó el Atún su hocico fuera del agua y Pinocho, de rodillas sobre la arena, le dio un afectuosísimo beso en la boca. Ante este gesto de espontánea y vivísima ternura, el pobre Atún, que no estaba habituado a tales tratos, se sintió tan conmovido que, avergonzándose de que le vieran llorar como un niño, sumergió de nuevo la cabeza bajo el agua y desapareció.



Mientras tanto, se había hecho de día.

Entonces, Pinocho, ofreciendo su brazo a Geppetto, que apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, le dijo:

—Apoyaos en mi brazo, querido padre, y sigamos. Caminaremos despacito, como las hormigas, y cuando estemos cansados reposaremos en el camino.

—¿Y hacia dónde vamos? —preguntó Geppetto.

—En busca de una casa o de una cabaña donde nos den por caridad un trozo de pan o un poco de paja que nos sirva de lecho.

No habían recorrido cien pasos, cuando vieron, sentados al borde del camino, a un par de feos tiparracos que estaban en actitud de pedir limosna.

Se trataba del Gato y la Zorra, pero ya no se parecían en nada a los de un tiempo antes. Figuraos que el Gato, a fuerza de fingirse ciego, había acabado verdaderamente ciego. Y la Zorra, envejecida, apolillada por uno de los costados, ni siquiera tenía ya rabo. Así son las cosas. Aquella triste ladronzuela, caída en la más escuálida de las miserias, se vio obligada un día a vender incluso su bellissimo rabo a un mercader, que lo compró para hacerse un matamoscas.

—¡Oh, Pinocho! —le gritó la Zorra con voz lastimera—. Ten un poco de caridad con estos dos enfermos.

—¡Enfermos! —repitió el Gato.

—¡Adiós, farsantes! —respondió el muñeco—. Me habéis engañado una vez y ya no me volveréis a engañar.

—¡Créenos, Pinocho, si te decimos que ahora somos pobres y desgraciados de verdad!

—¡De verdad! —repitió el Gato.

—Si sois pobres, lo tenéis merecido. Acordaos del proverbio que dice: «Los dineros robados no dan nunca fruto». ¡Adiós, farsantes!

—¡Ten compasión de nosotros!

—¡De nosotros!

—Adiós, farsantes. Recordad el proverbio que dice: «Quien roba la capa a su prójimo suele morir sin camisa».



Y, tras decir esto, Pinocho y Geppetto siguieron tranquilamente su camino hasta que, al cabo de otros veinte pasos, vieron al fondo de un sendero, en medio del campo, una bonita cabaña, toda de paja y con el techo cubierto de tejas de ladrillo.

—Esa cabaña debe de estar habitada —dijo Pinocho—. Vamos a llamar.

Fueron y llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —respondió desde dentro una vocecilla.

—Somos un pobre padre y su hijo, sin techo y sin pan —respondió el muñeco.

—Dad vuelta a la llave y la puerta se abrirá —dijo la misma vocecilla. Pinocho dio vuelta a la llave y la puerta se abrió. Al entrar miraron a todos lados, pero no

vieron a nadie.

—¿Dónde está el dueño de la cabaña? —dijo Pinocho asombrado.

—Estoy aquí arriba.

Padre e hijo se dieron enseguida la vuelta y, mirando hacia el techo, vieron sobre una de las vigas al Grillo Parlante.

—¡Oh, mi querido Grillito! —dijo Pinocho saludándolo Cortésmente.

—Ahora me llamas tu «querido Grillito», ¿no es cierto? Pero ¿ya no te acuerdas de cuando, para echarme de tu casa, me tiraste un martillo de madera?

—¡Tienes razón, Grillito! Échame también a mí de tu casa. Tírame un martillo de madera, pero ten piedad de mi pobre padre.

—Tendré piedad del padre y también del hijo, pero he querido recordarte las malas maneras que tuviste conmigo para enseñarte que en este mundo, cuando se puede, hay que mostrarse amables con todos si queremos que nos devuelvan la misma cortesía el día que tengamos necesidad de ella.

—Tienes razón, Grillito, tienes más razón que un santo, y yo recordaré siempre la lección que me has dado. Pero dime, ¿cómo has logrado comprar esta hermosa cabaña?

—Esta cabaña me la regaló ayer una graciosa cabra que tenía el pelo de un bellissimo color turquesa.

—¿Y dónde ha ido la cabra? —preguntó Pinocho con vivísima curiosidad.

—No lo sé.

—¿Y cuándo volverá?

—No volverá nunca. Ayer partió completamente afligida, y parecía decir al balar: «¡Pobre Pinocho, ya no lo volveré a ver más! ¡A estas horas, el Tiburón ya lo habrá devorado!».

—¿Dijo eso? ¡Era ella, por tanto! ¡Era ella! ¡Era mi querida Hadita! —comenzó a gritar Pinocho, al tiempo que sollozaba y lloraba sin poderse contener.

Cuando hubo llorado de lo lindo, se secó los ojos y, después de haber preparado un lecho de paja, ayudó al viejo Geppetto a tenderse en él. Luego le preguntó al Grillo Parlante:

—Dime, Grillito, ¿dónde podría encontrar un vaso de leche para mi pobre padre?

—A unas parcelas de distancia de aquí hay un hortelano llamado Giangio, que tiene vacas. Vete a verle y tendrás la leche que buscas.

Fue corriendo Pinocho a casa del hortelano Giangio, pero el hortelano le dijo:

—¿Cuánta leche quieres?

—Quiero un vaso lleno.

—Un vaso de leche cuesta un centavo. Empieza por darme el centavo.

—No tengo ni cinco —respondió Pinocho, mortificado y afligido.

—Muy mal, muñeco mío —le respondió el hortelano—. Si ni siquiera tienes un centavo, yo ni siquiera tengo un dedo de leche.

—¡Paciencia! —dijo Pinocho, e hizo ademán de marcharse.

—Espera un poco —dijo Giangio—. Tú y yo podríamos llegar a un acuerdo. ¿Quieres probar a darle vueltas a la noria?

—¿Y qué es la noria?

—Es un utensilio de madera que sirve para sacar agua de la cisterna y regar los huertos.

—Probaré a ver...

—Saca cien cubos de agua, y te recompensaré con un vaso de leche.

—Está bien.

Giangio llevó al muñeco al huerto y le enseñó la manera de hacer girar la noria. Pinocho se puso enseguida a trabajar, pero antes de haber sacado los cien cubos de agua estaba empapado en sudor de la cabeza a los pies. Nunca había estado tan rendido de fatiga.

—Hasta ahora este esfuerzo de hacer girar la noria —le dijo el hortelano— lo realizaba mi burrito, pero hoy el pobre animal está a punto de morir.

—¿Me lleváis a verlo? —dijo Pinocho.

—De buena gana.

Apenas entró Pinocho en el establo, vio a un hermoso burrito tumbado sobre la paja, agotado por el hambre y el exceso de trabajo.

Cuando le hubo mirado detenidamente, se dijo para sí, turbado:

«¡Yo diría que conozco a este burrito! ¡Su aspecto me resulta familiar!». E inclinándose hacia él, le preguntó en el dialecto de los asnos:

—¿Quién eres?



Ante esta pregunta, el burrito abrió los ojos moribundos y respondió balbuceando en el mismo dialecto:

—Soy... Me... cha...

Y después volvió a cerrar los ojos y expiró.

—¡Oh, pobre Mecha! —dijo Pinocho a media voz. Y tomando un puñado de paja se secó con ella una lágrima que le caía por el rostro.

—¿Tanto te conmueves por un asno que no te ha costado nada? —dijo el hortelano—. Entonces, ¿qué debiera hacer yo que lo he comprado al contado?

—Os diré que era un amigo mío...

—¿Tú amigo?

—¡Un compañero de escuela!

—¿Cómo? —gritó Giangio soltando una carcajada—. ¿Cómo? ¿Tenías a burros como compañeros de escuela? ¡Vaya estudios que has debido de hacer!

El muñeco, sintiéndose herido por aquellas palabras, no respondió. Pero tomó su vaso de leche tibia y regresó a la cabaña.

A partir de aquel día y durante cinco meses, continuó levantándose cada mañana antes del alba para ir a dar vueltas a la noria y ganar así el vaso de leche que tanto bien hacía a la enfermiza salud de su padre. Pero no se contentó con eso. Porque, andando el tiempo, aprendió a fabricar también cestos y canastos de junco. Y con el dinero que sacaba con ello proveía con muy buen criterio a los gastos cotidianos. Entre otras cosas, construyó con sus propias manos un elegante carrito para llevar de paseo a su padre en los días de buen tiempo, para que tomara un poco de aire.

Durante las veladas, aprendía a leer y a escribir. Había comprado en el cercano pueblo, por cuatro perras, un grueso libro al que le faltaba la portada y el índice y en el que hacía sus lecturas. Y para escribir se servía de un palito a modo de pluma. Y como no tenía tintero ni tinta, lo mojaba en un frasquito lleno de zumo de moras y cerezas.

El hecho es que, con su empeño en ingeniárselas, trabajar y salir adelante, no sólo lograba mantener cómodamente a su progenitor siempre enfermicho, sino que había podido ahorrar unos cuarenta centavos para comprarse un trajecito nuevo.

Una mañana le dijo a su padre:

—Voy al mercado cercano a comprarme una chaquetita, un gorro y un par de zapatos. Cuando vuelva a casa —añadió riendo—, estaré tan bien vestido que me tomaréis por un gran señor.

Y, saliendo de casa, comenzó a correr alegre y contento. Al poco rato oyó que le llamaban por su nombre. Y, volviéndose, vio un hermoso Caracol que salía de entre los matorrales.

—¿No me reconoces? —dijo el Caracol.

—Sí y no.

—¿No te acuerdas de aquel Caracol que trabajaba como sirviente del Hada de los Cabellos Turquesa? ¿No te acuerdas de aquella vez en que bajé a iluminarte y te

encontré con un pie hundido en la puerta?

—Me acuerdo de todo —gritó Pinocho—. Respóndeme enseguida, Caracolito hermoso, ¿dónde has dejado a mi buena Hada? ¿Qué hace? ¿Me ha perdonado? ¿Sigue acordándose de mí? ¿Sigue queriéndome? ¿Se halla muy lejos de aquí? ¿Podría ir a verla?

Ante todas estas preguntas hechas precipitadamente y sin tomar aire para respirar, el Caracol le respondió con su ya habitual flema:

—¡Pinocho mío! ¡La pobre Hada yace en el lecho de un hospital!

—¿En un hospital?

—¡Por desgracia! Herida por mil infortunios se halla gravemente enferma y ya no tiene ni para comprarse un trozo de pan.

—¿De verdad? ¡Oh, qué gran dolor me has causado! ¡Oh, pobre Hadita mía! ¡Pobre Hadita! ¡Pobre Hadita! ¡Si dispusiera de un millón iría corriendo a llevárselo! ¡Pero yo sólo dispongo de cuarenta centavos! Aquí están. Precisamente iba a comprarme un traje nuevo. Tómalos, Caracol, y vete enseguida a llevárselos a mi buena Hada.

—¿Y tu traje nuevo?

—¿Qué me importa el traje nuevo? Vendería incluso estos andrajos que llevo encima para poder ayudarla. ¡Vete, Caracol, date prisa! Y dentro de dos días vuelve aquí, que espero poderte dar algún otro centavo. Hasta ahora he trabajado para mantener a mi padre. A partir de hoy trabajaré cinco horas más para mantener también a mi buena mamá. Adiós, Caracol. Dentro de dos días, te espero.

El Caracol, en contra de su costumbre, comenzó a correr como una lagartija bajo la canícula de agosto.

Cuando Pinocho volvió a casa, su padre le preguntó:

—¿Y el traje nuevo?

—No he podido encontrar ninguno que me quedara bien. ¡Paciencia! Otra vez me lo compraré.

Aquella noche, Pinocho, en vez de velar hasta las diez, lo hizo hasta la medianoche, y en vez de hacer ocho canastos de junco hizo dieciséis. Luego, se fue a la cama y se durmió. Y mientras dormía le pareció ver en sueños al Hada, sonriente y hermosa, la cual, después de haberle dado un beso, le dijo:

—¡Muy bien, Pinocho! Como premio a tu buen corazón, te perdono todas las pillerías que has hecho hasta hoy. Los chicos que cuidan con afecto a sus padres, en sus miserias y enfermedades, merecen alabanzas y cariño, incluso si no pueden ser citados como modelos de obediencia y de buena conducta. Sé juicioso de ahora en adelante y serás feliz.

En ese momento el sueño terminó y Pinocho se despertó con los ojos como platos.

Imaginaos ahora cuál sería su asombro cuando, al despertarse, se dio cuenta de que ya no era un muñeco de madera, sino que se había convertido en un muchacho

como los demás. Echó una ojeada a su alrededor y, en vez de las habituales paredes de paja de la cabaña, vio una bonita habitación, amueblada y adornada con una sencillez casi elegante. Saltando de la cama, encontró preparado un precioso vestuario nuevo, un gorro nuevo y un par de botitas de piel que lo transformaron en el personaje de un cuadro.

En cuanto se vistió, se le ocurrió meter las manos en los bolsillos y de ellos extrajo un pequeño monedero de marfil que tenía grabadas estas palabras: «El Hada de los Cabellos Turquesa restituye a su querido Pinocho los cuarenta centavos y le agradece muchísimo su buen corazón». Abierto el monedero, en vez de cuarenta centavos de cobre, brillaron cuarenta cequíes de oro, recién acuñados.

Fue a mirarse en el espejo y le pareció que era otro. Ya no vio reflejada la habitual imagen de una marioneta de madera, sino que vio la imagen avispada e inteligente de un guapo chico de cabellos castaños, de ojos celestes y con un aire alegre y festivo como un cascabel.

Entre todas estas maravillas que se sucedían una detrás de otra, Pinocho no sabía si en verdad era él o si seguía soñando con los ojos abiertos.

—¿Y dónde está mi padre? —dijo al cabo de un rato.

Y, entrando en la habitación de al lado, se encontró al viejo Geppetto sano, rejuvenecido y de buen humor, como en sus buenos tiempos, el cual, habiendo recuperado su profesión de tallista, estaba diseñando en aquellos momentos un bellissimo marco rico en follajes, flores y cabecitas de diversos animales.

—Aclárame una duda, papaíto. ¿Cómo se explica este cambio repentino? —le preguntó Pinocho echándole los brazos al cuello y cubriéndolo de besos.

—Este inesperado cambio en nuestra casa se debe a tu mérito —dijo Geppetto.

—¿Por qué a mi mérito?

—Porque cuando los chicos malos se vuelven buenos, tienen la virtud de conseguir que todo tenga un aspecto nuevo y sonriente incluso en el interior de sus propias familias.

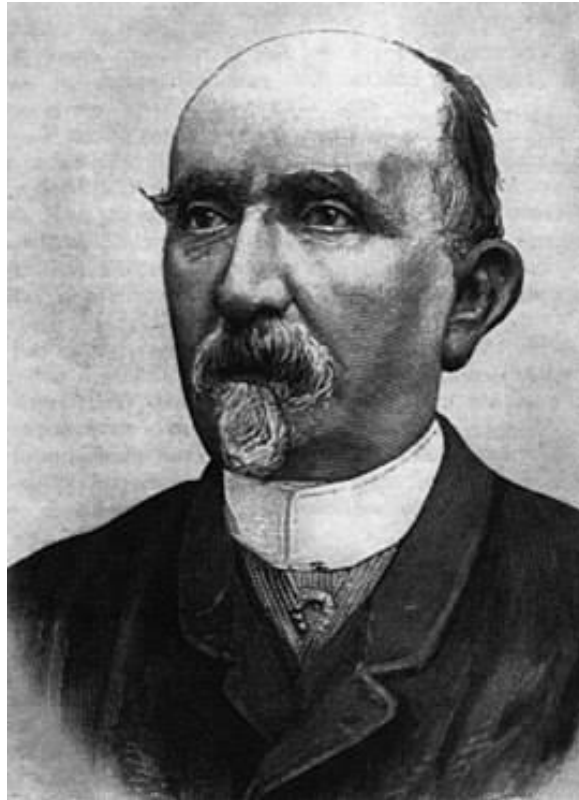
—¿Y dónde se habrá escondido el viejo Pinocho de madera?

—Allí está —respondió Geppetto.

Y señaló un gran muñeco apoyado en una silla, con la cabeza vuelta hacia un lado, con los brazos colgando y las piernas entrelazadas y dobladas, de tal modo que parecía un milagro el que se mantuviera erguido.



Pinocho se volvió a mirarlo. Y, después de contemplarlo durante un rato, dijo para sí con grandísima complacencia: «¡Qué cómico resultaba yo cuando era un muñeco! ¡Y qué contento estoy ahora de haberme convertido en un muchacho de bien!».



CARLO COLLODI (1826-1890), seudónimo de Carlo Lorenzini, nació en Florencia, donde sus padres eran sirvientes de una familia aristocrática. Sirvió como voluntario en el ejército toscano durante las guerras italianas de la Independencia de 1848 y 1859, fundó un semanario satírico, *Il Lampione*, y se hizo famoso en Italia como autor de cuentos y obras teatrales. En 1881 publicó, en *Il giornale per i bambini*, «Storia di un burattino», que apareció dos años más tarde con el título de *Las aventuras de Pinocho*. Collodi murió en 1890 sin saber el inmenso éxito que cosecharía su obra en todo el mundo.

Notas

[1] La *garlopa* es un cepillo para igualar la madera. <<

[2] Este mote hace referencia a la *polenta*, una masa que se extrae del maíz y que es de color amarillo. <<

[3] Instrumento con bolas móviles para hacer operaciones matemáticas simples. <<

[4] Policía. <<

[5] La *jofaina* es una palangana para lavarse la cara. <<

[6] Libro para aprender a leer. <<

[7] Tela basta de lino o algodón. <<

[8] Tipo de flautín. <<

[9] Personajes arquetípicos del teatro italiano. <<

[10] El *cequí* es una moneda que se usaba en diversos estados europeos, especialmente en Venecia. <<

[11] Un *escoplo* es una herramienta usada para, entre otras cosas, tallar y cincelar la madera. <<

[12] «Último estertor» hace referencia a la última respiración antes de morir. <<

[13] El *badajo* es una pieza de metal que está en el interior de una campana y que hace que suene al moverla. <<

[14] Tipo de baile de parejas. <<

[15] Traje a modo de uniforme que usan los criados. <<

[16] La *bizcotela* es un tipo de dulce con cobertura blanca de azúcar. <<

[17] De perla, de nácar. <<

[18] El *gamo* es un tipo de ciervo. <<

[19] Mamífero mediano, similar a un hurón. <<

[20] El *rosoli* es un tipo de licor hecho con aguardiente. <<

[21] Fruto de la planta del mismo nombre, que normalmente se emplea para alimentar el ganado, aunque es comestible. <<

[22] Ruido grande. <<

[23] El *aguamanil* es un jarro para llenar de agua la palangana donde se lavan las manos, de ahí el nombre. <<